

EMMA C. DE BEDOGNI

ALEGRE DESPERTAR

LIBRO DE LECTURA

APROBADO PARA EL CUARTO GRADO
POR EL CONSEJO GENERAL DE EDUCACIÓN DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES
PARA LOS AÑOS 1910, 1911 Y 1912

2.^a EDICIÓN



BUENOS AIRES

AQUILINO FERNÁNDEZ, EDITOR

1381 - ESTADOS UNIDOS - 1384

Filomena Perfetto. III Grado.
ano 1910

ALEGRE DESPERTAR

Propiedad del editor

HTA
[1910]
BEDO
1

EMMA C. DE BEDOGNI •

ALEGRE DESPERTAR

LIBRO DE LECTURA

PARA EL

4.º GRADO DE LAS ESCUELAS COMUNES

APROBADO POR EL CONSEJO GENERAL DE EDUCACIÓN DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES
PARA LOS AÑOS 1910, 1911 y 1912

2.ª EDICIÓN



BUENOS AIRES

AQUILINO FERNANDEZ, EDITOR

1384, ESTADOS UNIDOS, 1384

4976

M103

93

BIBLIOTECA DEL DOCENTE MUNICIPAL

INV 4976

C.D.U. 09 I

S.T. 11

224p. 18cm

Niños :

"ALEGRE DESPERTAR" se llama esta obrita que para vosotros he escrito. La titulo así, porque me parece que el momento en que vuestra mente está desarrollada ya como para poder empezar á conocer los sentimientos propios del corazón humano y tiene aptitudes suficientes para iniciarse en el estudio de alguno de los secretos de la naturaleza, debe ser para todos un despertar alegre.

En estas paginitas rindo homenaje á vuestras bellas cualidades y pongo en evidencia vuestros principales defectos. Como conozco cuales son los sentimientos que á veces suelen turbar vuestra habitual serenidad tratando de conduciros por un mal camino, quiero que lleguéis á ser fuertes, para que podáis vencer aquellas tentaciones.

Leyendo este libro, aprenderéis á conocer las ventajas que brindan la instrucción y el culto á la virtud y á la verdad, y los abismos á los cuales arrastran al hombre la ignorancia, la maldad y el vicio. Los niños que figuran en mis narraciones son argentinos como vosotros; el ambiente en que han actuado es el mismo en que actuáis vosotros; de modo que, cuando leáis las páginas de este amiguito vuestro, quiero que cada cual pueda pensar :

“Cierta es, sin duda, la falta que cometió *fulano*, porque yo también la cometí ó pensé cometerla; y cierta debe ser también la noble acción de *sutano*, porque si yo me encontrase en una circunstancia análoga á la suya, me sentiría capaz de hacer otro tanto.”

Al redactar esta obrita, me guió el deseo de secundar en lo posible los esfuerzos de los que os educan é instruyen, para conseguir junto con ellos que, por vuestra honradez, amor á la patria, al hogar, al estudio, al trabajo y á la humanidad, podáis un día merecer el título de seres útiles y de buenos y honrados patriotas.

Faltaría á la verdad si no os dijera que me ha guiado también el deseo de hacerme acreedora á la benevolencia de los seres abnegados que os dirigen en vuestra carrera educativa y... ¿por qué no decirlo? También he esperado conquistarme un poco... de vuestro cariño.

EMMA C. DE BEDOGNI.

ALEGRE DESPERTAR

LIBRO DE LECTURA

1.

Después de las vacaciones

LA VUELTA A LA ESCUELA

Apenas terminan las vacaciones ¡qué movimiento inusitado se nota á ciertas horas del día en las calles de la Capital Federal!

Una cantidad considerable de niños de diferentes edades, con sus risas argentinas y sus charlas parecidas al gorjeo de los pajarillos, alegran la ciudad.

El retorno á la escuela ofrece en nuestro país un espectáculo característico, bien diferente del de las demás naciones.

Niños *oriundos* de países lejanos, que en sus hogares hablan distintos idiomas, se reúnen en las aulas escolares, donde aprenden á conocer y amar este suelo querido, que es su patria.

¡Cuántas esperanzas se cifran en esas cabecitas rubias y morenas!

La patria espera que todos esos niños aprenderán á seguir las huellas de los que trabajaron por su engrandecimiento, y cual madre generosa les facilita los medios de instruirse y educarse.

Aprovechad, niños, los beneficios que os brinda la enseñanza y retornad á la escuela con la sonrisa en los labios, y fijo en vuestra mente el propósito de estudiar.



Una cantidad considerable de niños de diferentes edades...

No miréis nunca con indiferencia las explicaciones y consejos de vuestros maestros. Merced á ellos, cuando tengáis más edad, podréis apreciar la importancia del saber.

El ignorante no podrá conocer en su justo valor las bellezas que la madre naturaleza ha esparcido por doquier, ni sabrá sacar de ellas las utilidades y enseñanzas que el estudio proporciona.

El saber es la luz poderosa que ilumina el orbe, luz soberana que nada ni nadie puede oscurecer.

Mirad, pues, con afecto á los que os enseñan y dirigen en vuestra niñez; demostradles que comprendéis la importancia de la misión que desempeñan, que reconocéis su abnegación y paciencia; y ellos os lo agradecerán, enseñándoos con más bríos nuevas nociones que enriquecerán vuestras inteligencias y ennoblecerán vuestros corazones, para que un día, cuando seáis hombres, podáis ser útiles á vuestra patria.

2.

El espacio y la tierra

— Tía, ya no me dirá usted que soy un niño negligente y enemigo del estudio, como á veces solía decirme...

— Siempre y tan sólo cuando lo has merecido, hijo mío.

— De acuerdo. Pero cuando le presento, como hoy, una libreta de clasificaciones mensuales en la que figura un cinco en aplicación en el mes pasado, creo que podrá usted estar satisfecha de mí.

— Sin duda. Y la tía miró con atención la libreta que le presentaba el sobrino, como si quisiera cerciorarse de

la verdad del hecho, y luego, dándole una palmadita cariñosa en la mejilla, le dijo:

— Te felicito por tus progresos. Si estudiaras con celo y buena voluntad, llegarías á ser un hombre útil á tí mismo y á tu país.



...y luego dándole una palmadita cariñosa en la mejilla...

— ¿Sabe, tía, por qué soy ahora más aplicado? Porque hemos empezado á estudiar unas materias muy interesantes.

— ¿Cuáles son?

— Historia Nacional, Ciencias Naturales, y algunas nociones sobre la tierra, el espacio, la luna, etc.

— El estudio tiene atractivos poderosos para los que son buenos amigos suyos. ¿Qué os dijo la maestra sobre el espacio?

— Nos dijo que es la extensión inmensa, infinita, que nosotros vemos por doquier; extensión sin límites, es decir, que no tiene ni principio ni fin, y lo más raro es que toda esta inmensidad que á primera vista pudiera parecernos vacía, está totalmente ocupada por materia, sea *sólida*, *compacta*, visible y *opaca* como la piedra, sea *líquida* como el agua, *gaseosa* é invisible, como el aire, *luminosa* como la luz. Cuando vea á mi tío, quiero contarle también lo que sé referente á la Tierra; cosas maravillosas que parecen increíbles y que sin embargo son bien ciertas.

— Sin esperar á ver á tu tío, bien puedes decírmelas á mí. Sabes cuánto me agrada escuchar lo que sobre sus estudios saben decirme los niños aplicados.

— Entonces le diré que todas las estrellas que de noche vemos brillar en el cielo, son otros tantos mundos; y que algunas de ellas, por tener luz propia como el *sol*, se llaman *estrellas fijas*, mientras que, las que no tienen luz propia se llaman *planetas*.

La tierra que nosotros habitamos es un planeta que recibe la luz y el calor del sol, que es la estrella fija que está más cerca de aquella.

¡Quién sabe cuántos soles habrá allá lejos... lejos... tan lejos, que á nosotros desde aquí nos parecen simples estrellitas!

— ¿Y no sabes qué forma tiene la tierra?

— ¿Cómo no lo voy á saber, tía? ¿Usted cree que mi maestra clasificaría con cinco puntos á quien no aprovechase todas sus explicaciones?

La tierra es un cuerpo de forma *esférica*, que rueda en el espacio como los demás cuerpos que vemos en el cielo.

Las desigualdades que hay en su superficie, como las grandes montañas que nos parecen tan enormes, no alteran sensiblemente la forma esférica de nuestro globo.

— Y de los movimientos de la tierra ¿no os habló?

— Sí. Nos dijo que efectúa dos movimientos: uno de *rotación* alrededor de su eje y otro de *traslación* alrededor del sol.

— ¿Qué entiendes por *eje* de la tierra?

— Entiendo que el eje es una línea recta imaginaria que se supone pasa por el centro del globo terrestre y termina en dos puntos opuestos de su superficie, puntos que se llaman *polos*.

Mediante el movimiento de rotación, que dura 24 horas, tenemos el día y la noche; y por el de traslación, en el que emplea 365 días, 6 horas y 4 minutos, tenemos las *cuatro estaciones* del año.

— Muy bien; se ve que has estudiado de veras. Y de cómo ha sido subdividido el globo terrestre ¿no os ha hablado?

— Sí, tía, pero ahora no puedo demorarme por más tiempo; debo ir á casa para hacer los deberes. Tengo mucho que escribir. Vendré otro día y le contaré muchas cosas más.

— Muy bien; y cuando hayas terminado de decirme lo que aprendiste referente á la tierra, á la luna, etc., te haré un regalo.

Luis se fué más que contento á su casa. Pocas satisfacciones son tan grandes como las que nos proporciona la convicción del deber cumplido.

3.

La patria

Vasto, grandioso, sublime es el significado de la palabra *patria*!

Ella no designa tan sólo la ciudad, el pueblo, el villorrio donde una persona ha nacido; ese nombre indica un territorio más ó menos extenso, una parte determinada del globo, cuyos habitantes se expresan en un idioma común, tienen las mismas tradiciones, veneran á los mismos antepasados, rinden homenaje á los mismos héroes, tienen idénticas aspiraciones.

El sentimiento sagrado que vincula al variado conjunto de individuos que constituyen el pueblo de una nación, es lo que llamamos *amor patrio*.

Es él el que infunde valor al soldado en los campos de batalla; es él quien guía y dirige á los que respetan una misma bandera, al estudio y al trabajo; él hace que los

millares de corazones humanos de los hijos de una nación se entusiasmen á la vista de los colores nacionales de las banderas, pendones y gallardetes; por él parecen leves las luchas más arduas, y es él mismo el que nos dice: "Cooperemos todos los que en este territorio hemos nacido, á la grandeza de nuestra madre común, la Patria."



¡Oh, hermosa República Argentina, cuna de tantos héroes! ¡Cuánto deben amarte tus hijos! ¡Qué armoniosos son los colores de la bandera que te representa ante el consorcio de las naciones civilizadas de la tierra! ¡Cuánto deben venerarla los niños argentinos!

No es sóloamente siendo soldado como se puede demostrar el amor á la patria.

En los tiempos de Roma, las mujeres romanas trataban de viles y cobardes á los ciudadanos que huían de las luchas que aquel pueblo sostenía para mantener su grandeza.

Ahora que, merced al progreso, la mayoría de los pueblos civilizados consiguen desarrollar sin luchas cruentas sus programas *evolutivos* por medio de equitativas leyes, respetándose y ayudándose mutuamente, serán malos patriotas los que se desvíen del sendero del honor y los

que no sean amantes del estudio y el trabajo. Se rinde también homenaje á la Patria, acatando las leyes que dictan los representantes del pueblo que constituyen el Gobierno de la Nación, á la que anhelan ver ascendiendo constantemente hacia la grandeza suprema, como corresponde á un pueblo civilizado y libre.

4.

De Buenos Aires á Ushuaia

Bahía Blanca, 26 de Febrero de 1906.

Mi querida Martina:

Para que veas que no me olvido de mi promesa ni de mis amigas, empiezo desde ya á describirte mi viaje.



Estación Constitución — Buenos Aires

Por cierto que esta primera mía no será tan interesante como las que pienso enviarte cuando alguna maravilla seduzca y encante mis ojos.

Sin embargo, lo que he visto ayer me ha impresionado mucho. Papá, siempre tan cortés como bueno, me explica todo cuanto, según él, pueda interesarme é instruírme.



El Puerto Militar

Creo que con sus explicaciones aprenderé un poco mejor á conocer geográficamente una región de mi patria.

En la estación Constitución del ferrocarril del Sud tomamos el tren que nos condujo á Bahía Blanca. Como tú sabes, ésta es, sin duda alguna, la ciudad más importante de nuestra costa Sud, y su puerto comercial, cada día más concurrido, está á legua y media de distancia sobre el Atlántico.

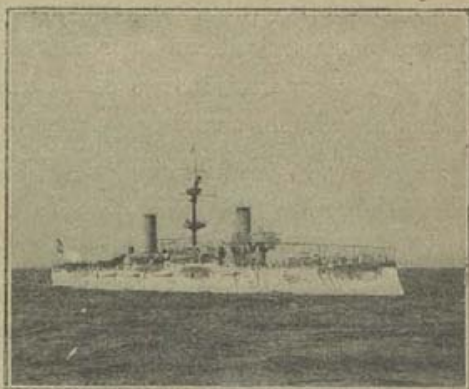
Era mi deseo visitar el *Gran Puerto Militar* que se ha construído á treinta kilómetros de esta ciudad (media hora de tren) y que se llama *Puerto Belgrano*.

Yo, que no podía aún formar-

me una idea de lo que era una *bahía*, puedo decirte ahora que es una considerable extensión de mar que se interna en la costa, formando una gran entrada que tiene fondo suficiente como para permitir que entren en ella buques

muy grandes. Papá me acompañó á *Puerto Belgrano*.

¡Si vieras qué hermoso es! El agua tiene allí 32 pies de profundidad; es decir, tanto como en los mejores del mundo, y en su canal y su dársena pueden entrar y salir cómodamente, no sólo nuestros acorazados



El acorazado *San Martín*



Puerto Militar — El *San Martín* dirigiéndose al dique

San Martín, Belgrano, Pueyrredón y Garibaldi, que tuve el gran placer de contemplar, sino los más grandes barcos modernos que surcan los mares. Te aseguro que esta obra colosal hace honor á nuestra patria.

Mañana nos embarcaremos y, apenas pueda, te escribiré continuando mis descripciones.

Ojalá hallara aquí alguna amiga con quien conversar un poco.

Adiós, recuerdos cariñosos de parte de papá y un beso de tu amiga.

ADELA.

5.

El asno y el cochino

¡Oh jóvenes amables
Que en vuestros tiernos años
Al templo de Minerva
Dirigís vuestros pasos!
Seguid, seguid la senda
En que marcháis, guiados
A la luz de las ciencias,
Por profesores sabios.
Aunque el camino sea

Ya difícil, ya largo,
Lo allana y facilita
El tiempo y el trabajo.
Rompiendo el duro suelo,
Con la esteva agobiado,
El labrador sus bueyes
Guía con paso tardo;
Mas al fin llega á verse
En medio del verano,
De doradas espigas,
Como Cérés, rodeado.
A mayores tareas,
A más graves cuidados,
Es mayor y más dulce
El premio y el descanso.
Tras penosas fatigas,
La labradora mano
¡Con qué gusto recoge
Los racimos de Baco!
¡Ea, jóvenes, ea!
Seguid, seguid marchando
Al templo de Minerva
A recibir el lauro.
Mas yo sé, caballeros,
Que un joven, entre tantos,
Responderá á mis voces:
“No puedo, que me canso.”
Descansa en hora buena;
¿Digo yo lo contrario?

Tan lejos estoy de eso,
Que en estos versos trato
De daros un asunto
Que instruya deleitando.
Los perros y los lobos,
Los ratones y gatos,
Las zorras y las monas,
Los ciervos y caballos
Os han de hablar en verso:
Pero con juicio tanto,
Que sus máximas sean
Los consejos más sanos.
Deleitaos en ello
Y con este descanso,
A las serias tareas
Volved más alentados.
¡Ea, jóvenes, ea!
Seguid, seguid marchando
Al templo de Minerva
A recibir el lauro.
Pero ¡qué! ¿Os detiene
El ocio y el regalo?
Pues escuchad á Esopo,
Mis jóvenes amados.

Envidiando la suerte del Cochino,
Un Asno maldecía su destino.

“Yo, decía, trabajo y como paja;
Él come harina y berza y no trabaja;
A mí me dan de palos cada día;
A él le rasan y halagan á porfía.”
Así se lamentaba de su suerte;
Pero luego que advierte
Que á la pocilga alguna gente avanza
En guisa de matanza
Armada de cuchillo y de caldera;



Y que con maña fiera
Dan al gordo Cochino fin sangriento,
Dijo entre sí el Jumento;
*“Si en esto para el ocio y los regalos,
Al trabajo me atengo y á los palos”.*

SAMANIEGO.

6.

La primera carta de Mechita

MONÓLOGO



Mechita

Debo escribir una carta... una carta entera, y la debo redactar solita. ¡Qué tarea! Sí, porque para decir la verdad, no sé aún escribir muy bien y mamá me dijo que si copiaba algo de algún libro, lo comprendería y... francamente... lo creo.

Qué haré? (Reflexionando.) Y lo más raro es que me agradaría de veras saber escribir una carta... Mañana podría decir á mis compañeras que durante la tarde del día anterior estuve ocupadísima, porque tuve nada menos que escribir... una carta.

(Con resolución.) Bueno, la escribiré. (Suspirando.) Oh, tía Paulina! ¡ si tú supieras en qué aprietos me encuentro

para darte noticias mías! Tú, que eres tan buena, me dirías:

— “No te aflijas, Mechita; déjalo todo, y, cuando vaya yo á tu casa, me dirás con tu bella vocecita lo que querías decirme por escrito”. — Sí, pero mamá no es tan indulgente como lo serías tú.



Querida tía Paulina...

Empecémos entonces y ¡valor!... (Se pone á escribir pronunciando en voz alta lo que escribe). “Querida tía Paulina”: (Reflexionando). ¡Oh sí! bien puedo decirle querida á esta buena tía que siempre me hace regalos y que me quiere tanto... Continuemos: (Escribiendo). “Sé escribir poco todavía, y por eso no te diré mucho”. (Pensando). *Escribir* ¿se escribirá

con *b* de burro ó con *v* de vaca? como dice Laura para distinguir las dos letras. (Suspirando). ¡Vayan ustedes á saberlo!... Si encuentro tantas dificultades al principio, ¿cuántas no encontraré después? — Bueno, diré á tía la verdad (Escribiendo). “Tía, como no sé bien si la palabra *escribir* va con *b* labial ó con *v* dental, cuando tú vengas



Y esta palabra *deseo* ¿la escribiré con *c* ó con *s*?

me enseñarás á distinguir el uso de estas dos letras. Deseo que vengas pronto para ir contigo á Palermo, y porque deseo verte”. — (Después de leer lo que ha escrito). He escrito dos veces la palabra *deseo* y la maestra siempre nos dice que debemos evitar las repeticiones.

Pero, ¿cómo no poner dos *deseos* si es cierto que an-

helo verla? (Reflexionando). Y esta palabra *deseo* ¿la escribiré con *c* ó con *s*? (Suspirando). Tampoco lo sé.

¿Qué dirá mamá cuando vea esta carta? Que no sé ortografía. ¡Oh! si hubiese estudiado un poco más, no me hallaría ahora en tantos apuros.

Tía Paulina, madre mía, os prometo que desde ahora en adelante estudiaré para poder escribir con ortografía... ¡Oh, sí! ¡estudiaré de veras!

7.

Un paseo por el jardín

LA NUTRICIÓN DE LAS PLANTAS

— ¿Por qué, abuelita, mandas quitar de esa maceta esa bella planta de rosas?, decía una tarde Dora á su abuela que estaba con ella en el jardín.

— Porque las raíces de esta planta necesitan de un espacio mayor y de mejor alimento para prosperar; contéstole la anciana.

Dora. — ¿Y por qué? ¿Quién se lo ha dicho á usted?

Abuelita. — Sepa, mi señorita *del por qué*, que á mí me lo han dicho la mucha práctica que tengo en cuidar flores, y las nociones de botánica que aprendí cuando joven en la escuela. Y como las raíces son los órganos principales de alimentación...

D. — ¡Cómo! ¿Las plantas se alimentan?

A. — ¿Y no lo sabías?

D. — ¿Habla usted seriamente?

A. — Con toda la formalidad posible. Y si continuás yendo á la escuela, verás cómo en breve tiempo tu maestra te confirmará mis explicaciones. Éstos, continuó la



...las raíces de esta planta necesitan de un espacio mayor y de mejor alimento...

anciana señalando los muchos *filamentos* que formaban la raíz de la rosa, éstos, que se llaman también *radículas*, absorben del suelo el agua cargada de materias solubles, como goma, azúcar, albúmina y otras sales minerales que forman la *savia*, que es la materia de la cual se nutren las plantas; y estas hojas que tú ves, ¿no sabes cuál es la función que desempeñan en la vida de los vegetales?

D. — Sí . . . , los adornan.

A. — Hacen mucho más. Exhalan el agua que ha acompañado en sus funciones á las sustancias nutritivas, y son los órganos de respiración de las plantas.

D. — ¡Los órganos de respiración! Entonces ¿las plantas respiran?

A. — Seguramente, y te diré cómo. Las hojas absorben los gases que les son útiles y rechazan los que les son nocivos ó inútiles. Por medio de la luz, todos los vegetales descomponen el aire, apropiándose el *ácido carbónico* que favorece su desarrollo, y exhalando el *oxígeno*. En la obscuridad sucede lo contrario; es decir, absorben el oxígeno y exhalan el ácido carbónico, que no es apropiado á la respiración de los animales; por eso se dice que vivir entre las plantas durante el día es muy saludable, pero no lo es durante la noche.

D. — Entonces ¿las plantas necesitan de mucha luz?

A. — Sin duda; y estando en la obscuridad se debilitan y descoloran.

D. — ¡Cuántas cosas bellas sabes, abuelita! Esta noche contaré á Roberto lo que me acabas de decir.

A. — Y yo, en premio de la lección que darás á tu hermanito, te regalaré un lindo ramo de flores. Ven conmigo.

Y abuela y nieta se internaron en el jardín.

8.

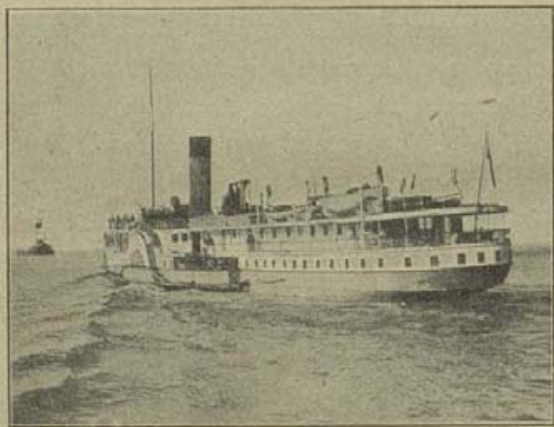
De Buenos Aires á Ushuaia

Bahía San Blas, Marzo 1.º de 1906.

Mi buena Martina:

Te escribo desde el buque sobre el cual efectuamos nuestro viaje. Llámase *Argentino*, y es bastante bello y cómodo.

La suerte no me ha sido avara. Creo haber encontrado una amiguita en una niña de unos doce años que me



parece muy amable y que conversa afablemente conmigo. No te pongas celosa; á tí te quiero siempre mucho: más que á nadie.

El día 28 llegamos á *San Blas*, que es una gran bahía llena de *bancos*: (éstos no son otra cosa que elevaciones de arena que las corrientes marinas aglomeran en el mar). *San Blas* tiene pocos habitantes, y merece ser recordado tan sólo porque de aquí se sacaron las piedras para las obras del Puerto Militar.

Llamaron también mucho mi atención unas extensiones de terreno llamadas *salinas*. Son de una cuadra cuadrada, más ó menos, y están cercadas por pequeños diques; es decir, por reparos artificiales contruídos para conservar en ellos las aguas saladas, que, al evaporarse, dejan allí depositada la sal común en su estado natural, que luego se pasa por la zaranda.

Pero me parece oírte decir: ¿qué es la *zaranda*? Te lo diré, pequeña curiosa. Es un utensilio de cuatro tablas de dos dedos de grueso unidas en forma de cuadrilongo y atravesadas en todos sus lados por un tejido espeso de sogas. Al ser sacudido este utensilio con fuerza, retiene en su interior las materias extrañas, y deja caer la sal casi limpia. En fin, es un gran cedazo primitivo.

Supe por papá que la sal, después de zarandeada, es embolsada y embarcada para ser vendida en el comercio, y que es la misma que nosotros usamos para condimentar nuestros alimentos.

¡Cuántas cosas útiles se aprenden en los viajes! ¿no te parece? Si continúo así, creo que llegaré á ser una persona sabia... á medias. Hoy seguiremos viaje.

Hasta otro día. Te besa tu

ADELA.

9.

Por qué nos es útil la gimnasia

Siempre, cuando veo niños que se divierten jugando al aire libre, que corren, que saltan, que se ejercitan en las paralelas, en el trapecio, etc., experimento una sensación de franca alegría. ¿Sabéis por qué? Porque pienso que



Niños de las escuelas haciendo ejercicios gimnásticos en Palermo

aquellos pequeñuelos, con sólo dedicar unas horas á esos saludables ejercicios, harán que sus músculos se desarrollen robustos, y un día serán jóvenes vigorosos, sanos, enérgicos, de ánimo viril y amantes del trabajo. La fuer-

za física de un individuo y su robustez, están casi siempre en relación directa con el mayor ó menor ejercicio de sus músculos, que son nuestros órganos de movimiento y ejecutores obedientes de nuestra voluntad.

No es raro ver que en un mismo hogar, al lado de un niño muy robusto y ágil crece un hermanito débil y raquítico. Si analizáramos el método de vida del primero, veríamos que es más amante de moverse y de trabajar que el otro, y que su temperamento es también mucho más vivaz.

Este niño, por preferir los juegos que ponen en movimiento todo su cuerpo, aumenta la temperatura general del mismo, y sus pulmones y corazón funcionan con mayor actividad. Por eso digiere mejor y siente más poderoso en sí el estímulo del apetito. El otro, por permanecer horas y horas inmóvil, habitúa sus músculos á la indolencia, á la pereza, haciendo así que se debiliten.

Jamás tiene ganas de comer; tan sólo una que otra golosina tienta su *gula*. Su estómago no digiere bien, su sangre se empobrece, y el infeliz niño que, merced á un moderado ejercicio muscular hubiera sido alegre, vigoroso y robusto, es en cambio anémico y raquítico, predispuesto á contraer toda clase de enfermedades y obligado á vivir rodeado de precauciones y cuidados que, privándole de divertirse y fortificarse, hacen que no tenga energía para el estudio y el trabajo.

Hay que recordar que *movimiento* significa *vida*.

Como por diferentes motivos no les es permitido á todos ejercitarse en las paralelas ó en otros aparatos gim-

násticos, aconsejo la adopción de un ejercicio que es de por sí sano y práctico: el *paseo*.

El paseo al aire libre, y con preferencia en los sitios donde abundan plantas y flores, que á la par que purifican y perfuman el aire, recrean la vista, es un ejercicio que todo higienista aconseja.

El aire oxigenado que por medio de la boca llega directamente á los pulmones, beneficia todo el organismo.



Parque Lezama

Por fortuna, tenemos hermosos é higiénicos paseos, que deberían ser frecuentados mucho más de lo que lo son. En el vasto y florido *Parque Lezama*, en el no menos bello *Parque 3 de Febrero*, cuyas avenidas ostentan á sus lados magníficas hileras de añosos y gigantescos árboles; en las bellas y numerosas plazas que adornan nuestra capital, deberíamos ver siempre concurridas sus

amplias veredas y caminos, por personas que tomando de sus ocupaciones diarias una media hora, condujeran á sus niños á paseo, en beneficio del mejoramiento de la salud general.

Para efectuar un breve paseo diario, no se debería esperar que el médico lo prescribiese, porque en muchos casos, si se hubiese efectuado antes, no se habría tenido



...y la equitación conviene con tal que no se abuse de ella

necesidad de recurrir al facultativo para curar casos de anemia y debilidad general.

La natación es también un ejercicio saludable, porque obliga á los músculos á movimientos activísimos.

La *caza* habitúa al hombre á la fatiga; la *esgrima* es recomendable á los jóvenes y adolescentes y la *equitación* conviene con tal que no se abuse de ella. El baile no sería

malsano si se efectuase en forma moderada y al aire libre; pero es perjudicialísimo en los salones, donde están aglomeradas muchas personas que respiran una atmósfera viciada.

La *gimnasia* es uno de los más poderosos factores de nuestro bienestar físico; y si pensamos que la persona sana es siempre más propensa al buen humor que la enferma, podremos decir que ella coopera también á nuestro bienestar moral. Cuando se hace gimnasia hay que tener presente que los vestidos deben ser holgados para dejar libres los movimientos del pecho y del cuello.

Las horas preferibles para toda clase de ejercicios físicos son las que preceden á la del almuerzo y de la cena. Si un ejercicio provoca cansancio y sudor, es bueno suspenderlo, y mientras se suda debe tenerse cuidado de no exponerse á las corrientes de aire. Para que todo el organismo disfrute de los beneficios de la gimnasia, hay que tratar de elegir ejercicios que pongan en movimiento todos los músculos del cuerpo.

Jamás debe olvidarse el *áforismo* que dice:

Mente sana en cuerpo sano.

* * *

Cuando veo que un niño se conmueve ante las desgracias ajenas, me parece ver en él á un futuro apóstol de la humanidad.

10.

El fruterillo mendocino

¡Qué animación se notaba en Mendoza al comenzar el año 1817!

Por todas partes veíanse soldados. Se aproximaba el momento en que el gran ejército organizado por el no menos grande Don José de San Martín debía abandonar la ciudad para emprender la atrevida y maravillosa empresa de atravesar los Andes. Aquel núcleo de héroes se proponía independizar á Chile y al Perú.

El pueblo mendocino habíase acostumbrado al método de vida bullicioso que los preparativos de una empresa tan colosal suelen originar; y todos, civiles y militares, niños y mujeres, ancianos y sacerdotes, no hablaban más que de milicias, de batallas y de victorias.

Era la mañana del día 18 de Enero de aquel año. Los revolucionarios debían ya abandonar su campamento; y el pueblo, desde muy temprano, había salido de sus casas para presenciar la partida de las tropas, á las que acompañaría con la mente y con el corazón en toda lucha, en todo peligro.

— Hoy se marcharán; decía un pobre jorobado mientras consultaba su reloj.

— ¿Se irán todos? le preguntó un niño morocho que vendía fruta.

— Todos; y con ellos todas nuestras esperanzas.

— ¡Con qué placer iría yo también! dijo el rapazuelo.

— ¿Y por qué quisieras ir?

— Para combatir por la libertad de mi país.



¿Para quién traes esas flores? preguntó el fruterillo á una niña...

— Muy bien, hijo mío; dijo el jorobado al niño mirándole con ternura.

— ¿Conoces al general?

— ¿Quién no le conoce en Mendoza?

— Es cierto. ¿Quién no ha de conocer á un hombre tan valiente y constante en sus empresas?

El gentío aumentaba. En Mendoza ya no quedarían

más que las mujeres, los niños, los ancianos y los enfermos. Llegaban tropeles de niñas con flores en las manos.

— ¿Para quién traes esas flores? preguntó el fruterillo á una niña de negros ojos y tez sonrosada que lo miraba fijo.

— Para arrojárselas á mis hermanos cuando pasen, dijo la pequeña...

— ¿Y adónde van tus hermanos?

— A la guerra.

— ¡Ah! exclamó el niño, demostrando con una sonrisa cuánto le complacía la idea gentil de aquella rubiecita.

— Dónde compraste esas flores?

— No las compré; son de nuestro jardín.

— Si me das unas rosas, te daré una docena de duraznos. ¡Mira qué maduritos están!

La rubiecita miró la fruta que el niño tenía en un canasto que llevaba en el brazo, miró las flores y luego, meneando con gracia su hermosa cabecita, dijo:

— No, éstas no se venden.

Ante aquella negativa, el fruterillo se fué disgustado y, abriéndose paso entre la muchedumbre, consiguió llegar delante de una casa, en cuyo patio vió una cantidad de plantas que ostentaban bellas y perfumadas flores. ¡Cuántas veces el pequeño había pasado por aquella calle sin que esa casa y esas plantas llamaran su atención! Se acercó á la puerta y llamó. Una anciana que estaba sentada en una hamaca le hizo entrar.

— ¿Qué quieres? le preguntó.

— ¿Quiere usted venderme unas flores?

— No, hijo mío.

— Si me deja juntar unas rosas, daré á usted una docena de estos duraznos; ¡fíjese de qué tamaño son! dijo el niño mientras acercaba el canasto á los ojos de la an-



Llegó á tiempo para arrojar unas rosas blancas, que fueron á dar en el pecho del general

ciana, para convencerla de que su mercadería era efectivamente de primera calidad.

— ¿Para qué quieres flores? preguntóle maravillada la anciana.

— Es un secreto mío.

— Bueno, pues, ya te dije que no las vendo.

— Os daré dos docenas de duraznos en vez de una, ¿estáis conforme? dijo el niño enojado.

— Esas flores, contestóle con voz bondadosa la anciana, son la alegría de mis ojos. Por eso las quiero. ¡Son ya tan pocos los goces que mi edad me permite! ¿Por qué quieres tú privarme del placer que me causa la vista de mis plantas florecidas?

— ¿Tan poco queréis á nuestro buen general Don José de San Martín?

— ¿Qué tiene que ver el general con mis plantas?

— Yo os pedía esas flores para arrojárseles al general cuando pasara, dijo el niño. ¿No sabéis que hoy se marcha?

— ¿Y por qué no me lo has dicho antes, niño querido? ¿Qué no daría yo para demostrar mi admiración, respeto y cariño al general? Llévatelas todas, toditas; y cuando se las arrojes, dile en voz alta que lo acompaña el voto de un pueblo ávido de libertad.

El niño dejó en el suelo su canasto y recogió cuantas flores había. Luego, sin acordarse de sus duraznos, se fué corriendo hacia el sitio por donde debían pasar las tropas. Llegó á tiempo para arrojar unas rosas blancas, que fueron á dar en el pecho del general. Este miró hacia el lado de donde le fué dirigido aquel perfumado proyectil, y viendo al pequeño con el brazo aun tendido, le sonrió y lo saludó.

— “Esas rosas os traerán suerte, mi general”, dijo el fruterillo emocionado, mientras unas lágrimas le corrían por las mejillas.

11.

La gallina de los huevos de oro

Érase una gallina que ponía
Un huevo de oro al dueño cada día.
Aun con tanta ganancia mal contento,
Quiso el rico avariento



Descubrir de una vez la mina de oro,
Y hallar en menos tiempo más tesoro.
Matóla, abrióle el vientre de contado;
Pero, después de haberla registrado,
¿Qué sucedió? que, muerta la Gallina,

Perdió su huevo de oro y no halló mina.
— ¡Cuántos hay que, teniendo lo bastante,
Enriquecerse quieren al instante,
Abrazando proyectos
A veces de tan rápidos efectos,
Que sólo en pocos meses,
Cuando se contemplaban ya marqueses
Contando sus millones,
Se vieron en la calle sin calzones!

SAMANIEGO.

12.

Los reptiles

En el año 1905, con motivo de las grandes crecientes del Río Paraná, llegó hasta nuestras orillas del Plata, en las inmediaciones de Palermo, una enorme cantidad de grandes *camalotes*. En ellos venían alojados desde lejanas tierras una variedad de reptiles: serpientes, víboras, lagartos, que las gentes se dedicaron á cazar vivos; varios de ellos fueron á enriquecer la importante colección de los pensionistas de nuestro Zoo.

Cuando se supo que los nuevos huéspedes estaban en exhibición, grandes y chicos apresuráronse á visitarlos.

También Carlos consiguió que su papá lo acompañase hasta Palermo, y helos ahí delante de la jaula de las serpientes.

— ¿Es cierto, papá, que los reptiles tienen sangre fría?

— Muy cierto; y este fenómeno se explica de la manera siguiente:



... tienen á cada lado de la mandíbula superior un diente de forma parecida á la de un gancho.

La circulación de su sangre es doble, pero incompleta, porque no toda llega á los pulmones para *arterializarse*. Por eso respiran con poca actividad y durante el invierno se alestargan, es decir, quedan sumidos en una especie de sueño profundo, del cual tan sólo puede despertarlos el calor propio de la estación veraniega, el que hace que se reactiven sus funciones vitales.

— ¿Es cierto que las serpientes son venenosas?

— Las hay tales, como las hay absolutamente inofensivas. Las venenosas se distinguen de las que no lo son, en que tienen á cada lado de la mandíbula superior un diente de forma parecida á la de un gancho. Estos dientes están en comunicación con una especie de canal que llega hasta una glándula que la serpiente tiene detrás del ojo, glándula que contiene un líquido venenoso.

Cuando el animal aprieta los dientes para morder á alguien, el veneno que segrega la glándula afluye á la abertura que existe en la extremidad de los mismos dientes, y por ella penetra en la carne que la serpiente muerde.

— Cuando una persona ha sido mordida por una serpiente ó víbora venenosa ¿muere en seguida?

— En muchos casos la ciencia puede salvarla. Pero, como generalmente estos desgraciados accidentes suceden en el campo, en lugares apartados, es necesario, antes de que se pueda recurrir á un facultativo, someter al desgraciado que ha sido víctima de la terrible mordedura, al siguiente tratamiento: Debe ensancharse un poco la herida y lavarla lo mejor que sea posible; luego, para impedir que el veneno circule por toda la sangre, se hace una fuerte ligadura un poco más arriba de la herida y después se procede á *cauterizarla*. Para esto se coloca en el fuego un pedazo de hierro, y cuando está enrojecido se pone en contacto con la herida.

— ¡Qué dolor producirá esa quemadura en la carne viva!

— Sin duda; pero siempre es mejor sufrir un poco que morir. Si en esta operación se ha procedido con la rapidez que la urgencia del caso requiere, el paciente puede, sin mayores peligros, esperar la llegada del médico.

— La víbora de la cruz y la serpiente de cascabel ¿son venenosas?

— Lo son.

— ¿Y por qué esta última se llama así?

— Por el aparato singular en que remata su cola, que está formado de piezas *córneas* dispuestas de tal manera que, cuando la víbora se mueve, al rozarse unas con otras, suenan como *sonajeras* ó *cascabeles*. Su veneno es de los más terribles; pero este animal no es tan temido, porque

el ruido que produce su cascabel hace que el hombre note su presencia desde lejos y pueda con tiempo evitar el temible encuentro.

— ¿Son inteligentes los reptiles?

— No mucho. Su tacto, su gusto, su olfato, están muy poco desarrollados; pero en cambio tienen buen oído y mejor vista. Los ojos de las serpientes se parecen un tanto á los de las aves.



Por el aparato singular en que remata su cola...

— Y las tortugas ¿son reptiles?

— Forman parte de esta gran familia. Pero para estudiar los variados y diferentes animales que la componen, se la ha subdividido en tres grupos: los *quelonios* ó *tortugas*, los *saurios* ó *lagartos* y los *ofidios* ó *serpientes*.

— ¡Cuánto habría pagado Carlos por oír sonar el cascabel de la serpiente que tenía delante de sus ojos! Pero el terrible animal permanecía tranquilo, soñoliento é indiferente ante la curiosidad intensa de todos los que acudían á mirarlo...

13.

El amor al terruño

EPISODIO HISTÓRICO

Ororé, la pequeña guaraní, adoraba su cabaña. Su rancho era para ella tan bello como lo es el palacio real para una princesa.

Amaba el añoso ombú, cuyas frondosas ramas le ofrecían una sombra protectora; amaba al arroyuelo, cuyas aguas cristalinas reflejaban con fidelidad su agraciado rostro; amaba al cacique de la tribu, que la quería como hija; amaba á la anciana *Orosuna*, que le trenzaba el cabello, le daba pan de *patay*, caña de azúcar y frutas sabrosas.

No había conocido á sus padres, que murieron durante una escaramuza con los españoles. Que aquellos habían sido valientes lo revelaba el afecto respetuoso con que el cacique distinguía á la pequeña. Madrugaba cantando y se acostaba cantando. La alegría era buena amiga suya y daba mayor encanto á su rostro, de una belleza extraordinaria.

Un día, la vieja *Orosuna* le dijo con tristeza:

— Sabes *Ororé*, que anoche han desembarcado los blancos?

— ¿Los blancos? ¿y quiénes son?

— Son los que mataron á tus padres, los que nos vienen á quitar nuestra tierra, los enemigos. . .

Ororé se puso triste y pensativa, y se fué á la cabaña del cacique. Lo encontró rodeado de todos los indios de la tribu, dando explicaciones sobre la resistencia que debía oponerse á los que acababan de desembarcar.

Todos procuraron armarse: las mujeres prepararon las flechas y Ororé las ayudó.

A la tardecita tuvo lugar el combate esperado.

Los blancos vencieron á los indios, que, á pesar de haber luchado con astucia y valor, tuvieron que retirarse al interior del bosque.

Ororé, al ver su cabaña en poder de los enemigos, lloró por primera vez en su vida. Desde su escondite pensaba continuamente en el pedazo de suelo en que había cifrado su amor, su dicha. Su rancho servía de habitación á los españoles.

Un día, después de haber estado varias horas en acecho, no viendo á persona alguna y atraída por su irresistible amor á aquellos lugares, avanzó solita. Aceleró el paso y penetró en su cabaña.

Un español dormía allí. Al oír el ruido de los pasos de Ororé, se despertó. Agradóle el semblante de la indiecita y la tomó del brazo, sin que ésta opusiese la menor resistencia. Le dirigió luego unas cuantas palabras, mas la niña no comprendía aquel idioma. Fué llevada delante del jefe de la expedición, que, contento, la mandó embarcar para luego conducirla á Europa.

Ororé era ignorante; pero recordaba haber oído decir á la vieja Orosúma, que en aquellos buques los blancos se alejaban de estas costas para dirigirse á países desconocidos.

Ante aquel pensamiento la pequeña se asustó.



...se echó al agua mientras los tripulantes del buque dormían...

Privarla de la vista de su terruño, era privarla de toda dicha; era quitar á su vida toda poesía.

Una noche, pocos días antes del señalado para la salida, la bella guaraní se echó al agua mientras los tripulantes del buque dormían, y nadando con ligereza retornó á su cabaña.

“Puede ser que no noten mi ausencia, dijo entre sí, y

si la notaran y viniesen á buscarme para alejarme de aquí, yo sé lo que haré”.

Juntó solícita muchas hierbas y hojas secas, las colocó delante de la puerta del rancho, y preparó la *yasca*, para prenderles fuego. Luego se acostó tranquila y después de tantas noches de insomnio, pudo conciliar el sueño.



...se tendió en el suelo como quien con resignación espera la muerte.

A la mañanita despertáronla las voces de los soldados españoles que venían en su busca.

Entonces, antes que penetrasen en su vivienda, prendió fuego á las hojas y se tendió en el suelo, como quien con resignación espera la muerte.

El humo sofocaba á los blancos, las llamas los abrasaban; pero ellos no desmayaron ante el peligro y, merced

á grandes esfuerzos consiguieron librar del fuego á Ororé.

Esta había sufrido quemaduras graves sin exhalar un quejido.

La fuerza de ánimo de la india asombró á los españoles, quienes trataron de investigar por qué había atentado contra su vida de una manera tan horrorosa, siendo así que ellos la habían tratado con toda clase de consideraciones y que nada le hubiera faltado estando á su lado.

La pequeña, que comprendió inmediatamente esas palabras, contestóles en guaraní, idioma que uno de los presentes entendía un poco, diciendo: "Prefiero mil veces morir antes que abandonar mi rancho, mi ombú, mi arroyuelo, mi tierra".

Sorprendidos y admirados los españoles, la curaron lo mejor que pudieron, dejándola luego allí, sin ulteriores objeciones.

¿Diremos aún que el amor al terruño no es *innato* en el hombre?

14.

La madre, el padre, el hogar

El primer latido de amor que conmueve el corazón del niño es para su madre; la primera palabra que sus labios rosados pronuncian, es el nombre de ella; para su rostro

son sus primeras caricias, su primer beso; y es lógico que esto suceda, si se piensa que, desde que abrió los ojos el pequeñuelo, ha visto siempre á su lado el semblante de su madre. Ha sido la sonrisa cariñosa que se bosquejaba en la boca de ella cuando lo miraba con ternura, la que ha



...para su rostro son sus primeras caricias,
su primer beso...

enseñado al niño á reir; ha sido ella, con sus besos y con la potencia de su amor maternal, la que ha despertado en aquel corazón inocente el primer sentimiento de afecto.

La madre ama incondicionalmente á sus hijos y cifra su dicha en la de ellos; los ama tanto si son hermosos y ro-

bustos como si son débiles y raquíticos; su afecto es sincero, inalterable y constante, porque dura mientras dura su vida.

Cuenta una antigua fábula de moral, que en una época remota, los sentimientos malos, que junto con los buenos forman lo que llamamos el caudal de las dotes morales

del individuo, solían reunirse en asamblea en el reino de *Júpiter*, para tratar de los intereses de la comunidad.

Un día el rey citó á los primeros á una reunión extraordinaria, para averiguar cuál, entre aquellos sentimientos perversos, había conseguido dominar mayor número



de corazones humanos. Y después de muchos cálculos, se comprobó que la victoria pertenecía al *Egoísmo*.

Mientras *Júpiter* felicitaba á éste por su éxito, le preguntó: ¿Cuál de los sentimientos buenos ha sido más refractario á tu dominio?

— *El amor de madre*, dijo el interpelado; os juro, Majestad, que lo he hallado incorruptible.

Los niños deben comprender la magnitud de ese afecto abnegado que no omite sacrificios, y retribuirlo uniéndolo á un sentimiento de respeto incondicional.

Otro ser digno de ser amado como la madre, es el padre. Ambos forman el hogar, ese sitio sagrado donde, al amparo de dos seres buenos que asumen toda clase de responsabilidades, los hijos pasan tranquilos y felices los años de la infancia, los más bellos de la existencia, cuyo recuerdo imborrable los conmueve y regocija cuando son mayores.

El padre es el jefe de la familia, el que la representa ante la sociedad, el que lucha, trabaja y sobrelleva dificultades infinitas para que nada falte en su hogar.

Es celoso guardián del honor y del decoro de los suyos; y como recompensa de sus sacrificios, desea únicamente que sus hijos crezcan buenos, sanos y virtuosos.

Bendito es el hogar
Donde la paz impera;
Donde todos se quieren,
La dicha no es quimera.

Educa al pequeñuelo
La madre con ternura,
Para que crezca bueno
Y tenga el alma pura.

El padre sobrelleva
Las luchas de la vida;
Le da valor y fuerza
La familia querida.

El vicio no penetra
En ese ambiente sano,
Donde tranquilo vive
El corazón humano.

15.

De Buenos Aires á Ushuaia

San Antonio (Río Negro).

Querida Martina:

Hoy estuve un rato largo con Rogelia y le hablé de tí. ¡Ya ves si te olvidó! Mientras charlábamos, llegamos al puerto de *San Antonio*, donde hay muy pocos habitantes porque escasean las lluvias. El pueblo, que está á dos leguas de distancia, es muy ameno. Lo rodean hermosos manantiales. En San Antonio hemos pasado un día y nos hemos divertido bastante. En este momento continuamos viaje con rumbo á *Puerto Madryn*. Suspendo ésta para continuarla cuando lleguemos á otro punto...



Puerto San Antonio

Puerto Madryn (Chubut).

Hemos llegado á este puerto hace unas horas entrando por el *Golfo Nuevo*, que tiene una forma parecida á la de un huevo. Abundan aquí las salinas y es notable este punto por la abundante pesca de bacalao que en él se hace. Hay un ferrocarril que pone en comunicación á Puerto Madryn con *Trelew* y *Gaimán*. Estos pueblos y *16 de Octubre*, además de *Rawson*, que es la capital de la Go-



Puerto Madryn

bernación, son importantes. Sus habitantes son agricultores Galenses, es decir, procedentes del Norte de Inglaterra. Cultivan el trigo y la cebada con bastante éxito.

El territorio del *Chubut* no tiene muchas leguas cultivables, pues el terreno es árido por la escasez de agua. Sin embargo, en la región Andina hay buenos pastos.

Ultimamente se ha encontrado una cantidad considerable de *arena aurífera*, es decir, de una arena que con-

tiene oro. Hoy desembarcaremos. Estas y otras cosas que te diré, me las cuentan Rogelia y su señor padre, que conocen muy bien estos parajes por haber efectuado



Comodoro Rivadavia

varias veces este viaje. Al anoecer seguiremos nuestro camino hacia Cabo Raso. Hasta luego.

Cabo Raso. Es de veras un *cabo raso*. ¡Qué tristeza! Por suerte no quedaremos aquí ni un momento.

Comodoro Rivadavia. Te escribo para terminar esta mía desde este puerto, que, para que adquiriese importancia, sería necesario que se realizase el proyecto de unir-



Santa Elena

lo, mediante una línea férrea, á la cordillera. Hemos pasado por el puerto *Santa Elena*, donde las aguas están siempre tranquilas. Te besa tu amiga.

ADELA.

16.

El burro flautista



Esta fabulilla,
Salga bien ó mal,
Me ha ocurrido ahora
Por casualidad.

Cerca de unos prados
Que hay en mi lugar,
Pasaba un borrico
Por casualidad.

Una flauta en ellos
Halló, que un zagal

Se dejó olvidada
Por casualidad.

Acercóse á olerla
El dicho animal,
Y dió un resoplido
Por casualidad.

En la flauta el aire
Se hubo de colar,
Y sonó la flauta
Por casualidad.

“¡Oh!”, dijo el Borrico,
“¡Qué bien sé tocar!
Y dirán que es mala
La música asnal!”

*Sin reglas del arte,
Borriquitos hay
Que una vez aciertan
Por casualidad.*

IRIARTE.

17.

El deber de Luisa

PRECEPTOS HIGIÉNICOS SOBRE LA RESPIRACIÓN
Y EL ASEO PERSONAL.

— ¿Por qué estás tan preocupada, Luisa?

— Porque pienso en la composición que como *deber* nos ha pedido hoy la maestra

— ¿Se trata de un tema difícil?

— Esta mañana me parecía fácil, pero ahora no me lo parece tanto. Debemos escribir algo sobre higiene, exponiendo las reglas que se refieren á la respiración y aseo del cuerpo.

— ¿Y esto te parece difícil?

— No tanto... pero...

— Supongo que la maestra os habrá dado algunas explicaciones referentes al tema?

— Sí, mamá.

— Entonces, vamos á ver. Concentra tus ideas y procura que tu memoria recuerde algo de lo que os dijo la maestra. Y yo te ayudaré, formulándote algunas preguntas.

— Nos habló primero de la higiene en general, dicién-

donos que por Higiene se entiende el arte de conservar la salud del cuerpo.

— Naturalmente. Y ten presente que no se la debe confundir con la *Medicina*, porque ésta enseña la manera de recuperar la salud perdida, mientras que la Higiene enseña á no perderla. ¿Qué os dijo sobre la respiración?



Y del aire ¿no os habló?

— Dijo que para que los pulmones se desarrollen bien y funcionen normalmente, necesitan aspirar y expirar con libertad; es decir, sin estar, por ejemplo, encerrados en un estrecho corsé que les impida sus movimientos.

— ¿Y del aire no os habló?

— Sí; nos dijo que para vivir sanos es necesario aspirar aire puro, y que para conseguirlo debe ser renovado con tanta frecuencia como sea posible, abriendo cuantas

veces sea necesario las puertas y ventanas de las habitaciones donde hay muchas personas reunidas, donde se trabaja, donde se come, donde se duerme, etc.

— Es cierto, querida mía, y parece increíble que aun en el día de hoy haya personas que tengan miedo al aire puro, y que, por temor de resfriarse, permanezcan durante el invierno encerradas en una misma habitación, respirando un aire que forzosamente tiene que ser nocivo á su salud.

— Ahora recuerdo también lo que nos dijo respecto á la limpieza del cuerpo. Nos recomendó que, mediante baños frecuentes, conserváramos siempre la piel limpia, porque ésta desempeña una función importantísima en la salud del hombre. Nos habló de la transpiración, diciéndonos que al estar obstruidos los poros de la piel, por materias extrañas, como polvo, grasa, etc., no dejan paso á la transpiración, es decir, á la libre emisión del sudor y demás impurezas que necesitan salir de nuestro cuerpo.

Nos contó que un ilustre higienista, para hacer comprender la importancia que ejerce la transpiración de la piel sobre el organismo de los animales, cubrió el cuerpo de varios ratones con un barniz espeso. Pues ¿quieres creerlo? después de unos días murieron todos.

— Sin duda. Y ahora ¿te sería difícil redactar tu composición? Con escribir todo cuanto acabas de decirme ordenando un tanto las ideas, creo que mañana podrás presentar á tu maestra un deber algo más que pasable.

— Tienes razón, mamá. Voy en seguida al escritorio y en breve te traeré el cuaderno para que veas mi composición.

18.

Breve historia del papel

— Parece que esta noche no puedes quedarte quieto un momento, decía la madre de Juan á su hijo. ¿Qué tienes?

— Nada, mamá. Estoy algo impaciente.

— ¿Por qué motivo?

— Porque espero á la señorita Elvira. Hoy la he encontrado en la calle, y como me encargara de saludarte y decirte que una de estas noches vendrá á vernos, yo le he dicho: ¡Qué favor me haría si viniese usted esta noche!

— ¡Un favor! ¿Cuál? Replicó ella.

— El de darme unos datos sobre un tema...

— ¡Ah!... ya comprendo. No acostumbro hacer los deberes á nadie.

— ¡Oh!, ..., le he dicho, un poco mortificado, no quiero que usted me haga ningún deber; pero, como deseo lucirme en la lección de mañana...

— Iré, me ha dicho sonriéndose.

Y, he ahí por qué estoy impaciente. Me parece que se hace tarde y temo que nuestra buena amiga no venga.

— No suelo faltar á mi palabra, caballerito; dijo en

ese momento una voz fresca y juguetona; y la señorita Elvira entró en el comedor donde Juan y su madre la esperaban.

Después de los cumplidos de uso, la joven que, por las miradas interrogativas que le dirigía el niño comprendía que éste esperaba con impaciencia las explicaciones que le había prometido, dijo:

— Vamos á ver en qué lección quiere lucirse mañana este pequeño presuntuoso.

— Mañana debemos hablar del papel, de su historia, diciendo cómo y cuándo el arte de fabricarlo llegó á la perfección actual.

— Te diré todo cuanto sé al respecto, pero ten presente que no me agrada hablar á niños desatentos.

Juan, que era estudioso y diligente, prometió prestarle toda su atención.

— Parece que desde los tiempos más remotos, el hombre sintió la necesidad de encontrar un medio que le permitiese dejar constancia de sus ideas y pensamientos á sus descendientes.

Los Egipcios, es decir, los habitantes del Egipto, que es una región africana, parece que fueron los primeros en escribir sus plégarias sobre las hojas de unas plantas que crecen á las orillas de sus ríos, plantas llamadas *papiros*. De éstas hay algunos ejemplares en el jardín botánico de París.

Los *Chinos* fueron los que fabricaron el primer papel con seda y caña de bambú, mientras los *Japoneses* lo hacían con algodón y cáñamo.

También los *Arabes*, en el año 1100, fabricaron papel con algodón; pero, como lo empleaban crudo, es decir, tal cual lo sacaban de la planta, el papel resultaba sumamente frágil. Entonces se pensó en sustituir el lino al algodón, y aun cuando los primeros ensayos dieron buenos resultados, había siempre el inconveniente de que la materia prima era demasiado costosa.

Hubo luego quien probó hacer hervir unos trapos vie-



Vista exterior de una fábrica de papel

jos de lino previamente cortados en pedacitos, obteniendo por este medio una especie de pasta, que resultó ser muy apropiada para hacer con ella una buena clase de papel.

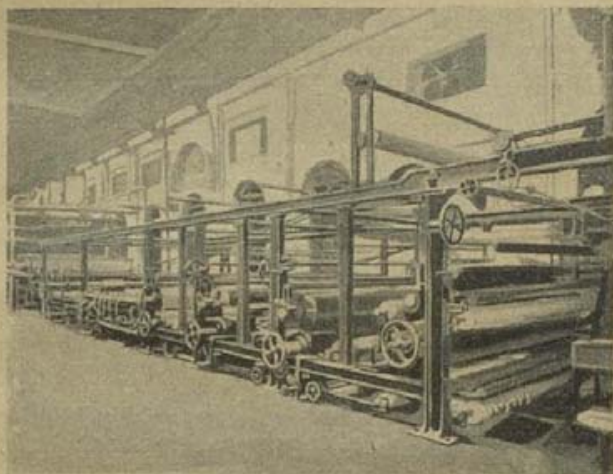
Desde entonces esta industria progresó muchísimo, y en el Museo de París se conserva como reliquia una carta escrita en papel fabricado por este procedimiento, carta que lleva la respetable fecha del año 1300 y que iba dirigida á Luis X, por aquel entonces rey de Francia.

En 1600 se empezaron á fabricar libros de papel, y en el año 1799 el francés Robert inventó un aparato mecá-

nico por medio del cual le fué posible hacer papeles de todos tamaños

Ahora esta industria ha alcanzado su más alto grado de perfección y en todo país civilizado hay fábricas de papel.

Nosotros, que antes lo importábamos totalmente de Eu-



Interior de una fábrica de papel

ropa, tenemos ahora en Zárate y en Campana, de la Provincia de Buenos Aires, importantísimas fábricas donde se hacen papeles de todas clases, desde el más ordinario hasta el más fino y lujoso. Estos establecimientos hacen honor á la industria nacional.

— ¿Es cierto que se puede hacer papel hasta con paja? dijo Juan.

— Con paja y con madera, contestó la señorita Elvira. El cartón se hace con papeles viejos; y esos hermosos papeles floreados con los cuales embellecemos las paredes de nuestras habitaciones, son de invención china y japonesa. Los holandeses y los españoles los introdujeron en Europa el año 1555.

— ¿Te bastarán estos datos? dijo á Juan la señorita Elvira.

— ¿Cómo no? contestóle el niño. Es usted muy buena y muy amable, y yo le agradezco siempre sus explicaciones tan interesantes.

— Recuerda que siempre que quieras aprender algo útil, estoy á tus órdenes, porque, así como no puedo tolerar á los niños holgazanes, soy buena amiga de los estudiosos.

19.

Poder del amor patrio

EPISODIO HISTÓRICO

I

Era el año 1814. Salta y Tucumán hallábanse nuevamente en peligro.

Amenazábalas el ejército de Pezuela, que, después de las victorias de Vilcapugio y Ayohuma, había recobrado nuevos bríos, y disponíase á batir á las tropas patriotas.

La familia de Gómez, salteña, era una de las que más se había distinguido por la valentía de sus hijos que, voluntarios y entusiastas, se habían enrolado en el ejército de Güemes para defender á su patria.

El hijo mayor había fallecido en una batalla.

Una tarde, al anochecer, doña Carlota entró en el comedor de la familia Gómez, asustada y temblando, olvidándose hasta de pronunciar el entonces ritual "Ave María".

— ¿Qué le pasa, ña Carlota? — dijo un anciano cuyas piernas paralizadas lo obligaban á permanecer constantemente inmóvil, sentado en un sillón.

— Sucede que tenemos otra vez á los españoles á las puertas — dijo sobresaltada.

— ¿Y qué hace Güemes? — preguntó una jovencita que recién entraba, y que había oído las palabras de *misia* Carlota.

— ¿Qué ha de hacer? Llama á los patriotas que saben y pueden llevar armas, para que lo ayuden á defender la ciudad.

— Me supongo que Enrique se habrá ya enrolado — dijo el anciano con voz sonora y conmovida á la vez.

— ¿Tío Enrique? — dijo suspirando hondamente la jovencita... ¡Oh, Dios mío!... ¿Ir de nuevo á la batalla... allá, en medio de tantos y tantos peligros...?

— ¿Y cuándo debería esperar á enrolarse, Carmen? Cuando la patria está tranquila y nadie atenta á su integridad, los patriotas pueden también vivir tranquilos; mas, cuando se halla en peligro ¿quién no se siente im-

pulsado á salir en su defensa? Ella es nuestra primera madre: ¿cuál es el hijo que dejaría maltratar á un ser tan amado? ¡Oh, si pudiera mover estas piernas, con qué afán correría con mi fusil al hombro al lado de los que combaten en tu defensa, patria querida! — dijo el anciano, mientras la conmoción velaba su voz.

— Tenéis razón, abuelo, — dijo Carmen llorando; pero



Querido padre: Voy con Güemes...

en casa ya conocemos las funestas consecuencias de las batallas: cinco pequeños, poco ha, quedaron sin padre... vos no lo habréis, por cierto, olvidado... y tío Enrique es ahora el único sostén de todos...

— Más vale quedar sin padre que sin patria.

Carmen calló. Comprendía que ninguna frase persuasiva hubiera hecho brecha en el corazón de aquel invicto patriota.

Al rato entró un criado que entregó una carta al anciano.

— Na Carlota, dijo éste, lea usted; mis ojos ya poco ven.

Na Carlota leyó:

“Querido padre: Voy con Güemes. Las tropas de Pezuela intentan nuevamente apoderarse de la ciudad. Salgo en su defensa. Besad en mi nombre á Carmen y demás sobrinos, y decidles que tengan valor y que piensen que, si los abandono, es por cumplir con mi deber. Bendicidme y rogad por mí. — Enrique”.

— ¡Que seas mil veces bendito, hijo mío! — dijo el anciano — ¡y que luches con tanto valor y abnegación como lucharía éste tu pobre padre!

II

Carmen amaba á su patria, como amaba á su tío. Deseaba la ventura de ambos, y la idea del peligro que les amenazaba, debilitaba sus fuerzas físicas y morales quitándole toda energía, todo valor.

Retiróse de la presencia del abuelo y fué á su aposento.

Allí se arrodilló delante de una imagen y se puso á rezar. ¡Jamás plegaria alguna fué pronunciada con tanto fervor! Pedía á Dios que salvara á su tío y á su patria.

¡Qué horas de terrible angustia pasaron los habitantes de la ciudad y de sus alrededores!

Güemes infundía valor á todos. Dirigíase con prefe-

rencia á donde más inminente era el peligro, y su arrojo y su valentía estimulaban á los demás.

El ejército patriota era menos numeroso que el de Pe-

zuela; pero el amor á la patria y la esperanza de la victoria hacían que cada nativo fuese un héroe.

Enrique figuraba en una de las primeras filas. Batíase como un león.

En lo más reñido de la lucha, una bala enemiga hirióle de muerte en la frente.

Con una mano se comprimió la herida, y con un esfuerzo supremo, diri-



...se arrodilló delante de una imagen...

giéndose á Güemes, que estaba cerca, le dijo: " Mi jefe: diga á papá, á Carmen y á los nenes, que he muerto por la libertad de mi patria... y..." no habló más.

Al obscurecer, la victoria sonrió á los patriotas. Dos amigos personales de Enrique se hicieron cargo de su cadáver; y como la casa de su familia distaba poco de allí, lo llevaron hasta ella.

¿Quién podría describir la dolorosa escena que se desarrolló en aquel hogar?

El pobre anciano se estremeció de dolor ante la fatal noticia; quiso que le trajesen el cadáver de su querido



...y con un esfuerzo supremo, dirigiéndose á Güemes...

hijo y que colocasen la cabeza del muerto sobre sus rodillas

Fijó luego sus ojos con desesperación y ternura inmensa en aquel rostro para él tan querido, y dijo: "Mi bendición ha llegado hasta ti, mi pobre Enrique; has perdido la vida, mas no la batalla. Tus despojos dormirán tranquilos en esta tierra, que será libre si hay entre sus hijos muchos que la amen como tú la amaste".

¡Amor patrio! ¡sentimiento sublime! ¡tú solo tienes el inmenso poder de predominar sobre todos los demás sentimientos propios del corazón humano!

20.

De Buenos Aires á Ushuaia

Mi buena Martina:

Te escribo desde á bordo.

En mi anterior no tuve tiempo de decirte que en *Comodoro Rivadavia* viven numerosas familias, en su mayoría inmigrantes *Boers*. Yo, para decirte la verdad, no



Cabo Blanco

sabía quiénes eran éstos ni de dónde venían; pero don Natalio, el padre de Rogelia, que parecía haber adivinado mi ignorancia, me dijo que los *Boers* son inmigrantes que provienen de la antes *República del*

Transvaal, situada en *Sud Africa*, y que hoy es una *Colonia* de Inglaterra.

A las siete de la mañana del día 6 de Marzo seguimos

viaje hacia *Cabo Blanco* (Santa Cruz), donde ví una playa hermosa de piedras que están dispuestas con tanta simetría como si las hubiera colocado así la mano del hombre. No hay población.

Continuamos hacia *Puerto Deseado*, que yo llamaría *Puerto Desolado*. Me dijo don Natalio que en el año 1880 se trató de colonizar todos esos parajes, mas la gran



Isla del Pingüino — Faro

abundancia de *pumas* que habitan esa región alejó á los colonos, y hoy está casi despoblada. Te juro que, mientras el buen señor me contaba todo esto, me daban *escalofríos* y miraba á mi alrededor, temerosa de ver llegar de alguna parte una de aquellas temibles fieras.

Abandonamos Puerto Deseado y llegamos al fondeadero de la isla del *Pingüino*, donde hay un *faro*, que es una torre elevada en cuya parte superior se ponen luces que sirven de guía á los navegantes. Supe por papá que

aquella pequeña isla se llama del Pingüino, por existir allí muchos de esos animales.

¡Si vieras qué extraños son! Tienen unos setenta y cinco centímetros de alto, no tienen plumas y están cubiertos por un plumón entero y espeso, que parece de cuero. Viven en el mar, donde nadan con gran agilidad:



Pingüinos á la orilla del mar

no pueden volar y, para caminar, se apoyan en las alas, que les sirven de patas delanteras. Científicamente se les conoce con el nombre de *pájaro niño*, y mirándolos caminar desde lejos, parecen niños de veras.

Los pingüinos me han obligado á extenderme más de lo regular; por eso, besándote, te digo: “hasta otro momento”.

TU ADELA.

21.

Los grandes descubrimientos

LA IMPRENTA

Para que los niños puedan comprender cuán grande es el contingente que ha aportado al progreso humano la invención de la imprenta, es preciso que sepan que antiguamente sólo había libros manuscritos.

Y como sé que hay niños que encuentran por demás trabajosa la tarea de escribir un breve deber, fácil es imaginarse cuánto lo sería la de escribir un libro de grandes dimensiones y de muchas hojas.

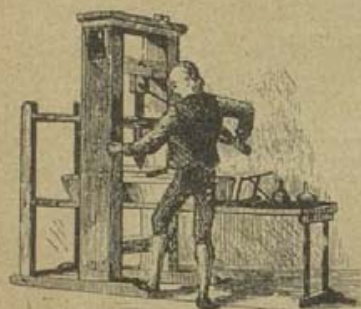
Por eso el número de los libros que había era sumamente reducido; y como costaban un dineral, sólo los más favorecidos de la fortuna podían permitirse el lujo de poseer alguno. ¡Y cómo los cuidaban! No hacían como ciertos niños á quienes yo conozco, que tienen sus libros en un estado de abandono lastimoso.



Juan Gutenberg

Los de aquellos tiempos se guardaban en cofres artísticos, como se guarda hoy un tesoro. Y es muy cierto que hay obras que, por lo mucho que han enseñado y enseñan á la humanidad, son tesoros inestimables.

En el siglo XIV eran muchas las personas que empezaban á sentir el deseo de instruirse, y desde entonces



La primera máquina para imprimir

se comenzó á grabar sobre unas tablitas de madera muy sutiles y expresamente preparadas, unos mapas geográficos y otras escrituras. Juntando estas tablas se consiguió formar una especie de libro, que fué llamado la *Biblia de los pobres*. Pero era siempre muy reducido el número de las perso-

nas que podían disfrutar los beneficios de la lectura.

Era, pues, preciso descubrir algo que fuera más práctico, que permitiese, sin tanto trabajo y dificultad, multiplicar las copias de los libros manuscritos.

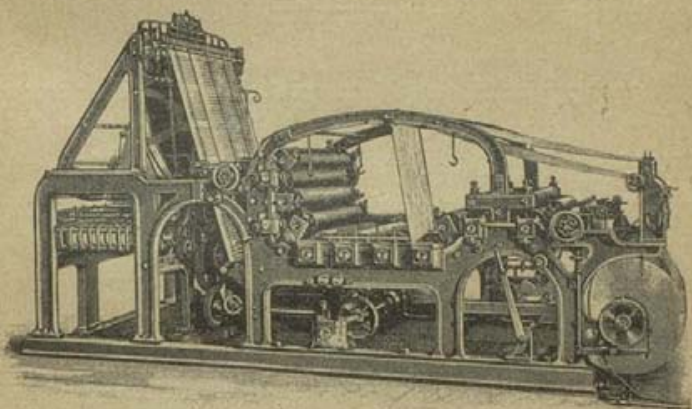
Fué entonces que *Lorenzo Coster*, holandés, después de mil tentativas infructuosas, consiguió el sistema de impresión por medio de letras movibles, que él fundía en unos moldes que al efecto había fabricado.

Este inteligente hombre no consiguió perfeccionar su invento, pero sus trabajos fueron aprovechados.

Cuando el alemán *Juan Gutenberg*, natural de Magun-

cia, tuvo noticia del descubrimiento de Coster, se interesó vivamente por él y se propuso estudiarlo.

Después de haber viajado por toda Europa, se fué á Strasburgo, donde, con grandes bríos emprendió sus importantes trabajos. Diez años de labor constante, de luchas y de ensayos, permitiéronle, por fin, llegar á hacer con facilidad letras movibles; pero aun le faltaba encon-



Una rotativa

trar un metal apropiado que le facilitase la fabricación de las letras, no sirviéndole para eso ni el plomo ni el hierro.

Un día habló de esto á uno de sus socios, *Schoeffer*, hombre inteligente é instruído. Este sugirióle la idea de mezclar el plomo con el antimonio, que es un metal de color gris, muy brillante, regularmente duro y frágil.

Consiguieron así una aleación ó mezcla, de la que sacaron hermosas letras, perfiladas y perfectas.

Desde entonces quedó en poder de la humanidad el medio de dejar constancia, á través de los siglos, de sus ideas, goces, penas, aspiraciones, sentimientos, propósitos é inventos.

Gutenberg continuó mejorando y perfeccionando sus trabajos y los de sus colaboradores. Sus discípulos se esparcieron por Europa y pronto hubo imprentas en Francia, Italia, España, etc.

Gutenberg murió en Maguncia el año 1468, pero su nombre ha quedado inmortal. Será recordado con admiración y gratitud por todos los que comprenden cuán beneficiosa es á la humanidad la instrucción que gracias al invento del *Gran hombre* pudo difundirse en todas partes, cooperando poderosamente al progreso y á la civilización de los seres humanos.

¡Gloria, pues, á Gutenberg y á sus colaboradores!

22.

El herrero y el perro

Un herrero tenía

Un perro, que no hacía

Sino comer, dormir y estarse echado.

De la casa jamás tuvo cuidado;

Levantábase sólo á mesa puesta;
Entonces con gran fiesta
Al dueño se acercaba;
Con perrunas caricias le halagaba
Mostrando de cariño mil excesos.
Por pillar las piltrafas y los huesos.
— He llegado á notar, le dijo el amo,
Que, aunque nunca te llamo,



A la mesa te llegas prontamente;
En la fragua jamás te ví presente;
Y yo me maravillo
De que no despertándote el martillo,
Te desveles al ruido de mis dientes.
Anda, anda, poltrón; no es bien que cuentes
Que el amo, hecho un gañán y sin reposo,
Te mantiene á lo conde, muy ocioso.

El perro le responde:

— ¿Qué más tiene que yo cualquiera conde?

Para no trabajar debo al destino

Haber nacido perro y no pollino.

— Pues, señor conde, fuera de mi casa;

Verás en las demás lo que te pasa.

En efecto, salió á probar fortuna,

Y las casas anduvo de una en una:

Allí le hacen servir de centinela

Y que pase la noche toda en vela;

Acá de lazarillo y de danzante;

Allá, dentro de un torno, á cada instante

Asa la carne que comer no espera.

Al cabo conoció, de esta manera,

Que el destino, y no es cuento,

A todos nos cargó, como al jumento.

SAMANIEGO.

23.

La casa paterna

I

Después de una especie de *consejo de familia* en el que había tomado parte, como invitada, la maestra de la escuela del villorrio de P..., los padres de Margarita re-

solvieron enviar á ésta á la ciudad, para que en un buen colegio cursase los estudios secundarios.

Muchas eran las esperanzas que los padres de *Márgara* tenían en su hijita. Era ésta una hermosa criatura de doce años, de tez blanca y sonrosada, de cabellos rizados y rubios. Su perfil correcto y sus facciones diminutas hacían de ella una figurita ideal. El timbre de su voz era tan suave y melodioso, que parecía el canto de una alondra.

En la escuela del pueblo donde había cursado los estudios elementales, siempre había sido la mejor alumna. Su maestra, que la amaba como si fuese un miembro de su familia, había dicho á los padres de su discípula que ésta tenía disposiciones especiales para el estudio.

Ante aquella grata revelación, los buenos campesinos no titubearon un momento. Ellos eran pobres, pero su hija no lo sería; harían para eso cualquier sacrificio.

La madre sufría inmensamente al pensar que tendría que separarse por un tiempo de aquel angelito rubio que parecía haber bajado del cielo para alegrar su casa.

Margarita escuchaba con suma atención todo cuanto se refería á su porvenir, aceptando entre sí y sin vacilar cualquiera resolución, porque sabía cuánto era amada en su casa y pensaba que todo lo que se trataba de hacer por ella tenía un propósito único: su felicidad.

Quando la madre, acariciándole la rubia cabecita le dijo: "Margarita, el lunes tu padre te acompañará á la ciudad y te pondrá pupila en un colegio para que continúes tus estudios", ella le contestó con una dulce sonrisa, manifestando así su gratitud.

Sin embargo, momentos después, cuando pensó que tendría que alejarse de su casa, se puso triste, y sus mejillas se bañaron en lágrimas. El padre la sorprendió en el momento en que con el pañuelo se enjugaba los ojos.

— ¿No te agrada ir á la ciudad? ¿No quieres estudiar?

— Sí, papá, dijo la niña; quiero todo lo que tú desees. Estaba triste pensando que no os veré por un tiempo.

— Pero pronto vendrán las vacaciones y las pasarás con nosotros; además, allí tendrás amigas con quienes jugar y divertirme.

— Sí, papá, contestóle la niña; iré gustosa y cumpliré con mi deber.



El padre la sorprendió en el momento en que con el pañuelo se enjugaba los ojos.

II

Fuése por fin Márgara, y aquel hogar quedó sumido en la tristeza. La madre, sobre todo, no podía conformarse con aquella separación. Día y noche pensaba en su pequeña alondra y se preguntaba: “¿Qué hará en este momento? ¿Pensará en mí como yo pienso en ella?”

¡Oh, sí! ¡Cuántas veces la pequeña pensaba en su casa, y con su imaginación veía á su buena madre! Estudiaba

mucho, sí; pero á veces las maestras la sorprendían con los ojos desmesuradamente abiertos y fijos en la inmensidad del espacio, en una forma estática que no dejaba de causar á todos serias aprensiones.

— Margarita, ¿qué mira con tanta fijeza? le observaba la maestra. Preste atención á lo que se dice en clase.

La niña, avergonzada por haberse dejado sorprender en aquellos momentos que podían llamarse para ella de dulce expansión íntima, se ruborizaba y no articulaba palabra.

¡Oh! ella sabía, sí, en qué pensaba. Pensaba en sus padres, en sus hermanitos y en las bellezas naturales de su villorrio. Le parecía ver la pequeña toltería que se encontraba á la entrada del bosque; mi-



Pensaba en sus padres, en sus hermanitos

serable vivienda cubierta de paja y sin paredes, que prestaba amparo á una familia de indios mansos á quienes con frecuencia iba á visitar. ¡Qué aire perfumado y puro se respiraba allí! Una india que vivía en aquella habitación completamente primitiva, la recibía con mil demostraciones y agasajos, y por el modo como la miraba, parecía que la pequeña le inspirase un sentimiento de muda adoración.

Ella llevaba á aquella pobre mujer ropa y víveres, y con su vocecita le decía tantas y tantas palabras que la india escuchaba sin comprender, pero con la misma atención con que se escucha una música divina.



...vió venir hacia ella la gentil figura
de su hija...

¡Cuántas, cuántas cosas más veían los ojos de Margarita!

Ninguna diversión, ni el cariño que le profesaban las amigas, ni las mil atenciones que le prodigaban las maestras, nada podía distraer su pensamiento de su cabaña y de su familia.

Cuando el padre fué á la ciudad, á visitarla, la encontró tan demacrada, que se asustó.

— ¡Oh Márgara, mi pobre Márgara! ¿estás enferma? ¿Tal vez el estudio es nocivo á tu salud?

— No, dijo la niña; estudio con placer, papá; pero quisiera hacerlo estando en mi casa. ¡Si supieras cuánto deseo dar un beso y un tierno abrazo á mi buena madre! Me parece que hace años que no la veo; y sin ella, sin ustedes, sin mis hermanos, ¡qué triste encuentro la vida!

El buen padre, conmovido, estrechó entre sus brazos á aquel ángel delicado, y de acuerdo con la directora del establecimiento, que sufría al ver la persistente tristeza de Márgara, resolvieron que la niña volviese á su hogar. Allí estudiaría sola, para rendir luego examen libre en el colegio de la ciudad.

¿Quién podría describir la alegría de Márgara al entrever de lejos los sitios en que había pasado sus años dichosos, y que habían sido alegrados por el timbre de su voz armoniosa?

La madre, que salía para dar de comer á sus gallinas, vió venir hacia ella la gentil figura de su hija.

— ¿Tú, mi Márgara? dijo; y no pudo hablar más.

— ¡Si, tu Márgara que jamás te abandonará porque sin ti no podría vivir! dijo la niña y abrazó llorando á la autora de sus días.

¡Oh, madre! ¡oh, bendito hogar paterno! ¿Quién te puede olvidar?

24.

Premio merecido

El padre de Carlos tiene un primo hermano que, además de ser un médico de fama, es un señor muy bondadoso y un admirador entusiasta de los niños estudiosos y aprovechados. El buen caballero se llama don Ro-

bustiano, pero en casa de su pariente le llaman “el Doctor”.

El día en que el Doctor visita á la familia de su primo es un día de fiesta para los hijitos de éste, porque el buen

anciano suele siempre llevar consigo algún juguete ó golosina con que obsequiar á los que él llama “sus sobrinitos”. Pero no vayáis á creer que don Robustiano regala al acaso. No; él pretende que los niños deben merecer el obsequio que se les hace, y para eso les formula algunas preguntas de acuerdo con la capacidad de cada uno.



...estaban en el balcón y vieron llegar á don Robustiano que traía un paquete...

El otro día Pepe, Juana, Rosa y Carlos estaban en el balcón y vieron llegar á don Robustiano que traía un paquete, que por su forma exterior parecía contener un vio-

lín de reducidas dimensiones. Carlos, que es muy aficionado á la música, empezó á dar saltos diciendo: "Es para mí; es para mí".

Don Robustiano fué recibido con ruidosas demostraciones de simpatía y con mil agasajos. Juana, la menor, hasta se atrevió á preguntarle si era cierto que el violín sería para Carlos.

— Será para Carlos, si Carlos lo merece; contestóle el Doctor.

— ¿Y qué tengo que hacer para merecerlo? dijo Carlos.

— Debes resolverme un problema.

— A la Aritmética no le tengo miedo, dijo el niño.

— No se trata de Aritmética; no soy matemático, lo sabes; sólo me ocupo de lo que se relaciona con el estudio del cuerpo humano.

— Como usted me había dicho que había que resolver un problema...

— Sí, un problema, ó mejor dicho, una cuestión que necesita explicarse. Voy á dirigirte unas cuantas preguntas y, si las contestas bien, ésto (dijo el Doctor señalando el paquete) será tuyo.

— Interrógueme á mí, dijo Teresa.

— A tí sólo podría preguntar si so nmás sabrosos los caramelos de menta que los de limón... pero en cambio, de Carlos puedo exigir mucho más.

Carlos se había puesto serio, porque la cuestión del violín le interesaba bastante y la de las preguntas aun más.

— Quiero saber si alguna vez has pensado en esto: ¿para qué comes?

— Para alimentarme.

— Eso lo sabía yo también, objetó Teresa que no se movía de allí, porque abrigaba la esperanza de alcanzar el premio.

— Tú debes hablar cuando te pregunte, dijole el Doctor; y prosiguió dirigiéndose á Carlos: Decíamos que nos alimentamos para reparar con los alimentos las pérdidas que nuestro cuerpo sufre diariamente. ¿No es así?

— ¡Ahora comprendo! dijo Carlos palmeando con las manos. ¡Tengo asegurada la victoria! Usted quiere que le hable sobre la digestión ¿no es cierto?

— Así es.

— Entonces le diré que anteayer tuve por deber este tema y que mi composición resultó la mejor del grado, de modo que la maestra me la hizo copiar en el cuaderno de los deberes.

— ¿Y no conservas el borrador de esa obra maestra?

— ¡Cómo no lo voy á conservar!

— Tráelo entonces y léeme lo que has escrito referente á la digestión.

Carlos, satisfecho de sí mismo, trajo el cuaderno y he aquí lo que leyó:

Los alimentos se introducen en la boca; cuando son líquidos, se tragan sin dificultad; cuando no, se *mastican* con los dientes, que los cortan en pequeños fragmentos, y con las muelas.

Mientras se efectúa la masticación, tiene lugar la *insa-*

livación; es decir, que la saliva, que proviene de las *glándulas salivares* que están en la boca, ayuda á efectuar la *masticación* y la *deglución* de los *bolos alimenticios*.

— Espera un momento, dijo el Doctor interrumpiéndole.

¿Sabrías decirme qué se entiende por glándulas?

— Sí, señor, Se llaman *glándulas* unos órganos que fa-



—¿Sabrías decirme qué se entiende por glándulas?

brian y expulsan líquidos particulares que se llaman *secreciones*.

— ¿Por ejemplo? preguntó el Doctor.

— Por ejemplo, las *glándulas lagrimales*, que son las que segregan las *lágrimas*.

— Muy bien, continúa la lectura.

— Cuando los alimentos están masticados é *impregnados* de saliva, se tragan. Esta operación se llama *deglu-*

ción. Los alimentos bajan después á la *faringe*, que es un canal situado detrás de la boca y de la *laringe*.

De la faringe pasan al *esófago*, por medio del cual llegan al *estómago*. Es éste una especie de saco que está situado en la parte superior del *abdomen*.

Allí es donde tiene lugar la operación que se llama *quimificación*. Es decir, que, cuando los alimentos están en el estómago, son bañados por el *jugo gástrico*, que es un líquido amarillento, transparente y de olor especial, que disuelve casi todas las materias animales. A medida que las substancias se quimifican, pasan al *intestino delgado*, donde se mezclan con la *bilis* y el *jugo pancreático*.

— “Jugo pancreático” me has dicho. ¿Sabes tú lo que es eso?

— Sí. Es un líquido parecido á la saliva, que proviene del *páncreas*, que es un órgano largo y algo plano, situado detrás del estómago.

— Está bien. Continúa.

— Sometido el *quimo* á las reacciones de los líquidos que he mencionado, sufre los últimos cambios que lo convierten en *quilo*. Este recorre todo el canal intestinal. Mientras tanto, los vasos absorbentes se encargan de apropiarse ó de retirar de las masas *quilificadas* los productos útiles para la reparación de las pérdidas que diariamente sufre nuestro cuerpo. Por último, los residuos no digeridos ó impropios son expulsados por medio de la *defecación*.

— No me extraña que tu composición haya merecido el honor que le ha dispensado tu maestra, puesto que

también merece que yo te felicite por ella. Eres estudioso y el violín es tuyo.

¡Con qué alegría se apoderó Carlitos de él! Para salvarlo de las manos de sus hermanos que lo querían tocar, examinar, y quizá romper, se fué á su aposento; pero no pudo evitar que lo siguieran todos.

Después de un momento, se oyó á Teresa que cantaba con gracia un aire criollo que Carlos acompañaba con el violín.

25.

De Buenos Aires á Ushuaia

Río Gallegos, Marzo.

Martina mía:

Después de la isla del Pingüino llegamos á *San Julián*, pueblo sin importancia por ser de reciente creación; y de allí fuimos á *Santa Cruz*, ciudad que tiene más de 1.200 habitantes. Reina en estas regiones un frío que nos impresiona y, continuando nuestro camino, á la hora de la marea fondeamos en el pozo *Punta Norte*.

Por fin, querida Martina, pude comprender lo que es la *marea*; y como creo que tú no lo has de saber, te lo voy á explicar.

Marea es el movimiento que hacen las aguas del mar periódicamente, en virtud del cual aquéllas se adelantan ó retiran de la costa, es decir, crecen ó menguan á unas horas casi fijas; y lo más curioso es que este fenómeno sucede por la atracción de la luna sobre las aguas.

Los alrededores de esta ciudad están bastante poblados.



El puerto de Santa Cruz

sobre todo cerca de las orillas de los ríos *Chico* y *Santa Cruz*. Este último fué declarado navegable en 1900.

Al anochecer abandonamos este puerto con rumbo á *Río Gallegos*, adonde llegamos el día siguiente á las diez de la mañana. El puerto está sobre el río del mismo nombre. El pueblo es más importante que el de Santa Cruz, y el comercio de cueros y lanas que aquí se hace es considerable. Río Gallegos es la capital de la *Gobernación de*

Santa Cruz. En el puerto soplan unos vientos huracanados que los habitantes llaman locales, porque son propios de esta región. Mañana seguiremos hacia *Ushuaia*, desde donde te escribiré apenas lleguemos.

Así como aumenta la distancia que nos separa, aumenta el deseo de verte; y desde que he empezado á pensar que para eso tendré que esperar quizá unos meses, me parece que los días son eternos. Por esto puedes comprender cuán sincero é intenso es el cariño que te profeso.

Papá y Rogelia, que desde ya, por lo que yo le he dicho de ti se considera amiga tuya, te saludan afectuosamente y yo te envío un beso cariñoso.

Siempre tuya.

ADELA.

* * *

Los niños argentinos al estudiar la geografía de su país, no sólo aprenderán á conocerlo, sino también á admirarlo y amarlo.

El *intemperante* se parece al derrochador; éste, al mal gastar su fortuna, labra su pobreza; el otro, al hacer derroche de su salud, se expone á perderla para siempre.

26.

¡Cuán bella, cuán rica es mi patria!

Pocos países en el mundo han sido tan favorecidos por la naturaleza como la República Argentina.

¡Inmensas y fértiles llanuras; montes elevados cuyas cumbres parecen tocar el firmamento; ríos caudalosos que, cual hadas benéficas, dejan por donde pasan rastros



...donde viven, tranquilos, millones de ovejas, vacas y caballos...

de fertilidad; colinas graciosas, que parecen elevarse sobre la tierra para permitir al hombre que desde sus puntos culminantes admire los encantos de la naturaleza que lo circunda; cascadas de aguas límpidas y cristalinas; bellos arroyuelos que con el leve murmullo de sus aguas

aumentan la poesía de sus orillas floridas; manantiales que bañan suavemente vastas praderas; volcanes que yerguen su cumbre, terrible y majestuosa á un tiempo; todo, todo esto existe en mi patria!

Quien ha visto la región pampeana, la ha descrito con la poesía que le ha inspirado la vista de aquella inmensa extensión de terreno cubierto de perpetuo verdor, donde viven tranquilos, millones de ovejas, vacas y caballos, que son fuente inagotable de riqueza para el país.

Dan mayor realce á su imponente aspecto, los gigantescos y añosos ombúes que se encuentran esparcidos por ella. Estos hermosos árboles,



Un Ombú

con sus ramas frondosas, parecen invitar al viajero al reposo, ofreciéndole amparo bajo su sombra protectora, durante las horas en que los rayos del sol son más ardientes.

Quien ha visitado la región andina, se ha sentido dominado por un sentimiento de muda admiración hacia aquella imponente y majestuosa cordillera que parece interminable. Esos Andes encierran en su seno cantidades inmensas de metales útiles al hombre, y cuando éste pue-

da aprovecharlos, aumentarán considerablemente las riquezas de nuestra patria. En esa región prospera, además, el cultivo de la vid, cuyos productos, vinos y alcoholes, ya bastan al consumo de los habitantes de la República.

Quien ha viajado por el Norte, es decir, por la región tropical, se ha entusiasmado ante la hermosa vista de innumerables bosques aun vírgenes, donde crecen con



En la Cordillera de los Andes

exuberancia millones de árboles de diferentes clases, haciendo que pocos países sean tan ricos ni tan abundantes en maderas finas como el nuestro.

El clima, si bien cálido, es

saludable; y cuando todas aquellas vastas regiones sean tan pobladas y cultivadas como su extensión y fertilidad lo requieren, el caudal de las fuentes productivas del país aumentará considerablemente. En esos parajes cultívanse con éxito halagüeño los vegetales propios de las zonas tropicales: la caña de azúcar, el maní, el café, la yerba mate, etc.

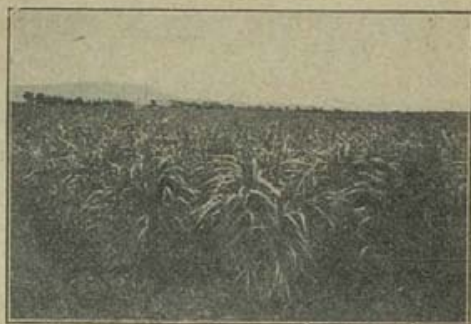
En las provincias del litoral que con justicia pueden llamarse “el granero de la República” y de una parte de

Europa, se cosechan en asombrosa abundancia, el trigo, el maíz, el lino, el centeno y toda clase de cereales.

Hacia el Sud, en la zona más árida y fría, nuestra patria tiene nuevos atractivos, nuevas bellezas.

Sus costas sobre el Atlántico ofrecen al navegante amplias bahías y buenos puertos, en los cuales se mantiene activo nuestro comercio con las demás naciones del mundo.

Abundan allí las salinas, y el clima, aunque frío, no impide que la vegetación sea en mu-



Plantación de caña de azúcar en Tucumán

chas partes próspera y exuberante. De modo que no es raro ver montes con sus cumbres cubiertas de nieves perpetuas y con sus faldas tapizadas de la más lozana alfombra de verdor.

Cuando pienso en el armonioso conjunto que forman las diferentes regiones que componen la República Argentina, digo con entusiasmo: *¡Cuán bella, cuán rica es mi patria!*

El corazón de Irma

En vano la madre trataba de moderar el entusiasmo de sus hijos. En vano la inquilina del piso bajo protestaba con energía por la algazara descomunal que éstos hacían, algazara que impedía á su hijito conciliar el sueño.

El carnaval, con su acompañamiento de locuras, había transformado aquel batallón infantil en un núcleo de traviesos *duendes*, inquietos, alegres, *refractarios* á toda disciplina.

— ¿Has visto qué lindo es mi vestido de payaso? dijo Arturito, trayendo en la mano un traje mitad azul y mitad amarillo, que no medía más de ochenta centímetros de largo.

— Sí, pero no se puede comparar con el mío, dijo Irma.

— Claro, porque el tuyo es de mujer, y sabido es hasta qué punto son ustedes amigas de los *fruletes*, observó Raúl.

— Después, objetó Irma, tengo también los zapatos finos de charol, y tú no tienes más que unas pobres alpargatas.

— Cierto, pero con ellas se corre más ligero que con tus zapatos.

— ¿Cuándo es carnaval, mamá? preguntó la nena menor.

— Mañana.

— ¿Y cuándo es mañana?

— No sé; contestóle con impaciencia la señora, harta ya de dar explicaciones.



...empezó á dar saltos y hacer cabriolas

— Mañana es, cuando ya no es hoy; dijo con calma Raúl. Esta contestación satisfizo por completo á la menor.

— Entonces mañana estrenaré traje y calzado.

— Y yo me vestiré de payaso.

— Sí; pero no te has de lucir mucho, porque no sabes hacer pruebas como los verdaderos payasos.

— ¿Quién te lo ha dicho? — Y sin más preámbulos, el rapazuelo, que apenas contaba cinco años, alejó unas sillas arrastrándolas, con gran desconsuelo de la señora

del piso bajo, que aun estaba cantando con voz cansada el *arborró mi niño* á su siempre despierto hijito.

Cuando Arturo hubo preparado su campo de acción, empezó á dar saltos y hacer *cabriolas*, asombrando con su agilidad á aquel público improvisado que no cesaba de aplaudirlo con entusiasmo.

— Ahora yo me probaré los zapatos; dijo Irma. ¿Usted no los ha visto aún? preguntó á la lavandera, que por llegar en ese momento ignoraba seguramente de qué se trataba. ¿No? Son de charol finísimo y tienen una gran hebilla dorada. Ahora se los mostraré.

Después de un momento la niña volvió, trayendo una caja blanca de la que sacó un par de zapatos muy elegantes.

— De veras que son lindos, dijo suspirando la pobre mujer. Sí, bien lindos; y suspiró de nuevo.

— ¡Qué triste estás, Palmira, esta mañana! ¿Qué tienes?

— Sus zapatos, niña, me han recordado una promesa que he hecho hoy á mi Luisa antes de salir de casa; promesa que desde hace un mes le hago todos los días, sin que hasta ahora haya podido cumplirla.

— Mal hecho. Papá dice que siempre debe cumplirse con lo prometido.

— Así debería ser... pero, á veces... las circunstancias...

— ¿Y qué le habías prometido á Luisa?

— Comprarle un par de zapatos á la crimea, porque la pobre no tiene con qué calzar sus pies.

— ¿Y por eso estás triste, Palmira? Llévate éstos, son

míos: te los regalo. Luisa es de mi edad y creo que le estarán bien.

— Gracias, niña, mas no puedo aceptarlos. Se los han comprado á usted para completar su disfraz... y además usted no puede regalar nada... es muy pequeña para eso.

— ¡Cómo! ¿no puedo disponer de lo que es mío? No me parece justo que tu hijita esté tan triste por no tener botines, mientras que yo tengo tantos pares: y la peque-



La madre de Irma, que desde la habitación contigua había oído el diálogo...

ña volvió á poner los zapatos en la caja con mayor cuidado que antes y se los ofreció de nuevo á Palmira. Esta no quería aceptarlos.

La madre de Irma, que desde la habitación contigua había oído el diálogo, entró en el aposento donde estaban su hija y la lavandera, y dirigiéndose á la primera le dijo:

— Te prevengo que, si regalas tus zapatos, no podrás disfrazarte.

— No importa, mamita; si no me dices que no, se los envío gustosa á Lúisa; pues mañana, pensando en la tristeza de la hija de Palmira, no podría ya divertirme.

La madre besó con ternura inefable á su hijita, y dijo á la lavandera:

— Llévese los zapatos; es un obsequio que Irma hace á su hijita y que usted no puede rehusar, porque ella no los rehusaría. Y tú, Irma, en premio de tu bondad, tendrás otro par igual. Y la algazara, interrumpida por un momento, volvió á su apogeo.

28.

En la estancia

Era una espléndida mañana del mes de Diciembre.

En la estancia de don Fermín se notaba un bullicio inusitado. Acababan de llegar la señora y los cinco hijitos del rico estanciero, para pasar allí la temporada de las vacaciones.

¡Qué alegres estaban los niños! Después de unas horas de haber llegado, ya habían dado un paseo por todas partes, investigándolo todo y acosando con preguntas al

pobre Rogelio, un anciano peón que desde hacía muchos años servía en la casa.

Rogelio quería tiernamente á aquellos niños, que durante tres meses del año eran sus fieles compañeros. Éra él quien los acompañaba en los paseos que solían hacer



...y acosando con preguntas al pobre Rogelio...

por la mañana temprano, porque nadie como él conocía los alrededores de la estancia y siempre solía dirigir á su alegre y bulliciosa comitiva á los parajes más deliciosos y amenos.

Como todos ellos, más ó menos, eran buenos jinetes, á veces los acompañaban hasta unas hermosas lomas, desde cuya cumbre se podía admirar el brillante espectáculo de la naturaleza florecida.

Otros días, antes de abandonar la estancia, los niños entregaban á Rogelio un canasto en el que la buena mamá de los madrugadores paseantes había puesto fiambres, bizcochos y otras golosinas, que los chicos comerían luego al aire libre, bajo la sombra de los árboles, en algún



Una tarde, mientras estaban merendando á la sombra de unos
añosos ombúes...

lugar pintoresco elegido previamente por Rogelio. Los pequeños entonces querían que Rogelio se sentase junto á ellos, y lo convidaban con un poco de todo cuanto tenían para comer y beber. El buen anciano agradecía infinitamente aquellas demostraciones de afecto, y con placer contestaba á las mil preguntas que los niños le dirigían.

Una tarde, mientras estaban merendando á la sombra de unos añosos ombúes, dijo Jorge:

— ¡Qué lindo es estar aquí! ¡Yo quisiera pasar toda mi vida en el campo!

— Yo no; objetóle María. Me gusta estar en el campo, pero tan sólo mientras dura el verano. ¡Imagínate qué triste debe ser todo esto en invierno!

Apuesto que hasta Rogelio, que está habituado á vivir aquí durante la mala estación, se aburre. ¿No es cierto? dijo la niña dirigiendo la pregunta al anciano.

— Seguramente; contestó éste, que los árboles y las plantas sin hojas, los prados sin hierbas, las heladas, las lluvias, los vientos y el frío, hacen que todo lo que ahora admiran ustedes no sea tan bello; pero para quien como yo está acostumbrado á la vida campestre, también en el invierno tiene el campo sus atractivos. Yo no podría habituarme á vivir en la ciudad.

— ¿Y qué hacen ustedes durante el invierno?

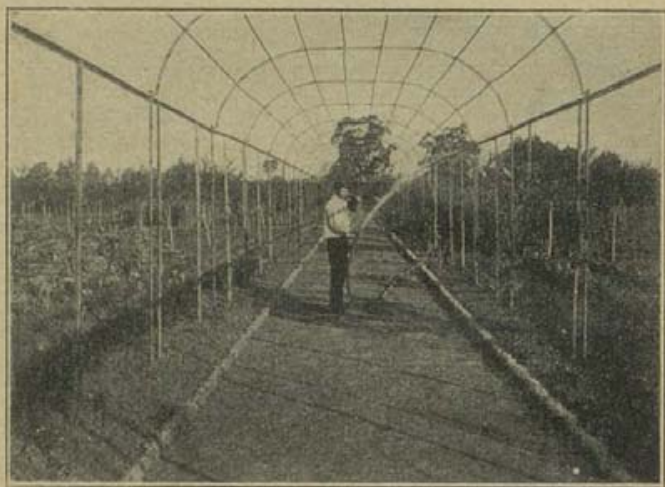
— Para que el campo se embellezca en la primavera y dé abundantes frutos en el verano, hay que cuidarlo y trabajarlo durante el invierno. En Mayo ya se empieza á sembrar el trigo, el centeno, la cebada y la avena. Después, yo que soy tan amigo de comer verdura, cuido de la huerta; y en ese mismo mes ayudo á recoger las papas de la segunda cosecha y á sembrar garbanzos, arvejas, rabanitos, perejil, etc.

— ¿Cuánto tiempo emplean para la siembra del trigo?

— Eso depende de la situación y extensión de la zona de terreno que cada cual tiene ó quiere cultivar. Nosotros

siempre hemos terminado en Junio la siembra de los cereales. En ese mismo mes hacemos el *trasplante* de los frutales y se empieza la *poda* de los árboles. Más tarde, en Agosto, podamos las parras y se puede empezar á sembrar la papa de la primera cosecha.

— Y Marcos, el jardinero, ¿les ayuda á ustedes? pre-



...le ayudo á Marcos á sembrar toda clase de flores y á regarlas...

guntó Rosa, la menor, que era muy amiga de las flores y de Marcos.

— Yo soy quien le ayuda á él. ¿Se creen ustedes que las bellas flores que encuentran aquí cuando vienen, y que forman la delicia de su señora mamá y de las muchas personas que vienen á visitarla, se consiguen sin habernos costado trabajo alguno? En Mayo empieza también la

plantación de los gajos de rosas, jazmines, begonias, madreselva, etc. En Junio hay que tomar precauciones para defender las plantas de las heladas.

— ¿Y qué hacen para eso?

— Las que están en macetas se trasladan á un sitio abrigado, y á las otras se las protege tapándolas por medio de construcciones apropiadas é improvisadas. En Septiembre le ayudo á Marcos á sembrar toda clase de flores y á regarlas, tarea ésta que lleva mucho tiempo en la primavera y en el verano.

— Y ¿cómo pueden ustedes trabajar al aire libre cuando hace tanto frío?

— Quien trabaja constantemente, no tiene tiempo de pensar en el frío y casi no lo siente.

— Como la noche iba acercándose, Rogelio hizo que se suspendiese la entretenida conversación y dijo á sus amiguitos que había llegado la hora de volverse hacia la estancia.

29.

Los dos conejos

Por entre unas matas,
Seguido de perros,
No diré *corría*,
Volaba un conejo.

De su madriguera
Salió un compañero,
Y le dijo: "Tente,
Amigo, ¿qué es esto?"
— "¿Qué ha de ser?, responde:
"Sin aliento llego . .



Dos pícaros galgos
Me vienen siguiendo".
— "Sí (replica el otro),
Por allí los veo . . .
Pero no son galgos".
— "Pues ¿qué son?" — "Podencos".
— "¿Qué? ¿podencos dices?
Sí, como mi abuelo.
Galgos y muy galgos,
Bien vistos los tengo".

— “Son podencos: ¡vaya,
Que no entiendes de eso!”

— “Son galgos, te digo”.

— “Digo que podencos”.

En esta disputa,
Llegando los perros,
Pillan descuidados
A mis dos conejos.

*Los que por cuestiones
De poco momento
Dejan lo que importa,
Llévense este ejemplo.*

IRIARTE.

30.

De Buenos Aires á Ushuaia

Ushuaia.

Martina querida:

Te escribo desde Ushuaia; pero por no alterar el orden de la descripción de mi viaje, te diré lo que ví desde Río Gallegos hasta esta pequeña ciudad.

Pasamos por *Punta Dungeness* y *Cabo Espiritu Santo* que forman la boca de entrada al *Estrecho de Magallanes*.

por *Punta Arenas*, *Puerto Popper*, *Bahía Thetis*, hasta llegar al estrecho de *Le Maire*, que separa por unos 25 kilómetros la *Tierra del Fuego* de la *Isla de los Estados*.

¡Si vieras qué espectáculo imponente y triste á la vez ofrece el aspecto de aquella gran isla!

Se divisa á lo lejos una serie de montañas, cuyos picos



Panorama de Ushuaia

miden 900 metros de altura y están cubiertos de nieve, que el sol jamás ha podido derretir. Con el auxilio de buenos anteojos vimos también que hay muchos bosques. Me dicen que el clima de esa isla es sumamente frío y que no pasa día sin que llueva ó nieve.

Por fin, internándonos en el *Canal de Beagle*, llegamos á Ushuaia.

¡Cuántas magnificencias han admirado mis ojos durante este trayecto! Imagínate que se navega entre elevadas montañas, en cuyas faldas crece una vegetación exuberante, y entre unos bosques hermosísimos de *hayas*, árboles que son tan bellos como los robles. Por todas partes se ven



Indios de la Tierra del Fuego

cascadas de agua, que parecen interminables hilos de plata que se desprenden de las cumbres nevadas de las montañas y que corren paralelas á sus faldas para embellecerlas.

En Ushuaia, por ser la capital de la *Tierra del Fuego*, residen las autoridades. Unas treinta casas, poco más ó menos, con una población aproximada de 350 habitantes, constituyen este pueblo, que fué fundado en 1884.

Habitan esta región, además de la población citada, algunos millares de indígenas de las tribus de *Yaganes*, *Olacalufes* y *Onas*.

Afuera del pueblo está el *presidio*, es decir, la cárcel destinada para residencia y castigo de los sentenciados á



Embarcación usada por los indios

trabajos públicos; y frente al pueblo está el *presidio militar*, donde se encuentran unos 200 penados.

Cuando haya visitado ambos establecimientos, te los describiré.

Ya hemos desembarcado, y la casa donde permanecemos no está muy lejos de la de Rogelia. Esto me alegra un tanto. Además, don Natalio ha prometido acompañarnos pronto á dar un paseo hasta la cascada de *Río Grande*,

al pie del monte *Olivaia*. Me dice Rogelia que verá allí algo maravilloso. Me cuenta que al pie de la cascada, la naturaleza se ha complacido en colocar una glorieta artística formada de árboles gigantes y de hermosas enredaderas. Luego te lo describiré todo.

Antes de terminar ésta me es muy grato decirte que.



Monte Olivaia

¡jamás hubiera creído que nuestra patria poseyera tantas y tantas bellezas!

Adiós, querida Martina, hasta otro momento, porque Rogelia, que te saluda, me está esperando.

Siempre tuya.

ADELA.

31.

¡Perdón, mamá!

I

¡Perdón! Palabra que desde hace tres horas me zumba en los oídos; sin que tenga el valor de pronunciarla ante mi madre!

Y es su perdón lo que necesito para aliviar mi pena y el dolor que he causado á su alma delicada y buena.

Ya que mi maldad le ha hecho verter lágrimas, no debería vacilar en dirigirme á ese ser que fué siempre tan cariñoso conmigo; y, sin embargo, el remordimiento me quita todo valor.

¿Por qué las reflexiones que me hago ahora no me las habré hecho unas horas antes? No habría cometido una mala acción. ¡Pobre mamá!

Yo también merezco que se me compadezca. Mi dolor, mi arrepentimiento, son sinceros, creedlo; merezco la conmiseración de todos.

¡Cómo habré podido cometer una acción tan denigrante!

Mi madre guardaba en su cómoda, en una cartera de nácar, una cantidad de dinero. Yo, lo confieso, soy glo-

tona, tengo muchos defectos; pero jamás se me había ocurrido la idea de apoderarme de un solo centavo sin el permiso de mis padres.

Fué Juana, mi compañera, fué aquella perversa la que me tentó y supo vencer todas mis vacilaciones.

Ella me dijo: "Mañana estamos de vacación; si tuvieras dinero, iría yo á tu casa, pasearíamos por el jardín y nos prepararíamos una opípara merienda; con un peso tan sólo que tuviéramos, podríamos comprar hasta helados. ¡Cuánto nos divertiríamos!"

—Ven, le dije; se lo pediré á mamá.

Esta, con justo criterio, me hizo observar que las golosinas perjudican la salud, y rehusó acceder á mi pedido.

Cuando vino Juana la enteré de mi fracaso y con tristeza le dije que era menester resignarse.

—¿Y no sabes dónde guarda el dinero? me preguntó.

—Sí, lo sé.

—Y que tú sepas ¿lo cuenta ella?

—No, le contesté.

—Entonces la merienda está asegurada. Vete despacio, ten cuidado de que no te vean, apodérate de la cartera y saca de ella lo que puedas. Haciendo economía, unos ochenta centavos podrían bastarnos; véte pronto.

Yo me quedé muda, sorprendida; me pareció ignominioso lo que Juana me sugería, pero ella se reía de mis vacilaciones... "¡Qué torpe eres! me dijo. Si tu madre no cuenta el dinero ¿cómo quieres que llegue á saber que le has quitado unos centavos?"

Me convencieron sus palabras, accedi á sus ruegos y, caminando apenas con la punta de los pies, temerosa, temblando, llegué, sin que me vieran, hasta el aposento de mi madre; abrí la cómoda, saqué unas monedas, volví á colocar la cartera en su sitio reprimiendo hasta la res-



...abrí la cómoda, saqué unas monedas...

piración, me reuní con Juana é inmediatamente le entregué los centavos, como si aquellas moneditas fueran brasas que me quemasen las manos.

Nos fuimos al jardín, preparamos todo sin que nadie nos viera y nos divertimos, aunque (ahora lo confieso con franqueza) no tenía la alegría espontánea de siem-

pre: una aprensión, una voz interior me decía que había cometido una mala acción.

II

A la hora de la cena, cuando estábamos todos reunidos en el comedor, mi madre dijo á mi padre que era preciso despedir á Justina, la mucamita, porque de la cómoda le faltaban unas monedas de níquel, que alguien se las había sacado. — Nunca cuento el dinero, prosiguió; sólo hoy, por casualidad, recuerdo haber puesto en la cartera setenta centavos en monedas, que me dieron de vuelto esta mañana; era el único cambio que tenía y recién cuando fui á buscarlo para pagar á la planchadora, noté que las monedas habían desaparecido.

Yo no quiero ladronas en mi casa. Justina sola es la encargada de la limpieza interior; nadie más que ella entra en mi dormitorio; de modo que la culpable forzosamente es ella.

Las palabras de mamá me dejaron anonadada. La sangre afluyó con fuerza á mi cabeza, las sienes me latían como si estuviesen próximas á estallar; yo temblaba toda y no me atrevía á pronunciar una sola palabra.

Mi padre llamó á Justina, y serio, severo, imponente, le dijo: "Muy mal retribuyes los beneficios que durante tanto tiempo has recibido en esta casa; la señora me asegura que hoy le ha faltado dinero, y nadie más que tú puede habérselo sacado de la cómoda"

Justina prorrumpió á llorar y entre los sollozos decía: “Yo no he sido, señor, se lo juro; se lo juro por la memoria de mi madre; no soy ladrona”.

— Basta de charlas y de protestas; interrumpió mi pa-



...y ya no pude resistir: me puse á llorar amargamente

dre. ¿Dónde están entonces las monedas que faltan de la señora?

Justina alzó los ojos, su mirada se encontró con la mía y me pareció que ella leía en mi corazón, que adivinaba mi culpa, que me reprochaba mi cobarde silencio, y ya no pude resistir: me puse á llorar amargamente. Mi mamá me miró asombrada, con terror.

— ¿Tú? me dijo señalándome con la mano, ¿tú? ¿mi hija una ladrona? No puede ser.

— ¿Sacaste tú el dinero? me dijo con voz de trueno mi padre.

No contesté, pero mi silencio fué más elocuente de lo que hubieran podido serlo mis palabras. Todos comprendieron.

— Justina, disculpe, prosiguió mamá; perdone mis suposiciones. Olvide, por el decoro de esta casa, la escena de esta noche; no creía que mi hijita, mi Laura, fuera capaz de cometer una acción semejante.



Laura se arroja á sus brazos...

El estupor primero, el dolor interno después, me causaron la honda, la triste impresión que aún me domina. Nadie más me habló; mi padre me indicó con un ademán, que debía retirarme á mi aposento.

¡Hace tres horas que estoy aquí y me parece que hace un siglo que no veo á mi madre!

Necesito ver pronto ese rostro querido, necesito recibir su cariñoso beso, necesito que ella con su infinita bondad perdone mi culpa.

Es necesario que pueda demostrarle todo el cariño que le tengo; que pueda decirle que jamás, en la vida, cometeré acciones viles; que huiré de las malas compañeras; que no escucharé más que los buenos consejos; que seré siempre obediente, buena, capaz de vencer todas las tentaciones, para ser digna de ella, del cariño que me profesa.

(Se oye el ruido de una puerta que se abre y de unos pasos que se acercan). La niña los nota, é indicando la puerta, exclama: ¡Es ella! ¡Es mi madre! El corazón me lo dice: no me equivoco.

(Se abre la puerta y se presenta una señora). Laura se arroja en sus brazos, y, sollozando, dice:

— ¡Perdón, perdón, mamá!

32.

Los gases que componen el aire

I

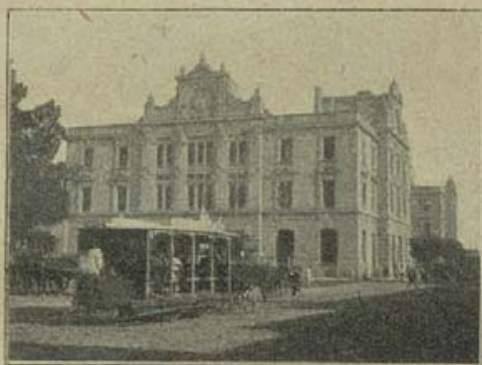
Hacia cuatro domingos que don Juan tenía el proyecto de llevar á sus sobrinos á su estancia.

Se encontraba ésta situada en una vasta y amena lla-

nura no muy distante de unas hermosas colinas, en cuyas inmediaciones había una pequeña laguna, en la que Arminda se proponía pescar peces de diversas clases y tamaños.

Pero, ora el mal tiempo, ora otro inconveniente imprevisto, había siempre retardado el dichoso viaje que los pequeños anhelaban realizar.

La madre de los niños, que era hermana de don Juan.



Estación Once de Septiembre

bendecía entre sí estos contratiempos, porque no le agradaba que sus hijos faltasen á la escuela, sabiendo cuán perjudicial es á todo escolar la inasistencia á clase; y un día manifestó con toda franqueza á su hermano estas preocupaciones suyas. Entonces don Juan le dijo que el paseo que había proyectado efectuar sería instructivo para sus sobrinos, porque no ignoraba que en el mundo se debe tratar de que lo útil y lo agradable se encuentren y se amen como buenos amigos.

De modo que ya no hubo objeciones y el último domingo del mes de Octubre, á las 7 de la mañana, los pequeños, con el corazón henchido de alegría y de felicidad,



tomaron asiento en un hermoso coche del tren que á esa hora salía de la estación *Once de Septiembre*.

— ¡Qué aire fresco y balsámico se respira ahora! dijo José, sentándose, después de haber estado largo rato con el rostro asomado á la ventanilla abierta.

— ¿Por qué el aire del campo será tan diferente del de la ciudad? preguntó Amalia.

— Porque en los grandes centros, donde viven reunidos tantos seres, el aire se vicia; contestóle Arminda, que era la mayor, la más estudiosa y por tanto la más instruída.

— Tienes razón, Arminda, dijo el tío; pero quisiera saber si conoces el significado científico de las palabras *aire viciado*.

Arminda. — Se llama *viciado* al aire que no es puro.

Juan. — Pero ¿cuáles son las causas de su impureza?

Arminda. — Eso, tío, no lo sé.

Juan. — Como no me agrada tener sobrinos que no sepan contestar á mis preguntas, mientras viajamos os diré algo sobre el aire, este elemento en que está basada la vida de todo ser.

José. — Muy bien, tío. Justamente la maestra nos dijo ayer que pronto nos hablaría de los gases que componen el aire; de modo que, prestando atención á lo que usted nos va á decir, cuando vuelva á clase ya llevaré eso adelantado.

II

Juan. — El aire es la enorme masa gaseosa que rodea ó circunda por todas partes el globo terrestre y en la cual estamos sumergidos, como lo están los peces en el agua. Componen el aire una mezcla de varios gases. Pero, antes de continuar, quiero que me digáis si sabéis á qué cuerpos damos el nombre de *gases*.

Arminda. — No lo sé con precisión.

Juan. — Llámase *gaseoso* un cuerpo cuando no puede tener forma propia y tiende á dilatarse, es decir, á ocupar mayor cantidad de espacio, porque las pequenísimas é invisibles *moléculas* ó partes que lo componen, tienden á separarse una de otra.

El aire es un cuerpo gaseoso y se compone de *oxígeno*, *hidrógeno*, *ázo*, y una pequeña parte de *ácido carbónico*. Como sois aún pequeños, mis explicaciones serán breves y adecuadas á vuestros alcances.

Todos estos gases carecen de olor, color y sabor; por eso el aire es inodoro, incoloro é invisible. Notamos su presencia cuando, hallándonos en movimiento, choca con nuestro rostro ó con nuestro cuerpo.

En efecto, muchas veces habréis notado que hace viento; pero creo que jamás lo habréis visto; ¿no es cierto?

El *oxígeno*, que es el único gas que tiene la propiedad de mantener y avivar la respiración permitiendo que vivan los animales y las plantas, es un cuerpo simple que está en el aire en la proporción del veintiuno por ciento, es decir que, sobre cien partes de aire, veintiuna son de oxígeno. Este gas se encuentra en nuestro cuerpo, en el agua, etc. En cada nueve litros de agua, ocho son de oxígeno.

Tiene además el oxígeno otra propiedad que también le es exclusiva: da vida al fuego; es decir que, sin él, la combustión no sería posible. Si, por ejemplo, apagarais un fósforo en que quedase tan sólo la más pequeña brasa, y lo introdujerais en un recipiente lleno de oxígeno

puro, el fósforo se encendería de nuevo y con mucha rapidez.

No obstante todas estas bellas prerrogativas, si el aire fuese compuesto de oxígeno puro, no estaríamos tan bien como pudierais suponer. Ejercería una acción demasiado



Juan. — El hidrógeno es otro gas que abunda mucho.

viva sobre nuestros órganos respiratorios y haría que bien pronto perdiesen éstos su fuerza y vigor.

Se ha hecho la prueba de encerrar un pajarillo en una campana de vidrio que contenía oxígeno puro; al principio, el pobrecito empezó á saltar con gran vivacidad; mas, después de un rato cayó desfallecido, porque el gas le había hecho agotar bien pronto sus fuerzas.

Arminda. — ¿Y cómo, entonces, cuando abuelita estaba enferma le hacían respirar oxígeno puro?

Juan. — Lo hacían con el objeto de reactivarle la respiración, para que recuperase un poco las fuerzas que había perdido durante la enfermedad; en fin, para aliviarla momentáneamente.

José. — ¿Y el *hidrógeno*?

Juan. — El *hidrógeno* es otro gas que abunda mucho. Se encuentra en el aire y en los elementos que forman las aguas de los mares y de los lagos. Es el más liviano de los gases y el que produce mayor cantidad de calor, diferenciándose sin embargo del oxígeno, en que por sí sólo no produce el fuego y no quema sino al contacto del aire.

El *ázo* es otro cuerpo simple que se halla en el aire á razón del 79 por ciento, en muchas plantas y en varias sustancias animales.

El *ázo* no es combustible, y por sí sólo no sirve para la respiración. Si el aire fuese *ázo* puro, moriríamos asfixiados, lo cual no quiere decir que sea venenoso; al contrario, nos es sumamente útil. Su presencia en el aire modera la acción demasiado enérgica del oxígeno, de la misma manera que nosotros, para suavizar un licor demasiado alcohólico, le echaríamos agua.

El *ácido carbónico* se halla en pequeña cantidad en el aire y se compone de carbono y oxígeno.

Como veis, pues, el aire tiene la propiedad de mantener vivos los animales y las plantas. Estas, con la ayuda de la luz que nos brinda el sol, separan el carbono que existe en el aire y lo absorben. Exhalan, en cambio, el oxígeno puro y por eso donde hay muchas plantas, como en el

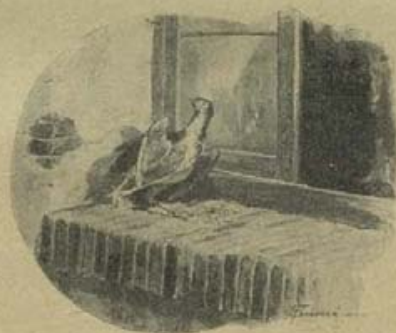
campo, la atmósfera es forzosamente más oxigenada y por lo tanto más sana.

Momentos después que el tío había terminado su lección de Ciencias Naturales, el tren se detuvo y los pequeños bajaron alegres del coche y corrieron hacia la estancia, felices de poder respirar con libertad un poco de aquel aire oxigenado.

Espero que mi hermana no se quejará de mí, dijo entre sí don Juan, mientras seguía tranquilamente á sus sobrinos.

33.

La codorniz



Presa en estrecho lazo,
La codorniz sencilla
Daba quejas al aire,
Ya tarde arrepentida.

¡Ay de mí, miserable,
Infeliz avecilla,
Que antes cantaba libre
Y ya lloro cautiva!
Perdí mi nido amado,
Perdí en él mis delicias;
Al fin perdílo todo,
Pues que perdí la vida.
¿Por qué, desgracia tanta?
¿Por qué, tanta desdicha?
Por un-grano de trigo:
¡Oh cara golosina!
¡El apetito ciego
A cuántos precipita,
Que, por lograr un nada,
Un todo sacrifican!

SAMANIEGO.

34.

Los hermanos

¡Qué espectáculo triste ofrecen á la humanidad las disputas entre hermanos!

El aprecio mutuo, el amor recíproco, deberían reinar perpetuamente entre aquellos seres que se han educado

en un ambiente común, que juntos han pasado los encantadores años infantiles, y cuyos corazones han tenido por base en el desarrollo de sus sentimientos íntimos, las amonestaciones, los consejos, las palabras de estímulo de unos mismos padres.

Los hermanos menores deben respetar cariñosamente



á los mayores, y éstos tienen que ser pacientes, buenos y tolerantes para con los pequeños.

Todos tacharíamos sin duda de cruel al ave rapaz, que, por el sólo hecho de poseer una fuerza física superior á la de la tierna avecilla, se abalanzara sobre ella y le diera feroces picotazos; del mismo calificativo se hacen acreedores los hermanos que maltratan á sus hermanitos.

Los menores, por el espíritu de imitación que es innato en el niño, para crecer buenos, obedientes, amantes del

estudio y del trabajo, necesitan del buen ejemplo de los mayores.

Corresponde también á los hermanos el deber de ayudarse mutuamente, para soportar con más ánimo las adversidades de la vida.

La protección recíproca demostrará que la bondad y la unión son fuerza y poder.

35.

La familia del beodo

El abuso del alcohol graba en el físico y en la mente del hombre estigmas imborrables.

Juan es un desgraciado; una víctima del alcohol.

Su rostro hinchado, su nariz excesivamente colorada, sus ojos sin brillo, dicen claramente que es un beodo.

En el infeliz de ahora, nadie reconocería al gallardo joven que 11 años ha se casó con la bella Camila.

Era entonces todo un buen mozo, de talla esbelta, de fisonomía expresiva y simpática. Diestro y experto en su trabajo, ganaba mucho dinero y la alegría se hospedaba en su hogar, participando de ella tres niñitos y su esposa.

Una noche, una bien triste noche, Juan se presentó en su casa más tarde que de costumbre, y entró tambaleando.

Trató de hablar, pero sus labios sólo pronunciaron palabras incomprensibles.

Se sentó delante de la mesa y en vez de comer alegremente, como siempre solía hacerlo, cruzó los brazos, y dejando caer sobre ellos la frente se durmió.

Su sueño no era el reposo natural que nos brinda la



...cruzó los brazos y dejando caer sobre ellos la frente se durmió

naturaleza para reparar nuestras fuerzas; era una especie de letargo, parecido al que produce el aspirar ó beber un narcótico.

¡Qué noche triste fué aquélla para los suyos! Camila, con buenos modos, trató de despertarlo; pero, después

de haberlo llamado muchas veces, sólo consiguió que se incorporase y que por primera vez pronunciase contra ella y sus hijos palabras groseras. ¡Cuánto lloró la pobre mujer!

A la mañana siguiente, Juan se despertó tarde y con dolor de cabeza. No pudo ir al trabajo, pero salió á la calle. Encontró al compañero de la noche anterior, un beodo consumado, que lo invitó á beber.

— Me encuentro indispuerto, objetó Juan.

— Un ajenjo te mejorará.

El infeliz cedió á la tentación, y antes de la noche retornó á su hogar en un estado lamentable.

¡Pobre Camila y pobres pequeñuelos! ¡Qué triste porvenir os espera con el mal hábito que va adquiriendo ese hombre!

En vano la buena y cariñosa esposa trató de corregir á su marido que, si por la mañana hacía los mejores propósitos, por la noche convertíanse éstos invariablemente en otra borrachera.

Ya trabajaba poco y lo que ganaba no le bastaba para la bebida.

El bienestar, la dicha, la paz, la salud, la alegría, huyeron de aquella casa, para albergar el dolor, la miseria y las enfermedades. Camila, para ganar con qué alimentar á sus hijos, empezó á coser ropa blanca para unas tiendas; mas el dolor, el desaliento y el mucho trabajo debilitaron su físico delicado, y la pobre cayó enferma.

Juan, ya idiotizado, no se preocupaba más que de beber. Su corazón, antes tan sensible é inclinado á la bondad,

ahora permanecía indiferente ante el cuadro de desolación que veía á su alrededor, y del cual era la causa.

Un día que había bebido aún más de lo usual, al pretender cruzar una calle, cayó, y las ruedas de un coche pasaron sobre sus piernas, rompiéndoselas.



...Cayó, y las ruedas de un coche pasaron sobre sus piernas, rompiéndoselas.

Fué llevado al hospital, donde tuvieron que *amputárselas*.

Por fin, curado, pero inútil para el trabajo, volvió á su casa.

Merced á la dieta y al régimen á que fué sometido en la casa de salud, su mente recuperó un tanto su primitiva

serenidad, y entonces pudo darse cuenta de las terribles consecuencias que aporta la *intemperancia*.

Recordaba siempre con dolor el día en que la primera vez, por ceder á las instancias de un malo y vicioso amigo, se había abandonado á la embriaguez, reconociendo que desde entonces había empezado su ruina y la de su familia. Su vicio había sido la causa de que él y los suyos fuesen infelices toda la vida.

* * *

Sólo con el estudio podrá el niño conocer un día algunos de los secretos de la naturaleza.

36.

La venganza de "Michín"

Nieves y Pepe son dos glotones incorregibles: ó están en la cocina en acecho de momento oportuno que les permita comer un poco de todo, ó bien en el comedor, prontos á pellizcar de la frutera ó de la fuente que contiene algún otro postre. Sus paladares no son ni muy exigentes ni muy delicados: aceptan de cuantas variedades hay en materia de comestibles.

De modo que, tanto los seduce una rebanadita de pan

con manteca, como un terrón de azúcar; un pedacito de queso, como un exquisito bombón.

El otro día la mamá de nuestros golosos había preparado una regular cantidad de dulce de naranja. Nieves, que



...tuvo que subir sobre un banquito

con una constancia sin ejemplo había seguido á su madre durante la trabajosa operación, puso en conocimiento de Pepe que el dulce ya se hallaba repartido en unos tarros de vidrio colocados sobre la mesa de la despensa.

Pepito acogió con aplauso la buena noticia y ambos fueron adonde aquel poderoso imán los atraía.

Para alcanzar á destapar el tarro, Pepe, que por no tener más que cuatro años era muy pequeño, tuvo que subir sobre un banquito, el cual al moverse produjo un ruido que no pasó desapercibido á la madre que cosía en el otro aposento.



...clavó sin piedad sus uñas...

— ¿Qué estáis haciendo? les pregunto.

— Nada, dijo Nieves, tan mentirosa como glotona. A no estar yo aquí, *Michin* (el gato) habría hecho volcar un tarro de conserva, de la que, por suerte, sólo se ha perdido un poquito.

La madre no se imaginó que aquellas palabras ocultasen una mentira, y los dos traviesos comieron tranquilamente una buena porción de dulce.

Mas, como es sabido que todo mentiroso, tarde ó temprano, se descubre solo, sucedió que al día siguiente, al hacer Nieves un esfuerzo para sacar de la frutera una banana, dejó al descubierto sus hermosas pantorrillas, en una de las cuales *Michin*, que estaba jugando allí cerca, clavó sin piedad sus uñas, dándole un gran arañazo.

Al grito que dió la pequeña, acudió solícita la madre, que, viendo aún la banana en su mano, le dijo:

— ¡Ah! bribonzuela, por fin he sabido quién me comía los postres!

Nieves, llorosa, fué á contar á su hermano lo sucedido, enseñándole también la pierna ensangrentada.

— ¿Sabes, le dijo Pepe, por qué *Michin* te habrá arañado? Porque tú el otro día le calumniaste.

Y ambos, desde entonces, cuando la gula los tienta, recuerdan siempre *la venganza de Michin*.

* * *

Cuando un niño, después de haber cometido una acción censurable, se arrepiente y anhela que le sea perdonada, su mente y su corazón se dirigen hacia el buen camino. ¡Desgraciado el que confunde la cobardía con el arrepentimiento!

¡Qué pequeño es aún el hombre ante las grandezas de la naturaleza!

37.

Durante las vacaciones

CÓMO SE FORMA LA ARENA

Alta Córdoba.

Querido Pepe:

Me preguntas si me divierto. Te diré que mucho, muchísimo más de lo que me había imaginado.

Por la mañana voy de paseo. Todos madrugamos. Yo, que cuando estaba en mi casa no podía levantarme antes de las ocho, ahora á las cinco estoy ya lavado, peinado y pronto para salir. En nuestras excursiones visitamos los magníficos alrededores del pueblo. ¡Qué bellas son estas verdés colinas! y sobre todo: ¡Qué espléndido panorama el que nos es dado admirar desde sus cumbres!

¿Sabes quién, con mucha frecuencia, nos acompaña en nuestros paseos? Don Edmundo, el primo de Martín P.; el sabio, como lo llaman aquí. ¡Qué hombre extraño es éste! Su rostro, de hermosas facciones pero de expresión severa, su porte majestuoso, su luenga barba blanca, me lo hacían suponer una persona adusta y severa, poco amiga de los niños. ¡Cuánto me he equivocado! Puedo asegurarte que, después que he tenido el placer de hablar

familiarmente con él, me parece que hace muchos años que lo conozco y que lo quiero. Si, porque no es posible tratar sin tomar cariño á esta persona, que pasa su vida estudiando la naturaleza, la que, según él dice, todos los días presenta delante de sus ojos observadores, nuevas páginas de su bella é interesante historia.

Yo aprovecho bastante las explicaciones que este apre-



Llamaron mi atención unas hermosas piedras de color granate obscuro...

ciable caballero nos da, y si no temiese ser tratado de indiscreto, te aseguro que á cada momento lo acosaría con mis preguntas, seguro de que él sabría siempre contestarme sin dificultad y con precisión. ¡Qué satisfacción tan grande debe ser para uno el saber tantas y tantas cosas!

El otro día, mientras nos paseábamos por las colinas,

yo me detuve al lado de una pequeña roca, cerca de la cual pasa el agua cristalina de un arroyuelo. Llamaron mi atención unas hermosas piedras de color granate oscuro, que el agua, al pasar por entre ellas, había pulimentado de tal manera, que parecían trozos de un bello y lustroso mármol.

— ¿Qué miras con tanta atención? me preguntó don Edmundo.

— Estas piedras. ¡Vea qué lindas son!

— Es cierto. ¿Sabes tú de qué se componen las piedras? me preguntó luego.

Para decirte la verdad, jamás se me había ocurrido la idea de pensar en semejante cosa; por eso, la pregunta del ilustrado señor quedó sin contestación.

— ¿Te parecen iguales todas las piedras que ves?

— No, le contesté; puesto que allí mismo, delante de mis ojos, había una infinidad de ellas de colores y formas distintas.

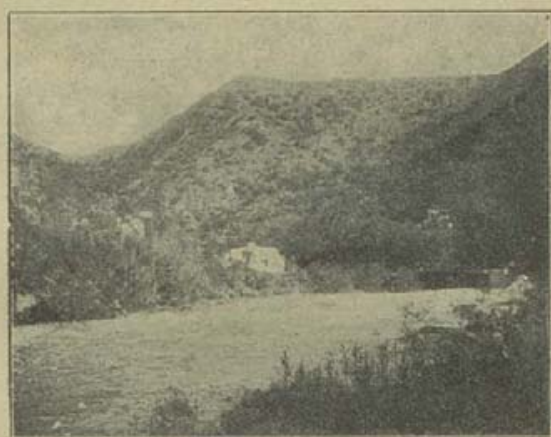
— Como en este mundo nada sucede sin que haya una causa, comprenderás fácilmente que algún motivo debe haber para que estas piedras sean tan diferentes entre sí. ¿Ves? dijo, enseñándome una piedrecita color gris claro, de forma ovalada, que levantó del arroyuelo; ésta es una piedra *arenosa*. Su mismo nombre nos indica que está compuesta de granitos de arena. Supongo que sabrás lo que es la arena.

— Sí, señor; le contesté.

— ¿Y no sabrías también decirme cómo se forma la arena?

Esta pregunta me hizo ruborizar. Me avergoncé de mi ignorancia. Don Edmundo, que notó mi turbación y tal vez adivinó la causa que la había motivado, me dijo con gran afabilidad:

— No te avergüence tu poco saber; mientras somos niños todos necesitamos estudiar para aprender; por eso, trata de acostumbrarte á fijar tus ojos en los objetos que



...el cauce de las aguas del arroyuelo se agranda notablemente...

te rodean y á pedir sobre éstos las explicaciones necesarias para poderlos conocer. Si no te desagrada, yo te diré cómo se forma la arena. ¿Ves? me dijo, haciéndome acercar al peñasco por donde pasaban las tranquilas aguas del arroyo, ¿ves estas grietas? ¿Quién las habrá hecho?

— El roce de las aguas al pasar por entre las piedras, le dije.

— Ciertamente. Ellas son las que han carcomido paulatinamente el peñasco, y cuando, con motivo de los deshielos ó de las grandes lluvias, el cauce de las aguas del arroyuelo se agranda notablemente, ellas, en su curso, arrastran junto á la tierra menuda que encuentran, pedazos de roca mucho más grandes. Estas piedras, en su tránsito por el agua, chocan unas contra otras, desgastándose así mutuamente los ángulos puntiagudos y convirtiéndose con el tiempo en piedrecitas redondas ú ovaladas como éstas.

Si continuamos profundizando nuestras investigaciones, comprenderás fácilmente cómo muchas de estas piedrecitas, por continuar achicándose siempre, llegan por fin á convertirse en una cantidad innumerable de pequeños granos de arena.

Si las aguas de un arroyuelo pueden con el tiempo desgastar las rocas, ¿cuántos peñascos, cuántas rocas no desgastarán las gigantescas y espumosas olas del mar que se arrojan con fuerza poderosa contra los escollos y las piedras de las playas?

Si piensas luego que son tantas las cantidades de agua que, cual molinos en perpetuo movimiento, desgastan las rocas para convertirlas en arena, comprenderás también por qué ésta abunda tanto en el mundo.

Otro día, me dijo el buen sabio á quien yo escuchaba con la mayor atención, te diré cómo se forman algunas rocas, siempre que esto sea de tu agrado. ¡Cómo no iba á serlo! Acogí, pues, la promesa con mucha alegría.

Mi permanencia aquí me es doblemente útil. Me divier-

to, robustezco mi organismo y, merced á las lecciones de don Edmundo, me instruyo. Creo que papá, al enviarme aquí, ha de haber pensado en todo esto; y yo lo felicito por su buen tino.

Si la lectura de la presente no te aburre (y esto dimelo con sinceridad), te escribiré otras cartas tan largas como ésta. Pero, para hacerlo, espero que don Edmundo me dé alguna nueva lección, cuyo relato te sea, á la vez, instructivo é interesante.

Recuerdo á todos y un abrazo de tu

ROBERTO.

38.

El asno y el lobo

Un burro cojo vió que le seguía
Un lobo cazador, y no pudiendo
Huir de su enemigo, le decía:
— Amigo lobo, yo me estoy muriendo,
Me acaban por instantes los dolores
De este maldito pie de que cojeo;
Si yo no me valiese de herradores,
No me vería así como me veo.

Y pues fallezco, sé caritativo:
Sácame con los dientes este clavo;
Muera yo sin dolor tan excesivo,
Y cómeme después de cabo á rabo.
— ¡Oh! dijo el cazador con ironía,
Contando con la presa ya en la mano:
No solamente sé la anatomía,



Sino qué soy perfecto cirujano.
El caso es para mí una patarata;
La operación no más que de un momento;
Alargue bien la pata
Y no se me acobarde, buen jumento.
Con su estuche molar desenvainado,
El nuevo profesor llega al doliente;
Mas éste le dispara de contado
Una coz, que le deja sin un diente.
Escapa el cojo; pero el triste herido

Llorando se quedó su desventura.
— ¡Ay infeliz de mí! ¡bien merecido
El pago tengo de mi gran locura!
Yo siempre me llevé el mejor bocado
En mi oficio de lobo carnicero;
Pues, si pude vivir tan regalado,
¿A qué meterme ahora á curandero?
Hablemos en razón: *no tiene juicio*
Quien deja el propio por ajeno oficio.

SAMANIEGO.

39.

¡María la loca! ¡María la loca!

CUADRO LOCAL

¡María la loca! ¡María la loca! gritaban una mañana de invierno varios niños que rodeaban á una pobre y harapienta viejecita que, apoyada en un bastón, se disponía á cruzar la calle Lima á la altura de San Juan.

La infeliz que era objeto de aquella manifestación hostil, trataba en vano de defenderse de los traviesos muchachos, y gracias á la intervención de un agente de policía, pudo la pobre librarse de los tirones y empujones que, acompañados de gritos, le daban aquellos pilletes.

¡Pobre viejecita! María la loca, como todos la llamaban porque á veces solía hablar sola, era vecina mía. No recordaba la edad que tenía. Se encontraba sola con sus muchos años, sola con su miseria infinita, sola con su desgracia.

Un día supe que la infeliz estaba enferma, é impulsada por un sentimiento de piedad, fui á visitarla. La encontré



...pudo la pobre librarse de los tirones y empujones...

recostada en una pequeña cama de hierro, que con una vieja mesita de álamo, una silla de paja, un baúl y varios utensilios de cocina, componían todo el mueblaje de aquella triste vivienda.

—¿Cómo le va, doña María? pregunté al entrar.

—¿Quién me llama? me contestó sin reconocirme.

—Soy yo, su vecina.

— ¡Ah, la señorita! Recuerdo. ¡Qué buena debe ser usted para acordarse de mí! ¡de mí, que desde hace tantos años me he creído sola!

— ¿Murieron jóvenes sus padres? le pregunté.

— Muy jóvenes. Pasé los años de mi niñez entre los halagos y caricias de los míos, que me adoraban. A veces, cuando pienso en aquellos días de dicha, paréceme un



¡Qué buena debe ser usted para acordarse de mí!

sueño la infancia mía. ¡Qué poco duró, sin embargo, para mí, la ventura de ser querida!

Cuando los patriotas siguieron á San Martín á través de los Andes en su gloriosa campaña, mi padre, entusiasmado por el más santo de los amores, el de la libertad de su patria, se marchó con ellos. Mamá quedó triste y pensativa; pero el consuelo de tenerme á mí y la esperanza de que su esposo lucharía con valor y volvería victorioso, la reanimaban un tanto.

Llegó el momento de la batalla, de la gran batalla de Maipo; y quiso nuestra desgracia que, mientras al General San Martín y á su valeroso ejército les sonreía la victoria, papá perdiera la vida en la lucha.

Cuando mamá supo la triste nueva, sufrió atrocemente. Nuestros recursos habíanse casi agotado y una fiebre maligna se llevó rápidamente y para siempre á mi buena madre.

¡Quedé sola, sola con mi dolor, que no tenía consuelo!

Entonces, una parienta lejana me llevó consigo, pero no para protegerme, ampararme y quererme un poco como lo habría necesitado mi afligido corazón.

Sin fuerzas para luchar contra la indiferencia y egoísmo de la que se llamaba mi protectora, la serví hasta donde me fué posible. Vivíamos en la provincia de Mendoza. Después de muchos años, ella se trasladó á Buenos Aires y yo con ella. Aquí me enfermé. "Padece de la cabeza", decían los que me veían, y yo me reía al oírlos. Aquí estaba mi enfermedad, y me señaló el corazón.

¡Qué triste! señorita mía, dijo después de un momento. ¡Qué triste es vivir sola en el mundo, sin tener á nuestro lado un ser que comparta con nosotras nuestras penas, que nos brinde una frase de aliento, que nos muestre bondad y cariño!

El hecho es que me sentía muy débil y que ya no tenía fuerzas para trabajar como antes. Entonces mi parienta, á quien ya no podía servir, me abandonó.

¿Qué hacer, vieja, sola y desamparada en esta gran ciudad?

Gracias á los buenos sentimientos de una caritativa señora que, compadecida de mí, me concedió ocupar gratuitamente esta piecita y me envía todos los días algún alimento, no me he muerto.

Y como si no bastara aún lo que he sufrido, se me reservaba en los últimos años de mi vida el dolor, la humillación de verme víctima de los insultos y bromas groseras de los niños callejeros.

Cada vez que oigo llamarme “María la loca”, parece-me que una mano de hierro me oprime el corazón.

Pienso á veces y me digo: ¿Qué diversión puede ser para aquellos chicuelos la de ofender é insultar á un pobre ser como yo? ¿Qué deleite experimentarán al insultar y hacer sufrir á una infeliz? ¿No les parecerá suficientemente grande mi desgracia, mi pobreza, mi inmensa, mi triste soledad?

Las preguntas que la desgraciada anciana se dirigía á sí misma en mi presencia, las dirijo yo á aquellos niños que se divierten en burlarse de los desgraciados, de los ancianos, de los pobres.

¡Oh niños, respetad á los infelices; consoladlos, ayudadlos si os es posible; pero no os permitáis jamás ofenderlos, humillarlos, hacer más grande su desgracia! Cometeríais, si tal hiciérais, una acción indigna, cobarde, etc.

* * *

Pocas personas son dignas á un tiempo de lástima y de desprecio como los egoístas: de lástima, porque pocos son los goces que experimentan; de desprecio, porque son inútiles y nocivos á la humanidad.

40.

La alhaja

I

María y Juana, niñas casi de la misma edad y que vivían en la misma casa, solían ir siempre juntas á la escuela.

Eran buenas amigas, aunque dotadas de caracteres esencialmente opuestos.

María, por su docilidad y obediencia, captábase el cariño de todos los que la conocían.

En sus actos, ateníase estrictamente á los consejos que le daban sus padres y maestras, y en ellos predominaba siempre una delicadeza de sentimientos ejemplar, lo que hacía de ella una niña modelo.

Juana, en cambio, tenía el defecto de dejarse guiar en sus acciones por las resoluciones instantáneas que su mente inexperta y una natural indelicadeza de sentimientos le sugerían.

María trataba de inducir con dulzura á su amiga á moderarse, y en varias ocasiones había podido, con sus consejos, evitarle muchos sinsabores.

Un día, mientras se dirigían juntas á la escuela, vieron á un tiempo un envoltorio en el suelo.

Juana, rápidamente, se apoderó de él; y al quitarle.

nerviosa, el papel de seda que lo envolvía, ambas, con sorpresa suma, vieron que habían hallado un precioso estuche de los que contienen alhajas.

Con las manos temblorosas por la emoción, abrió Juana la caja y, las dos, al unísono, lanzaron un ¡oh!... prolongado, que expresaba la grata impresión que aca-



...vieron que habían hallado un precioso estuche...

baba de producirles la vista de un magnífico prendedor con brillantes que se hallaba en el interior del estuche.

— Es mío, dijo Juana; yo soy la que he recogido la caja.

— No, no es de ninguna de nosotras, contestó María: puesto que lo hemos encontrado, pertenece tan sólo á la persona que lo ha perdido.

— Si; pero, como ninguna de las dos conoce á esa persona, me lo guardaré para mí.

— Haz como mejor te parezca, dijo María, pero yo en tu lugar trataría de hallar á su dueño; mi corazón me dice que ese es tu deber; tal vez el pobre no esté lejos de aquí buscando la caja. También pudiera suceder que fuera un sirviente el que lo ha extraviado y tenga que reembolsar con el sueldo mezquino de muchos meses de duro trabajo, el importe crecido de la alhaja perdida.

— ¿Qué me importa de todo eso? dijo Juana, á quien la idea de tener que deshacerse de la valiosa prenda ofuscaba la mente y hacía que sus oídos permaneciesen sordos á la voz del deber. Si quien ha perdido el estuche hubiese sido más cuidadoso de sus cosas, no lo hubiera dejado caer en la calle; y es justo que quien ha cometido el pecado cargue con la penitencia.

— Y si tú lo hubieras perdido, observó aún María, ¿no te agradaría que te lo devolviesen?

— Tú hablas de envidia, contestó Juana con tono insolente; si lo hubieras encontrado tú, estarías muy satisfecha. Y para que dejes á un lado tus mezquinos escrúpulos, te ofrezco repartir entre las dos el valor del hallazgo.

— No, dijo enérgicamente María, ofendida en sus sentimientos de honestidad; no es el interés el que me impulsa á reprochar tu conducta, sino el deseo de que cumplas con tu deber.

— Dí lo que quieras, prosiguió Juana, pero yo á nadie devuelvo la alhaja; y como tengo miedo de que en mi casa se me dirija otro sermón parecido al tuyo, con tal

que tú te calles, yo no diré á nadie ni jota de mi hallazgo; guardaré mi prendedor en la valija, y me lo pondré en la calle mientras voy á la escuela.

¡Qué envidia me tendrá mañana Cornelia cuando me lo vea puesto; esa coquetona que se cree ser la única que en el colegio pueda tener un prendedor de oro! El mío es diez veces más bonito que el suyo.

María, triste, comprendiendo que sus palabras no servirían más que para exasperar el ánimo de su amiga, se quedó callada; y ambas, silenciosas, con la mente preocupada por ideas tan distintas, llegaron hasta la escuela.

II

A la mañana siguiente, María entregó á su amiga un avisito que había recortado de "La Prensa" del día, en el que se pedía la devolución de un prendedor cuya descripción coincidía exactamente con el que había hallado Juana, y por cuya restitución se le ofrecía una halagadora gratificación.

— Si quieres, dijo María, te acompaño. Vamos á devolverlo; la dueña, como ves, vive cerca, y siempre, aún cumpliendo con tu deber, tendrás en la gratificación el premio de tu buena acción.

— Si me ofrecen veinte pesos, dijo Juana, es porque con seguridad la alhaja vale mucho más; así que el negocio que me propones no me conviene; me guardo el prendedor, ó mejor dicho, me lo pongo; y acompañando

el hecho á las palabras, lo sacó de la cartera y haciendo una mueca de coquetería, se lo colocó en el centro de su corbata punzó.

Habrían andado unas tres cuerdas, cuando un pobre mulato de unos quince años de edad que caminaba lentamente, deteniéndose á cada paso como quien, por haber



“Es el prendedor de la señora, el mismo que perdí ayer...”

perdido alguna cosa recorre mil veces el sitio en que espera hallarla, al encontrarse frente á las niñas alzó casualmente los ojos, y, al ver el prendedor en la corbata de Juana, lo señaló diciendo en voz alta: “Es el prendedor de la señora, el mismo que perdí ayer; lo reconozco, no

me equivoco; ¡démelo! ¡Hace mucho rato que lo busco!”

Juana, en vez de averiguar si aquel jovencito decía la verdad, echó á correr con toda la agilidad que sus piernas se lo permitían.



Enterado de lo ocurrido, condujo á ambos á la comisaría.

El mulato la siguió en su precipitada carrera, gritando siempre: “devuélvame el prendedor, devuélvame el prendedor”.

Un agente de policía acudió á las voces del joven y detuvo á los dos en su carrera vertiginosa. Enterado de lo ocurrido, condujo á ambos á la comisaría.

Juana lloraba, lloraba con desesperación; quería devolver la alhaja y rogaba á todos que le permitiesen ir á la escuela á donde la habían mandado sus padres; pero el comisario fué inflexible. El hecho de que Juana hubiera intentado escapar cuando el muchacho le pidió el prendedor, había hecho nacer en el ánimo del comisario la sospecha de que aquella niña fuese una ladronzuela.

Para convencerle que no era así y dejar establecida la verdad de lo sucedido, fué necesaria la intervención de los padres de la niña y de otros conocidos de la familia.

La alhaja fué devuelta á su dueña, y la indelicada menor volvió llorando á su hogar, donde sus padres, para corregirla de sus faltas, la castigaron con severidad.

¡Cuántos disgustos y bochornos habría Juana evitado á su familia y á sí misma, si hubiese escuchado los consejos de su buena amiga María!

41.

Nuestros pilluelos

¡ARREBATIÑA! ¡ARREBATIÑA!

I

Hacia ya media hora que don Genaro el masitero estaba sentado al lado de su canasto, en el cordón de la vereda de la calle Defensa, delante de la escuela de va-

rones próxima á la Iglesia de San Telmo. Se había levantado á las cinco de la mañana, y con su habitual prolijidad había dispuesto con una simetría casi artística las masas, dando el sitio de preferencia á unas tortas, que, por su tamaño respetable y por ser fresquitas, debían hacer cosquillas á los paladares, no muy exigentes, por cierto, de su diminuta clientela.



...don Genaro el masitero estaba sentado al lado de su canasto, en el cordón de la vereda...

Pedrito, uno de sus asiduos *marchantes*, estaba listo para ir á la escuela. Sólo le faltaba tomar el café que humeaba en la taza que su buena madre le había preparado. Mas, no sé por qué motivo, se trabó entre él y su hermanita Erlinda una discusión tan acalorada, que terminó á golpes, de los cuales resultó víctima la taza, que cayó al suelo.

El ruido que ésta produjo al romperse, hizo que acudiese la madre de ambos, la cual, comprendiendo al momento lo ocurrido, se armó de una escoba y corrió á los niños, que, más listos que una ardilla, *tomaron las de Villadiego*.

Pedrito llegó delante de la escuela en el momento en que don Genaro, por centésima vez, retirando el lienzo que tapaba el canasto, ponía de manifiesto aquellas tortas tentadoras. ¡Con qué ternura se fijaron sus ojos en ellas! ¡Con qué avidez las hubiera comido! Las miró de frente y de costado, se pasó varias veces la lengua por los labios como si las estuviese saboreando, y acercándose al vendedor le dijo:

— ¡Qué fresquitas trae hoy las tortas, don Genaro!

— Más frescas que una mañana de helada en las sierras de mi país; contestóle el interpelado.

Pedrito revisó otra vez sus bolsillos; pero la intempestiva reyerta de la mañana le había hecho salir de casa sin el cobre que habitualmente le daba su madre.

Suspiró de nuevo y, acercándose al anciano, le dijo con voz enternecedora:

— Don Genaro, ¿no me fiaría una torta?

— No, contestóle éste; ya todos mis *marchantes* saben que los atiende bien, mas "*patti chiari*" y moneda pronta.

Dicho esto, tapó con cuidado la canasta, como si temiese que Pedro pudiera comerle las tortas con las palabras.

Esta desconfianza irritó al niño, que se alejó disgustado y pensativo.

Después de un momento, se acercó á varios compañeros que venían hacia él; hablaron juntos un instante, y luego uno de ellos, muchacho de desarrollado cuerpo y rostro simpático, se acercó al masitero y le dijo:

— ¿Qué tiene de bueno esta mañana, don Genaro?



¡Arrebatina! ¡Arrebatina!

— Todo bueno, todo fresco, todo barato; y descubrió el canasto.

Así como una bandada de cuervos hambrientos atraídos por el olor de una res muerta se abalanzan sobre ella para hacerla su presa, aquel grupo se lanzó sobre el canasto y, al grito de: *¡Arrebatina! ¡Arrebatina!* en pocos segundos hizo desaparecer hasta el último vestigio de la mercadería del pobre don Genaro.

Mientras el desgraciado, entre sollozos y gritos de protesta, pedía la devolución de lo suyo, sonó la campana y los voraces pilluelos desaparecieron como por encanto, penetrando en las aulas de la escuela.

II

Don Genaro dió cuenta de lo sucedido á un agente de policía; mas, como habían sido varios los que le robaron las masas y no pudo dar detalles concretos sobre ninguno de los traviesos muchachos, nada pudo hacer el agente en su obsequio. Entonces, presa de la más grande aflicción, se dirigió hacia la escuela y relató al director su desgracia.

Tropezó con los inconvenientes anteriores, pues su denuncia fué por demás vaga; sin embargo, el director, hombre benévolo y honrado, dijo al anciano que investigaría.

Durante el recreo contó el suceso á los maestros de los grados superiores, exhortándolos á efectuar respectivamente y con política las investigaciones del caso.

En la clase de Pedro, el maestro, como lección de moral, contó con frases apropiadas y con lujo de detalles lo ocurrido, poniendo de relieve la censurable conducta de aquellos traviesos que, por el placer efímero de saborear unas masas, habían hecho tal vez sufrir hambre á un pobre anciano, y quizás también á su numerosa familia.

Las palabras del maestro cayeron en buen terreno.

Perucho habló al oído á su compañero, éste al otro, y así sucesivamente, hasta que, como una palabra de orden, las frases de Pedro llegaron á los oídos de Víctor.

Este se levantó y preguntó al maestro á cuánto ascendería el valor de las masas robadas á don Genaro.

Habiéndosele contestado que con cinco pesos se podría reparar el mal, dijo Víctor:



...preguntó al maestro á cuanto ascendería el valor de las masas robadas...

— Si el señor maestro lo permitiera, yo propondría que se iniciase una suscripción á favor de aquel infeliz.

El maestro, naturalmente, elogió la propuesta del niño y se oyeron cuarenta voces que á un tiempo decían: “Yo doy veinte centavos... yo diez... yo cinco... yo dos... yo uno”.

Pedro dijo que nada daba en ese momento, pero que á la mañana siguiente traería todo cuanto le fuese posible.

Cuando llegó á su casa sacó de su alcancía sus ahorros, unos cincuenta centavos. Hizo las paces con su hermana, que le regaló cinco centavos con tal de que la ayudase á resolver un problema difícil.

A la mañana siguiente madrugó más que nunca, y contento y tranquilo se dirigió hacia la escuela.

Cuando desde lejos divisó la figura del pobre masitero, que cabizbajo y triste estaba en su sitio, apuró el paso y apenas estuvo frente al anciano, con voz alegre le dijo:

— Don Genaro: hoy el maestro le dará el dinero necesario para que compre tantas masas como las que le comimos ayer y ya no habrá más ¡Arrebatña!... se lo aseguro.

Así son nuestros pilluelos: malos en la forma, pero nobles de corazón. Cuando los tesoros de bondad que ellos poseen sean cultivados y debidamente educados, ¡qué bueno será nuestro pueblo!

42.

El cuervo y el zorro

En la rama de un árbol,
Bien ufano y contento,
Con un queso en el pico
Estaba el señor cuervo.

Del olor atraído
Un zorro muy maestro,
Le dijo estas palabras
A poco más ó menos :
— Tenga usted buenos días,
Señor cuervo, mi dueño,
Vaya que estáis donoso,



Mono, lindo en extremo.
Y no gasto lisonjas,
Y digo lo que siento;
Que si á tu bella traza
Corresponde el gorjeo,
Juro á la diosa Ceres
Siendo testigo el cielo,
Que tú serás el fénix

De sus vastos imperios.
Al oír un discurso
Tan dulce y halagüeño,
De vanidad llevado
Quiso cantar el cuervo.
Abrió su negro pico,
Dejó caer el queso.
El muy astuto zorro,
Después de haberlo preso,
Le dijo: señor bobo,
Pues sin otro alimento
Quedáis con alabanzas
Tan hinchado y repleto,
Digerid las lisonjas,
Mientras yo como el queso.
*Quien oye aduladores,
Nunca espere otro premio.*

SAMANIEGO.

43.

La buena hermana

I

En una casa de apariencia modesta vivía la honrada familia de un empleado nacional.

La componían cuatro niños, de los cuales Raquel, graciosa criatura de doce años de edad, era la mayor.

Parecía que la dicha se hubiese complacido en fijar su residencia en aquel hogar.

El padre ganaba un sueldo más que modesto, que le permitía hacer frente con holgura á las necesidades de los suyos.

La madre, entre las caricias de sus hijitos que crecían buenos y robustos, y los quehaceres domésticos, pasaba una vida dichosa.

Mas, como desgraciadamente parece que la felicidad no es duradera y tiene bien ganada su fama de inconstante, abandonó de repente aquel hogar.

Una tarde, al volver el padre de su oficina, falleció repentinamente víctima de un síncope.

¿Cómo podría describirse el dolor de los deudos?

¡Cuántas lágrimas vertieron aquellos niños inocentes y aquella buena madre sobre el cadáver del ser cariñoso que tanto los había amado y que tan bruscamente los abandonaba!

¡Cómo se transformó en mansión del dolor la que pocas horas antes lo había sido de la felicidad!

Unjase al pesar inmenso que la pérdida del jefe de la familia había ocasionado á los miembros de ella, la horrible perspectiva de la miseria.

Al faltar el ser que con su trabajo proveía al sustento de los suyos, aquellos tiernos niños, aquella pobre mujer, pronto se verían apremiados por toda clase de necesidades.

Pero el amor que una madre siente hacia sus hijos, ese amor que tiene el poder de dar valor al corazón más abatido, infundió ánimo al espíritu de la pobre señora, que

animosa, recordando haber aprendido á bordar con primor durante su niñez, buscó trabajo antes que la miseria golpease á la puerta de su hogar, y á él dedicó todo su tiempo, todas sus energías.

Día y noche estaba la desdichada con su bastidor en la falda y la aguja en la mano, consiguiendo apenas proveer



Día y noche estaba la desdichada con su bastidor...

de lo indispensable á su hijitos con el mezquino producto de su trabajo.

Pero su vista no resistió al esfuerzo continuo á que ella la sometía; sus ojos se enfermáron gravemente, tanto que un oculista á quien consultó le dijo que, si quería curarse, era menester que no bordara más.

¿Qué haría entonces? ¿Qué iba á ser de ella y de sus hijitos? ¿Cómo podría mantenerlos?

Ese pensamiento triste no abandonaba un solo instante su mente.

Un día, mientras ella estaba llorando con desesperación, se le acercó Raquel y con su vocecita de angel:

— ¿Porqué lloras, mamá? le preguntó...

— ¡Pobrecita! contestó la madre, ¿no comprendes que si no puedo trabajar no ganaré nada y á ustedes les faltará hasta el pan?

— No llores por eso, dijo la niña; yo sé bordar un poco, tú me has enseñado; aprenderé más aún y, como mis ojos son

sanos, bien sanos, yo haré lo que pueda para que estés contenta; es mi mayor deseo seros útil á tí y á mis hermanitos.

¡Qué elocuentes fueron en ese momento triste para el corazón de aquella pobre madre esas sencillas palabras!



...es mi mayor deseo seros útil á tí y á
mis hermanitos.

II

Desde aquel día, Raquel, que ya había cursado el sexto grado elemental, se dedicó por completo al bordado.

Esmerábase en aprender á trabajar con perfección y su buena voluntad, unida á una natural disposición para



...una academia de bordado, que adquirió en breve gran renombre.

el arte, cooperaron á que llegara á ser pronto una bordadora de fama.

Sus hermosas prendas morales y su habilidad, le captaron la admiración de las muchas personas que le daban trabajo; entre ellas, la de unas damas bienhechoras que, para demostrarle cuán digna era de protección, le proporcionaron entre sus relaciones unas cuantas discípulas.

Merced á eso, le fué posible establecer en su casa una academia de bordado, que adquirió en breve gran renombre.

A los diecinueve años, consiguió por concurso ocupar una vacante de maestra de labores en una escuela del Estado. Podía atender perfectamente á su nueva tarea sin perjudicar la marcha próspera de su academia.

Mientras tanto Juan, su hermano, que tenía ya dieciocho años, estimulado por los ejemplos de actividad y virtud que veía en su hogar, estudiaba con ahinco, habiendo conseguido terminar con resultado halagüeño los estudios secundarios.

La madre, deseosa de que Raquel no trabajase demasiado para sufragar, siempre sola, los gastos que la familia y los estudios de su hermano le habían ocasionado hasta entonces, opinaba que el jovencito debía abandonar sus estudios y emplearse; pero á ello se opuso decididamente la buena hermana, diciendo:

— ¿De qué habría valido entonces todo mi trabajo, si mi hermano no sacara de él algún provecho?

Y Juan, gracias á los esfuerzos de ella y á su amor al estudio, alcanzó á ser un médico notable.

Cuando el ejercicio de su profesión le permitió mantener holgadamente á su familia, respondía á los que lo felicitaban por su saber ó por su fuerza de ánimo:

— Ha sido mi hermana Raquel la valerosa; á ella sola debo lo que soy.

44.

Urbanidad

DIÁLOGO

— El sábado es el día de mi cumpleaños; ¿lo festejaremos como siempre, mamá?

— Naturalmente. Como los demás años, te permitiré invitar á tus amiguitos, á quienes obsequiarás con *té, chocolate, bizcochos, bombones*, etc.

— ¡Qué alegría!... y ¿no habrá *crema*?

— Me esmeraré para que haya un poco de todo lo que más te agrada. Y tú, ¿á quiénes piensas invitar?

— A Luis, Inés, Ricardo, Rómulo, Eugenio, Armando, Josefina con su hermano Rodolfo...

— ¿A Rodolfo? ¿Por qué á ese niño tan mal educado?

— ¡Mal educado! ¡Si me parece tan ocurrente!

— ¡Ocurrente! ¿Llamas tú ocurrente á un niño que se mofa de todos, que para todos tiene pronto un sobrenombre, que no sabe ni hablar ni callar con tino?

— Me parece que lo juzgas con demasiada severidad mamá. Es muy vivaracho, no lo niego... pero...

— Tú sabes, Herminio, que, para evitarte que trabes amistad con malos amigos, siempre he tratado de conocer á fondo tus compañeros. Por eso, cuando vienen á visitarte, estudio sus palabras y observo sus modales.

Es así como pude conocer y apreciar las bellas cualidades de Armando, ese niño tan gentil, educado, modesto, alegre y gracioso. Su vivacidad genial me atrae y seduce, y con su cortesía inalterable pone en evidencia su esmerada educación.

— Armando es, ciertamente, un buen amigo á quien yo quiero mucho. Pero ¿qué hizo Rodolfo para impresionarte tan desfavorablemente?

— Cometió una falta muy grave. ¿Recuerdas cuando el año pasado, en ocasión del *onomástico* de tu hermana, dimos una pequeña fiesta?

— Lo recuerdo.

— Entre otros amiguitos tuyos concurrió también Alfredo, aquel pobre niño que tiene la desgracia de tener una espalda más alta y bastante más gruesa que la otra. Todos vosotros lo colmabais de atenciones; Armando no se separaba de él un solo momento. El pobrecito Alfredo, con la graciosa sonrisa que se dibujaba en sus labios descoloridos, os demostraba cuán gratas le eran vuestras atenciones.

Apenas llegó Rodolfo, ese díscolo, lo miró fijo por tres ó cuatro veces, y luego, sonriendo con sarcasmo y guiñando el ojo á varios de vosotros, dijo en voz alta: “estoy seguro de que la fiesta de hoy resultará más animada de lo que me figuraba”.

— ¿Por qué? le preguntó ingenuamente Aurora.

— Porque al venir me he encontrado con un *jorobado*.

Alfredo que lo oyó, se puso pálido; y Armando, que comprendió la grosera alusión, con mil finezas y con su

charla graciosa, trató en vano de hacer desaparecer el tinte de tristeza que desde entonces y por toda la noche empañó el semblante del pequeño desgraciado.

Desde ese momento perdí mi estimación por Rodolfo, y por eso no me agrada que tú lo cuentes en el número de tus amigos. Trata en cambio de imitar á Armando y



¿Recuerdas cuando el año pasado en ocasión del *onomástico* de tu hermana...

aprende de él cómo debes comportarte en sociedad. No creas que por ser uno pequeño puede prescindir de respetar las buenas formas que prescribe la urbanidad. Si un niño comete alguna falta de educación, no deja, por ser niño, de ser un mal educado.

Tu amigo Rodolfo no sólo ha dado pruebas de tener una mala educación, sino que sus actos todos demuestran también que es un niño grosero y de malos sentimientos.

— ¿Por qué?

— Porque quiere hablar siempre él, y así como es feo callar siempre, es censurable imponer silencio á los demás. Después, lo he oído contradecir con descaro y hasta con desfachatez á sus compañeros.

— Pero á veces, mamita, uno se ve obligado á contradecir á otro. Supón que uno te cuente una cosa que sabes positivamente no ser cierta... ¿cómo callarse?

— Puedes hablar. Pero, antes de hacerlo, pide disculpa por lo que vas á decir, y luego expón tus ideas sin dirigir palabras ofensivas á tu interlocutor.

Tampoco es de buena educación interrumpir la conversación de los demás.

— Pero, mamá... ¿qué dirá Rodolfo si no lo invito? Se ofenderá.

— No importa. Cuando se modifique, cuando haya aprendido que no se deben introducir los dedos en la nariz y en la boca, cuando comprenda que no es propio mirar el pañuelo después de haberse sonado la nariz, cuando pierda la costumbre de hacer muecas con la boca, de sacar la lengua, de apoyarse en el respaldo de las sillas y de chancear groseramente á sus amigos, entonces podrás invitarlo. ¿Has entendido? *Es mejor estar solos que mal acompañados*, dice el refrán.

Ahora, si quieres, puedes venir conmigo. Iremos juntos á dar las órdenes relativas á tu fiestita.

— Iré con placer. Sólo siento por Rodolfo. ¡Lástima que sea tan mal educado!

45.

Durante las vacaciones

CÓMO SE FORMAN LAS ROCAS SEDIMENTARIAS

Alta Córdoba.

Querido Pepe:

¿Entonces mis escritos no te aburren? (Este mi buen primito ¿me lo dirá de verdad ó tan sólo por cumplimiento?) pensaba yo ayer mientras leía tu afectuosa carta. Pero, como siempre has sido sincero para conmigo, pienso que no tengo motivos para dudar de tus palabras. Por eso te contaré lo que hice y aprendí durante los primeros días de la semana anterior.

Estuvimos de paseo en la quinta de don Luis, donde nos encontrábamos hacía tres días. Al cuarto tuvimos la grata sorpresa de recibir la visita de don Edmundo.

Yo, apenas lo ví venir, corrí á su encuentro con una alegría inmensa. El estrechó mi mano entre las suyas, como si saludase á un amigo querido cuya presencia le causara regocijo.

A la tardecita, después de haber jugado un partido al volante con Federico, (partido que, como siempre, gané), las señoras manifestaron el deseo de pasear un

rato por los alrededores. Entonces don Edmundo dijo que él se haría cargo de acompañar á los niños. Al oír esto corrí á su lado, y mientras nos dirigíamos hacia nuestra loma favorita, le conté que te había escrito relatándote íntegra la lección que días atrás me había dado él. Entonces el buen señor, sonriéndose, me dijo: Te comprendo, Roberto; tú ahora has querido hacerme recordar mi promesa. Voy á cumplir con ella.

Si no me equivoco, te había prometido explicar cómo se forman las rocas sedimentarias. Para que lo puedas comprender con facilidad tenemos que empezar nuestras observaciones como empezamos las anteriores; es decir, retornando, por lo menos con la mente, á nuestro arroyuelo.

Tú lo sabrás, ó, si no lo sabes, podrás sin esfuerzo concebirlo, que no todas las corrientes de agua se deslizan con la poca velocidad del manso arroyo que ya conocemos. Hay ríos, cuyas aguas, empujadas por fuertes corrientes, arrastran en su curso piedras enormes y restos de vegetales y animales. Mientras el agua corre con rapidez, el *cascajo*, la *arena*, el *limo*, no pueden depositarse en el lecho del río; pero cuando, por cualquier motivo, la corriente vertiginosa cesa, una parte de dichas materias cae al fondo, y cada cual, en razón de su peso respectivo, es decir: el cascajo primero, la arena después, y por último el limo. También se juntan á estos depósitos las demás materias que trae el agua, formándose así con todo ello una especie de *asiento* al cual se le llama *sedimento*. Son éstos los que sobreponiéndose paulati-

namente uno sobre el otro, forman las *rocas sedimentarias*.

A endurecer ó petrificar los sedimentos contribuyen poderosamente algunas sustancias minerales.

Creo que no ignorarás que la cal y el hierro se encuentran en gran cantidad en las piedras; y por ser estas



materias *solubles* en el agua, al ser arrastradas por la corriente las piedras que las contienen, dejan disuelta en el agua misma su parte de cal y de hierro. El líquido, al evaporarse, deja caer lentamente sobre

los sedimentos las sustancias minerales que contiene; y son éstas las que tienen la propiedad de unir y solidificar los sedimentos.

La *presión* acelera á veces la formación de las rocas sedimentarias; te diré ahora en qué consiste aquélla. Cuando grandes cantidades de fango y de arena se han acumulado en un sitio determinado, la parte inferior del sedimento se solidifica pronto bajo la presión del enorme peso de la parte superior; y las sustancias minerales que filtran á través de todas esas materias, aceleran la petrificación.

De manera que, cuando te pregunten cómo se forman las rocas sedimentarias, dirás que por medio de sedimentos que provienen del desgaste de otras rocas, las cuales se han depositado paulatinamente en el agua y han llegado á petrificarse por medio de la presión é infiltración de las substancias minerales que están disueltas en este líquido: el hierro, la cal, etc.

En este momento se nos reunieron las señoras y don Edmundo tuvo que suspender sus explicaciones, para mí siempre tan interesantes. Sin embargo, me miró fijo y sonriente como diciéndome: “ No temas; en la primera oportunidad reanudaremos nuestra conversación, que un deber de cortesía nos ha hecho interrumpir ”. ¡ Ojalá suceda esto pronto!

Deseo que, cuando hayas leído esta mía, se la enseñes á mamá, para que vea que no malgasto el tiempo y que mi mente no permanece ociosa.

Adiós, Pepe mío; todos te mandan recuerdos. Yo he juntado para tí unas hermosas piedras que te llevaré á mi retorno, y con las cuales iniciaremos un pequeño museo. Esta idea me ha ocurrido al ver las magníficas colecciones de minerales y vegetales que he visto en casa de don Edmundo, las cuales forman el orgullo de este hombre tan sabio. De todo esto hablaremos á su tiempo.

¡Adiós! recibe un cariñoso abrazo de este tu primo.

ROBERTO.

46.

La muñeca, emblema de paz y concordia

I

Era la noche de Navidad del año 1903.

La abuelita de Ida regaló á su única nieta una preciosa muñeca antigua, vestida á la moda de los tiempos de *antano*.

Era ésta una reliquia de familia; tres generaciones de niñas habíanse divertido con ella sin romperla, sin ajarla.

Pepe fué obsequiado con una caja completa de colores finos con sus respectivos pinceles, con los que podría pintar sus dibujos.

¡ Qué contentos estaban ambos ! El día siguiente, Ida, que no dejaba de ser algo traviesa, aprovechando la ausencia de su hermano y sin que nadie la viese, sacó del cajón del escritorio la caja de Pepe, y con ella se fué á la azotea.

Colocó todos los útiles en el suelo, y en menos de media hora pintó un cuadro de grandes dimensiones: montañas azules y amarillas, lagunas color granate y celeste, árboles color solferino, amapolas blancas y negras,

flores color plomo; en fin, en su entusiasmo artístico derrochó casi todas las pinturas y convirtió los pinceles en pequeñas escobas.

Cuando hubo terminado su obra, pensó en ocultar su travesura y volvió á colocar todo en su sitio.



...en la que actuaron pellizcos, tirones
de cabello...

Apenas regresó Pepito, fué en busca de su caja; pero, al encontrar sus útiles en tan lastimoso estado, en seguida se imaginó quién había sido la culpable, y enojado y lloroso, corrió en busca de la muñeca de Ida.

En cuanto la tuvo entre sus manos, quitóle la cofia y

el vestido y los hizo pedazos; luego, con los colores que le habían quedado, pintó la cara, los cabellos y las piernas de aquella víctima inocente.

Consecuencia de todo esto fué una acalorada reyerta entre los dos hermanos, en la que actuaron pellizcos, tirones de cabello, golpes y gritos.

Por suerte, las voces alteradas de los niños llegaron hasta los oídos de la abuelita, que corrió á separarlos.

Enterada de lo sucedido, los reprendió severamente, les quitó los juguetes que tenían y les dijo que no los perdonaría hasta tanto no le dieran pruebas de haberse corregido, estando un año entero sin trabar entre ellos discusiones enojosas.

Era entonces el 26 de Diciembre de 1903.

Avergonzados y afligidos los niños por el disgusto que habían causado á su abuela, no se atrevieron á hablar, é Ida la vió que con mil cuidados levantaba la muñeca del suelo y oyó que le decía: "Jamás hubiera imaginado que, después de tantos años de vida tranquila, llegarás á ser tan maltratada, ¡pobre reliquia de mi niñez!"

La niña entonces se echó á llorar y en su corazón formó el propósito de no pelear jamás con su hermanito.

II

Llegó el día de Navidad de 1904 y ambos habían mantenido sus promesas.

Sin embargo, en las ramas del árbol que estaba en el centro de la mesa no había ningún juguete.

¡Qué horas de triste ansiedad pasaron aquellos niños!

La escena del año anterior volvió á presentarse ante



¡Oh, abuelita querida!... Seré siempre dócil y bondadosa...

la mente de ambos, y cada cual pensaba entre sí: "No nos regalarán nada; quieren castigarnos".

Después de cenar, la abuelita que, como nunca, había estado de buen humor, salió un momento y volvió trayendo una gran caja que entregó á Ida.

La niña la abrió con mano trémula y "¡oh, mi muñeca!" dijo, riendo y llorando á un tiempo.

No podía creer á sus ojos, y sin embargo, era la misma muñeca vestida con un traje igualito al que llevaba el año

anterior. Sólo se diferenciaba en que ahora tenía atada á una mano una diminuta tarjeta.

Ida fijó sus ojos en ésta y leyó en voz alta lo que en ella estaba escrito: “*Merced al empeño y al trabajo esmerado de tu abuelita vuelvo á ti; pero recuerda que soy emblema de paz y concordia y que estaré contigo siempre que seas buena, obediente y cariñosa con todos*”.

— ¡Oh, abuelita querida! dijo con entusiasmo la niña, besando á la vez á la muñeca y á la anciana. Seré siempre dócil y bondadosa, te lo prometo; y tú, graciosa y bella muñeca, serás en adelante mi fiel compañera.

— Y tú, Pepe, ¿imitarás á tu hermana?

— No lo dudes, abuela.

— Entonces, toma. — Y le dió otra caja de pinturas igual á la del año anterior.

Ambos niños festejaron la noche de Navidad con inusitada alegría: la que nos brinda la tranquilidad del alma, la paz y la concordia.

Instruir y educar á los niños, es trabajar por la grandeza de la Patria y por la felicidad de los hogares. El niño bueno de “hoy” será el hombre virtuoso de “mañana”.

El caudal de *amor patrio* que como herencia nos legaron los héroes de la Independencia, debe ser patrimonio de todo ciudadano.

47.

La avaricia rompe el saco

Eran las ocho de la noche del día 5 de Enero de 1904. Marianita había mirado y examinado con atención todos los zapatos y botines, modernos y antiguos, nuevos y viejos, grandes y pequeños, que había en la casa; mas, por



...consiguió sacar á la vista una bota de dimensiones fenomenales.

los movimientos de desagrado que con frecuencia hacía su bella cabecita, comprendíase que ninguno de aquellos satisfacía sus exigencias. De improviso notóse en su semblante un tinte de alegría; sin duda, alguna idea luminosa se había presentado ante su mente, dando á su fisonomía un aire de triunfo.

Se fué corriendo hasta el pequeño aposento de Cosme, el criado, un mocetón de formas gigantescas que desde hacía muchos años servía en la casa.

Agachóse para mirar debajo de la cama, y una exclamación de alegría dejó comprender que, por fin, había encontrado lo que con tanto empeño iba buscando.

Con mucho trabajo consiguió sacar á la vista una bota de dimensiones fenomenales. Era una de las que usaba



Introdujo su manita en la bota...

Cosme cuando durante el invierno tenía que ir á la estancia.

Intentó llevarla á otra parte; mas sus fuerzas no se lo permitieron, y entonces fué en busca de auxilio.

Encontró á su hermano Alfonso, lo tomó de un brazo y con aire de misterio le dijo:

— Ven conmigo; necesito que me ayudes. Tengo que hacer algo importante, pero me vas á prometer que no hablarás de esto con nadie.

Alfonso, que ya contaba 15 años y era un jovencito serio y juicioso, la miró para interrogarla; mas la pequeña no le dió mayores detalles y lo condujo, llevándolo de la mano, hasta el aposento del criado é, indicándole la descomunal bota, dijo:

— ¿Recuerdas que el año pasado los reyes, ó mejor dicho, papá y mamá, me trajeron tan solo una muñeca pequeñita porque, según dijo Pepe, el zapato que yo había dejado delante de mi puerta era también muy pequeño? Pues este año todos van á quedar burlados; voy á dejar afuera esta *Señora Bota*, en la que cabe medio bazar de juguetes.

— Sí; pero si no me equivoco, me parece que el año pasado no te trataron muy bien papá y mamá, porque según supe, sacaste el zapato de Jorge para dejar el tuyo solo, demostrando con eso que todo lo querías para tí, dijo Alfonso. Yo pondré la bota donde tú quieras, con tal que me prometas dar á Jorge la mitad de los juguetes que en ella encuentres.

— Eso lo veremos después; es asunto mío, dijo Marianita; tú, ayúdame y nada más.

Alfonso colocó la bota donde le indicó su hermanita y luego contó á sus padres la ocurrencia de la pequeña.

A la mañana siguiente, antes de amanecer, Marianita abandonó la cama y en camisa, descalza, caminando con la punta de los pies, fué hasta donde estaba la bota.

— Vamos á ver, decíase con alegría, si este año los señores reyes se han portado bien conmigo.

Introdujo su manita en la bota, trémula de emoción, y sacó de ella una tira de papel blanco en que se leía escrito con tinta punzó: *La avaricia rompe el saco.*

48.

En penitencia por delator

Era un jueves. Los niños estaban de vacación, pues en este día las escuelas primarias permanecen cerradas.

Los tres hermanos mayores pensaban en cómo podrían divertirse.

— Juguemos al teatro, dijo Marucha, muy amiga de declamar cuantos versos podía aprender, sin excluir los que encontraba escritos detrás de los números del almanaque.

— Sí, al teatro, dijo Juan, que, por haberle impresionado inmensamente una representación dramática en la que un hombre malvado recibía de su víctima una puñalada que le causaba la muerte, anhelaba representar el papel de *vengador de derechos ultrajados*.

— Sí, al teatro; Alfonso será el *infame* y yo lo mataré.

— No, no quiero que nadie me mate, ni en broma; contestó el aludido.

Marucha lo trató de bobo y dijo que con tal de que jugasen al teatro, ella se resignaría á representar el papel de *víctima* y trataba de convencer á Juan de que también hay mujeres que han merecido ser asesinadas.

Juan se conformó; pues, por lo visto, esa mañana tenía vivísimos deseos de ser un *criminal justiciero*.



Juguemos al teatro, dijo Marucha, muy
amiga de declamar...

Pero quedaba Alfonso, ese turbulento que no congeniaba con nadie y que sólo era feliz cuando contrariaba á los demás.

— Alfonso, dijo Marucha con dulzura infinita para vencer el persistente espíritu de contradicción que dominaba al niño; Alfonsito, ¿qué rol quieres desempeñar?

— Quiero ser el matador, contestó.

Ya veis que ésta no era una contestación que pudiera hacer concebir la esperanza de conciliar las ideas.

— No puede ser, objetó Juan; ese rol me corresponde á mí. Soy el mayor y, como tal, debo enseñar á los demás *la justicia bajo cualquier forma*.

— Bueno, dijo Alfonso; cuando venga mamá, le contaré que tú (y señaló á Marucha que se estaba ataviando) te has puesto su pollera y su bata y que, por peinarte como una señora, te has cortado una cantidad de cabellos.

— Eres tan malo como siempre, dijo Marucha.

— Sí, y un envidioso; agregó Juan.

Alfonso, sin perturbarse, contestó á sus hermanos con amenazas: “y le contaré también que Juan se puso los pantalones de papá y que se hizo los bigotes con un puñado de lana que sacó de la almohada de la sirvienta”.

Rosita, la menor, graciosa criatura de cuatro años de edad, escuchaba á todos sin hablar.

— Mamá tardará aún en venir; se fué á visitar á la señora de enfrente, y siempre suele quedarse con ella un largo rato, dijo Marucha; demos nuestra representación. De todos modos, Alfonso le va á decir que nos hemos puesto estas prendas.

Alfonso se fué á esperar el retorno de su madre, dispuesto á cumplir al pie de la letra su papel de *delator*.

Marucha llamó á Rosita y le dijo: Tú te quedarás un rato en el balcón, y nos avisarás cuando mamá salga de la casa de enfrente.

— Está bien, dijo la niña.

La representación trágica tuvo lugar; los espectadores (unas cuantas sillas dispuestas en hilera), no manifestaron emoción alguna; pero los actores se felicitaron recíprocamente por el notable y artístico desempeño de sus respectivos papeles.

Juan fué terrible en su venganza, y Marucha, antes de



La representación trágica tuvo lugar;...

que llegase su madre, tuvo tiempo de morir como quien, reconociendo sus faltas, se somete con resignación á recibir el condigno castigo.

Cuando Rosita dió el aviso del temido retorno, los niños empezaron á desvestirse; mas no pudieron efectuar esta operación con la rapidez necesaria, pues la ma-

dre, acompañada por Alfonso, llegó cuando Juan intentaba aún, en vano, sacarse el pantalón largo sin haberse quitado los botines.

— Pilletes, traviesos, canallas, dijo la señora; sabéis que no quiero que se juegue con la ropa... sabéis que...



Pilletes, traviesos, canallas, dijo la señora...

— Mamá, dijo Rosita con soltura; Juan y Marucha se vistieron así porque Alfonso se lo dijo.

— ¿Cómo? ¿tú?

— ¡Oh, la mentirosa! dijo Alfonso.

— Sí, sí, sostuvo la nena. Él (y señaló á su hermano)

quería matar á Marucha, y como Marucha quería que la matase Juan, te vino á contar todo.

— Entonces, tú también mereces ser castigado como los otros, añadió la señora.

Marucha, cuando su mamá desvió la mirada, fijó sus ojos negros en los de Alfonso y le dijo: "Así me gusta. A los tres nos tocará una penitencia, pero á nosotros tan sólo por traviesos y á tí por *delator*". — Y con la punta de los dedos envió un beso á Rosita.

¡Jamás seáis perversos y vengativos con vuestros semejantes, y menos aún con vuestros hermanos!

49.

El gato y las aves

Charlatanes se ven por todos lados,
En plazas y en estrados,
Que ofrecen sus servicios ¡cosa rara!
A todo el mundo por su linda cara.
Este, químico y médico excelente,
Cura á todo doliente;
Pero gratis: no se hable de dinero.
El otro, petimetre caballero,
Canta, toca, dibuja, borda, danza,
Y ofrece la enseñanza

Gratis, por afición, á cierta gente.
Veremos en la fábula siguiente
Si puede haber en esto algún engaño:
La prudente cautela no hace daño.

Dejando los desvanes y rincones
El señor *Mirrimiz*, gato de maña,
Se salió de la villa á la campaña.
En paraje sombrío,



A la orilla de un río
De sauces coronado,
En unas matas se quedó agachado.
El gatazo callaba como un muerto,
Escuchando el concierto
De dos mil avecillas
Que en las ramas cantaban maravillas;
Pero callaba en vano

Mientras no se acercaban á su mano
Los músicos volantes, pues quería
Mirrimiz, arreglar la sinfonía.

Cansado de esperar, prorrumpe al cabo,
Sacando la cabeza: ¡*Bravo, Bravo!*

La turba calla: cada cual procura
Alejarse ó meterse en la espesura;
Mas él les persuadió con buenos modos,
Y al fin logró que le escuchasen todos,
—No soy gato montés ó campesino;

Soy honrado vecino
De la cercana villa.

Fuí gato de un maestro de capilla;
La música aprendí y aún, si me empeño,
Veréis cómo os la enseño,

Pero gratis y en menos de una hora.
¡Qué cosa tan sonora

Será el oír un coro de cantores,
Verbigracia: calandrias, ruiñeñores!

Con estas y otras cosas diferentes,
Algunas de las aves inocentes
Con manso vuelo á *Mirrimiz* llegaron;
Todas en torno de él se colocaron.

Entonces, con más gracia
Y más diestro que el Músico de Tracia,
Echando su compás hacia el más gordo,
Consigue, gratis, merendarse un tordo.

50.

El caballo

Buenos Aires, Junio 20 de 1906.

Señora Rosa de P.

Chivilcoy.

Mi querida mamá:

Me parece oír lo que dirás cuando hayas terminado de leer la presente. "¿Será posible que Gustavo se haya vuelto tan estudioso? ¿Será cierto que la composición que me transcribe ha sido redactada por él?" ¿No es cierto, mamita, que dirás, ó por lo menos, pensarás todo esto?

Y sin embargo, aunque el *milagro* te parezca imposible, se ha verificado. Sí, mamá. Tu Gustavo, el consuetudinario holgazán, el que con sólo oír hablar de libros, maestros y escuelas poníase enfermo (real ó ficticiamente), es ahora un niño estudioso que ha conseguido distinguirse por su aplicación. ¡Oh, mamita mía, con cuánto placer te notifico esto! ¿Sabes por qué ahora soy tan dócil y aplicado? Porque empiezo á comprender cuáles son mis deberes, cuántos sacrificios hacéis vosotros

y mis maestros para instruirme y, en fin, porque me agrada aprender cosas que no sabía, y conocer otras cuya existencia ignoraba.

Ayer tuvimos exámenes de Historia Natural. Es ésta una de mis materias favoritas. Nos dieron como tema: *el caballo*. Redactamos la composición en presencia de un Inspector escolar, de modo que bien comprendes que nadie pudo recurrir á la *ayuda del vecino*. Yo, mamita querida, tuve la inmensa satisfacción de ver clasificar mi composición con un 5, que me pareció tan grande que todo el mundo podía verlo. A continuación te transcribo mi composición:

EL CABALLO

“El caballo es un *cuadrúpedo* que pertenece á la variada y numerosa orden de los *paquidermos*, de la cual forman parte los animales más grandes del mundo. La palabra *paquidermo* significa *piel gruesa*. El caballo es *herbívoro*, porque se nutre de vegetales, y *mamífero*, porque amamanta á sus pequeñuelos. Tiene la cabeza pequeña y un tanto alargada, la frente ancha, los ojos grandes, las orejas chicas, derechas y movibles, el cuello erguido, el tronco breve y redondo, las extremidades esbeltas y fuertes, la cola larga, cubierta de pelo fuerte y lustroso llamado *cerda*, igual al que, como cabellera, le adorna la cabeza y el cuello, y su cuerpo está revestido de pelo corto y lustroso.

El caballo es, pues, un animal muy hermoso; en cada pie tiene un solo dedo, cuya última falange está completamente revestida de una gran *pezuña córnea*. Parece que, como nosotros, es originario del *Asia Central* y que, debido á los muchos y grandes servicios que siempre ha prestado al hombre, éste lo ha llevado consigo en sus emigraciones, y por eso hoy lo encontramos esparcido



Caballo de carrera

por todas las partes del globo. Nadie ignora que es doméstico y muy inteligente, porque con un poco de constancia se adiestra para los ejercicios más variados y difíciles. Es muy útil al hombre tanto en tiempo de paz como de guerra. Aprende á conocer á su amo y se le afición.

Hay muchas clases de caballos. El más bello es el *árabe*, el más ágil el *inglés*, y el más apropiado para transportar cargas pesadas el de *Normandía*.

Nosotros, en nuestras inmensas llanuras, tenemos cantidades considerables de caballos, que viven y se crían libres en comunidad con los gauchos, que saben amansar á los potros más fogosos. El caballo argentino no es muy hermoso, pero sí bastante apreciable *por su resistencia para el trabajo y las intemperies*".

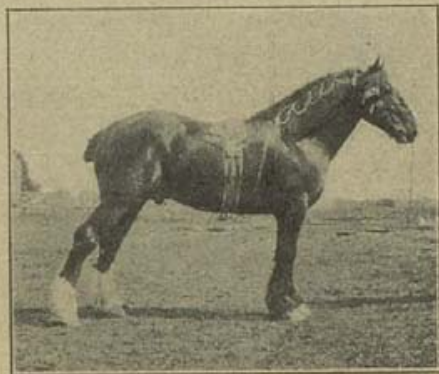
Esta es la composición que presenté y que resultó ser la mejor de mi grado.

Entrega esta carta á papá para que la vea. Espero que, cuando él también la haya leído, ambos estaréis contentos de este vuestro hijo que os besa con inmenso cariño.

GUSTAVO.

* * *

El ave ama su nido, el león su cueva, el salvaje su rancho y su bosque; el hombre civilizado á su patria.



Caballo de tiro pesado

51.

La niña valerosa

I

Era de noche. La esposa y los hijos del colono Andrés dormían tranquilos. Sólo él permanecía aún levantado. Necesitaba preparar sus utensilios para la mañana siguiente.

La primavera se aproximaba y las faenas campestres habían empezado ya.

Terminado que hubo sus tareas, disponíase á subir la escalera que ponía en comunicación la parte baja de la casa con el aposento en que dormía la familia (una gran pieza de madera de reciente construcción). En esas circunstancias, se presentaron ante su mente las palabras de amenaza y venganza que había pronunciado contra él y los suyos esa misma mañana Pedro, el peón que él había despedido del servicio, por su mala conducta y holgazanería.

Con una linterna en la mano fué á echar una ojeada por los alrededores de la casa, y habiendo encontrado todo en su estado normal, cerró las puertas y se fué á dormir.

Serían las tres de la mañana, cuando un fuerte olor á quemado y una cantidad de humo que, pasando por las rendijas de las puertas y ventanas, había invadido el dormitorio de Andrés, despertaron á Marta que, asustada, llamó á su esposo. Este se levantó al instante, y al aso-



disponíase á subir la escalera...

marse al balcón para darse cuenta de lo que ocurría, vió que su casa se estaba quemando.

El incendio era, sin duda, obra de la mano criminal de Pedro.

Andrés comprendió al instante cuán horrible era su situación y la de los suyos; tuvo, sin embargo, la sangre

fría de no alarmar mucho á Marta y á los niños, los que, con excepción del menor, estaban despiertos.

Corrió hacia la escalera, pero vió con desesperación que ya no era posible servirse de ella, porque las llamas, alimentadas por un fuerte viento, la habían quemado casi toda, siendo inminente su derrumbe.

¿Cómo salvar á su mujer, á sus cuatro hijos y cómo salvarse él mismo?

Esperar el auxilio de los vecinos era absurdo; la casa se hallaba aislada en el campo, y ninguno de los habitantes más cercanos hubiera podido sospechar la horrible situación en que se encontraba aquella pobre familia.

De improviso, una idea iluminó el semblante de Andrés.

— Por aquí, por esta ventana pasaréis vosotros; dijo el pobre hombre á su mujer y á los niños.

Ven, Marta, y tú también, Pepita.

Las dos, aturdidas, acudieron al llamado. Andrés las envolvió en una gruesa frazada; luego, con la ligereza que la gravedad del caso exigía, anudó entre sí y sólidamente unas cuantas sábanas formando con ellas una soga, con la que ató el bulto que había formado con las dos mujeres, y luego, no sin trabajo, consiguió bajarlas del balcón. Cuando ambas estuvieron en el suelo, Andrés retiró con presteza su improvisado aparato de salvación, y mientras madre é hija le decían desde afuera: "pronto, Andrés, salva á los niños", dos de ellos llegaron por el mismo medio al lado de Marta.

Para que los miembros de aquella familia estuviesen todos en salvo, sólo faltaban Juancito y Andrés.

Pero éste, sofocado por la gran cantidad de humo que había en la pieza, que le impedía distinguir los muebles,



—¡Andrés! ¡Andrés! ¡papá! ¡papá!, gritaban desde afuera Marta y los niños

buscaba en vano la cuna donde se encontraba Juancito el menor de sus hijos, tierno niño de diez meses de edad.

—¡Juancito! ¡Juancito!, llamaba con desesperación el pobre padre, temblando al sólo pensar que su hijito hubiese muerto.

—¡Andrés! ¡Andrés! ¡papá! ¡papá!, gritaban desde

afuera Marta y los niños. ¡Ven, ven pronto, baja con el nene... no te detengas más, ven...! ¡Si se quedan un rato más les van á alcanzar las llamas!

Pero Andrés ya no oía nada. Respiraba con dificultad y la presunción de que su hijito fuese ya cadáver le quitaba las últimas fuerzas.

II

La mayor de las hijas, Pepa, niña de 14 años, que miraba ansiosa hacia la ventana sin ver aparecer á su padre, no pudo resistir más y — “Voy á ver lo que pasa allá adentro”, dijo á su madre.

— Pero, ¿pòr dónde quieres entrar, hija? dijole con desesperación la madre. ¿Por dónde, si ya no hay paso posible?

— Lo verás, dijo con resolución la niña.

Alzó del suelo un pedazo de escalera que aun estaba entero, lo apoyó en la pared, cerca de la ventana, y subió con ligereza los escalones. Con la mano pudo asirse del balcón, y con un esfuerzo, que parecía superior á sus fuerzas, consiguió penetrar en la pieza.

— ¡Papá!, dijo en seguida, ¡papá! baja, baja pronto. sálvate, yo te ayudaré.

— ¿Y tu hermanito? dijo Andrés con voz apenas perceptible.

Pepa corrió hacia el sitio donde estaba la cuna; en un segundo sacó de ella al niño inerte, lo envolvió en la fra-

zada, lo alcanzó á su madre, y luego, con un último esfuerzo, consiguió ayudar al padre á bajar.

— ¿Y tú, Pepa? ¿y tú? le decían todos.

Ella se asomó tambaleando al balcón; pero, ya mareada y casi sin conocimiento, se tiró de él, yendo á caer



Con la mano pudo asirse del balcón...

en los brazos de los suyos, y recobrando el sentido al calor de los besos que todos le daban.

Juancito que, por estar en la cuna bien abrigado, no había sufrido más que un principio de asfixia, pronto volvió á sonreír á sus padres al contacto del aire vivificador, y toda la familia fué salvada.

De la casa de Andrés sólo quedaron unas ruinas humeantes; pero la alegría que padres é hijos experimentaban por haberse salvado de una muerte horrorosa, les hacía olvidar las demás pérdidas sufridas.

— Mientras estemos vivos, decía el buen Andrés acariciando con una mano la negra cabellera de Pepa, mientras estemos sanos, no tendremos miedo á la miseria; trabajaremos todos para combatirla ¿no es verdad?

— No debemos, de veras, tenerle miedo, dijo Marta, mientras contemos en la familia con una hija tan valerosa como Pepa.

52.

La modestia

Por las flores proclamado
Rey de una hermosa pradera,
Un clavel afortunado
Dió principio á su reinado,
Al nacer la primavera.

Con majestad soberana
Llevaba y con noble brío
El regio manto de grana,
Y sobre la frente ufana
La corona de rocío.

Su comitiva de honor
Mandaba, por ser costumbre
El Céfitro volador,

Y había en su servidumbre
Hierbas y malvas de olor.

Su voluntad poderosa,
Porque también era uso,
Quiso una flor por esposa;
Y regiamente dispuso
Elegir la más hermosa.

Como era costumbre y ley,
Y porque causa delicia
En la numerosa grey,
Pronto corrió la noticia
Por los Estados del Rey.

Y en revuelta actividad,
Cada flor abre el arcano
De su fecunda beldad,
Por prender la voluntad
Del hermoso Soberano.

Y hasta las menos apuestas,
Engalanarse se veían
Con harta envidia dispuestas,
A ver las solemnes fiestas
Que celebrarse debían.

Lujosa la Corte brilla,
El Rey admirado duda,
Cuando ocultarse sencilla
Vió una mansa florecilla
Entre la hierba menuda.

Y por si el regio esplendor
De su corona le inquieta,

Pregúntale con amor:

— “¿Cómo te llamas?” — “Violeta”,

Dijo temblando la flor.

— “¿Y te ocultas cuidadosa

Y no luces tus colores,

Violeta dulce y medrosa,

Hoy que entre todas las flores

Va el Rey á elegir esposa?”

Siempre temblando la flor,

Aunque llena de placer,

Suspiró y dijo: — “Señor.

Yo no puedo merecer

Tan distinguido favor”.

El Rey suspenso la mira

Y se inclina dulcemente;

Tanta modestia le admira;

Su blanda esencia respira,

Y dice alzando la frente:

— “Me depara mi ventura

Esposa noble y apuesta;

Sepa, si alguno murmura,

Que la mejor hermosura

Es la hermosura modesta”.

Dijo, y el aura afanosa

Publicó en forma de ley,

Con voz dulce y melodiosa,

Que la Violeta es la esposa

Elegida por el Rey.

Hubo magníficas fiestas;

Ambos esposos se dieron
Pruebas de amor manifiestas;
Y en aquel reinado fueron
Todas las flores modestas.

JOSÉ SELGAS.

* * *

Entre las satisfacciones más bellas y duraderas que experimenta el hombre durante su existencia, brilla con luz vívida la que nos brinda la convicción del deber cumplido.

53.

Las sociedades de Beneficencia

DIÁLOGO ENTRE AMELIA Y SU MADRE

I

A. — ¿A que no adivinas, mamita, lo que estoy pensando en este momento?

M. — Como puedes pensar tantas cosas diferentes, no me es fácil, por cierto, adivinar cuál será la que te preocupa.

A. — Y, sin embargo, con sólo saber que hoy es jueves y recordar lo que para este día me prometiste el domingo pasado, deberías haber adivinado al instante que pienso en la gran alegría que experimentaré dentro de unas horas, cuando sentada sobre el lomo del



—No puedes figurarte, querida, qué pesar me causa el no poder cumplir mi promesa...

camello me pasee por Palermo, á donde tú, para cumplir tu palabra, debes acompañarme.

M. — No puedes figurarte, querida, qué pesar me causa el no poder cumplir mi promesa; pero me es absolutamente imposible ir contigo.

A. — (con voz llorosa) ¿Por qué?

M. — Porque acabo de recibir una circular que me obliga á asistir á la reunión extraordinaria que celebra hoy la comisión directiva de la *Sociedad de Beneficencia*, donde se tratarán asuntos de mucha urgencia.

A. — Siempre estás con la mar de compromisos por esa dichosa sociedad; yo no alcanzo, de veras, á comprender qué gran importancia puedan tener para uno esas reuniones.

M. — Tus palabras, hija mía, merecen ser perdonadas, tan sólo porque revelan que ignoras cuántas lágrimas enjuga, cuántas penas alivia la obra bienhechora de las personas que unidas forman las Sociedades de Beneficencia; trataré de demostrártelo con un ejemplo.

A. — Habla, mamá, que yo te prestaré toda mi atención.

M. — Entre la correspondencia de que se dió lectura en la última sesión había una carta, que por estar escrita en una forma casi ininteligible, conseguimos descifrar, con mucho trabajo, que quien la había redactado era una pobre madre que pedía un socorro para su anciana suegra, para sus hijos, para ella misma, pues escribía estando en la cama, enferma.

De ninguna de las señoras presentes era conocido el paraje que nos indicaba aquella infeliz como su dirección.

Fuí yo la designada para hacerle una visita, y á la mañana siguiente, después de una larga jira y de mil averiguaciones, el cochero pudo por fin hallar la casa, ó mejor dicho, el misero rancho donde aquellos menesterosos vivían.

II

Con sólo apoyar una mano en la desvencijada puerta, abrióse ésta: un niño morocho y delgado, de unos siete años de edad, fué el único sér que pude ver al principio y él, con su manita descarnada, me indicó una especie de cama, que estaba casi sumida en la obscuridad.

¡Qué cuadro triste se presentó entonces ante mis ojos! Habría podido servir de modelo al pintor más exigente que hubiese deseado representar sobre el lienzo “las miserias de la vida”.

Una cabeza de mujer, joven aun, pero demacrada hasta el punto de parecer más la de una calavera que la de un ser viviente, se inclinó hacia adelante para saludarme, y con un hilo de voz que me pareció ser el único y débil vínculo que aun la ligaba á la vida, me dijo:

— ¡Gracias, señora, por haber venido! ¡He llorado tanto por temor de que la muerte llegara antes que alguna de ustedes! Estoy tan débil ya, que ayer, cuando escribía la carta que les envié, mis ojos no veían y temblaba al pensar que tal vez mis garabatos no serían comprendidos.

— Tranquílícese, dije yo, no está usted tan mal; ¿por qué no ha escrito antes? Hubiéramos venido como lo hemos hecho ahora.

— No lo pensé, suspiró; si no, lo hubiera hecho.

— ¿Y no tiene nadie que la cuide?

— Nadie más que esa pobre anciana sorda y casi ciega, que necesita ella misma de muchos cuidados, dijo, indicándome una viejecita encorvada que estaba sentada en un rincón, y que no pudiéndola distraer ni mi presencia, que sus ojos no notaban, ni nuestro diálogo, que no oía, permanecía silenciosa. Nadie más que ella y mi hijo



¡Qué cuadro triste se presentó entonces ante mis ojos!

Luisito, continuó la enferma, que desde hace unos días iba por la mañana á la casa de una piadosa mujer, tan pobre como buena, que le daba algo para que nos alimentáramos mientras durase mi enfermedad. Cuando yo estaba sana trabajaba mucho y ni á mi viejita, ni á Luis, ni á Virginia (una chiquilla que vestida dormía sobre

la cama) jamás les ha faltado el pan. ¡Pero ahora! Ayer volvió Luis de la casa de nuestra protectora con las manos vacías. ¡La pobre estaba también enferma!

Fué ella la que me mandó decir que les escribiera á ustedes enviándome anotada en una tarjeta la dirección de la Sociedad de Beneficencia y además una hoja de papel, un sobre y una estampilla.

— Yo traté de consolar á la desventurada, diciéndole que la sociedad no la abandonaría; le aconsejé que no se afligiese demasiado, exhortándola á esperar que también para ellos vendrían días mejores. Mandé al cochero en busca de víveres, y al retirarme, le aseguré que para el día siguiente ya todos tendrían comida, y ella médico y medicinas hasta que se mejorara.

¿Te imaginas de cuánto consuelo fueron mis palabras para el corazón de aquella pobre madre?

¿Te figuras la alegría que se apoderó de Luisito al recibir de mi mano una rebanada de pan fresco con otra rebanada de manteca encima?

El pobrecito me pidió otra para la abuela y otra más para su hermanita, á quien despertó en seguida diciéndole: ¡Ven, Virginia, ven pronto á ver cuántas cosas ricas tenemos para comer!

Cumplí luego con mi deber.

La sociedad proveyó de lo necesario á aquella pobre familia; la señora ha mejorado ya, y dentro de unos días podrá trasladarse con los suyos á una de las habitaciones que la sociedad pone gratuitamente á disposición de los necesitados.

¿Comprendes ahora cuál es la obra de las sociedades que se forman para ayudar á los pobres y á los enfermos?

A. — Lo comprendo, mamá, y tu relato me ha conmovido mucho.

M. — ¿Te quejarás aún de que hoy no te acompañe á Palermo?

A. — No, mamita; no diré nada y me quedaré gustosa en casa siempre que tú debas salir para aliviar penas ajenas.

* * *

La persona que posee riquezas y se olvida de la existencia de los menesterosos, contribuye con su indiferencia al desequilibrio social.

54.

Cómo la familia Oliver rindió homenaje á la patria en uno de sus grandes días

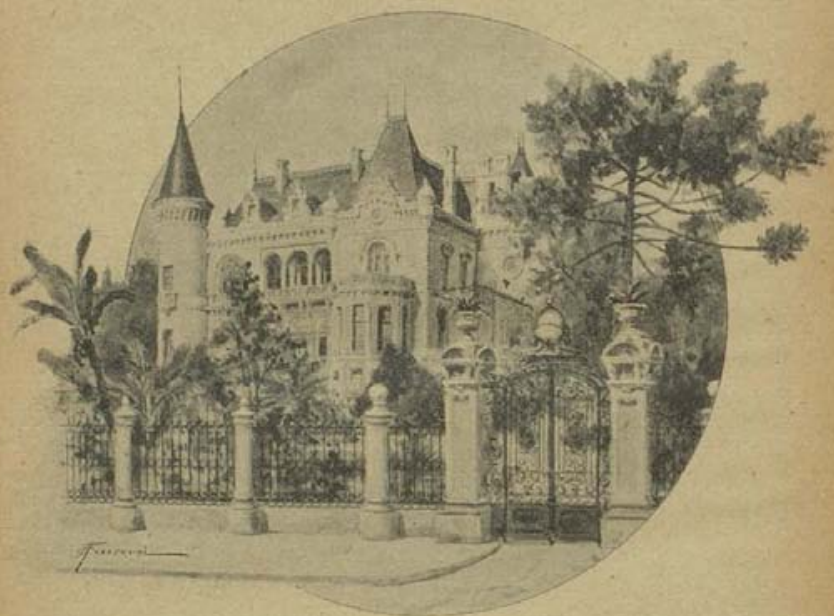
I

Hacía varios días que en casa de los señores Oliver se notaba un bullicio, un movimiento inusitado.

Se aproximaba el día *25 de Mayo*, y María Inés, la hermosa hijita de los dueños de aquella regia mansión,

había conseguido que en su casa se celebrase esa fecha gloriosa con una gran fiesta infantil, que terminaría con un baile de estilo.

¡Con cuánta seriedad, empeño y entusiasmo había asis-



...y Maria Inés, la hermosa hijita de los dueños de aquella regia mansión...

tido la pequeña á los preparativos, vigilando y dirigiendo á domésticos y obreros, para que nada faltase en el suntuoso convite, del que, sin duda, ella sería la reina!

Pronto aquellos amplios salones, acostumbrados á un silencio severo é imponente, serían alegrados por un cen-

tenar de frescas y juguetonas vocecillas y sonoras cajadas.

Las perfumadas tarjetitas de invitación, pintadas á mano por la complaciente mamá de María Inés, citaban á la minúscula comitiva para las 4 de la tarde del día 25.

Como los niños ignoran los deberes de la diplomacia y prescinden de los de la etiqueta, la mayor parte de los invitados anticiparon su llegada. Por todas partes reinaba una felicidad que encantaba, y en el bello rostro de cada pequeña se reflejaba su dicha.

II

Sola, casi sin ropa que la protegiese del rigor del frío y del viento que soplabá con fuerza, Rosalía, desde la vereda del palacio Oliver, miraba bajar de los elegantes carruajes á las encantadoras criaturas, que entraban en aquella espléndida morada sin preocuparse de ella.

La pobrecita pensaba que allí se efectuaría sin duda una fiesta. Todas esas señoritas, decía entre sí, son felices. No saben lo que es tener hambre, sed, frío... ¡Dichosas ellas! y se soplabá la punta de sus deditos, que parecían dilatarse bajo la grata impresión de aquel momentáneo calorcillo.

Si tuviese tan sólo diez centavos, se decía, compraría un pan grande y me iría á casa para comerlo con mamá que me estará esperando. ¡Tengo tanto frío! Un carruaje se detuvo en ese instante delante de la puerta, y Rosalía,

acercándose á él, vió á una niñita ataviada primorosamente, que se disponía á bajar.

Mientras el lacayo acudía para ofrecer la mano á su patroncita y al aya que la acompañaba, Rosalía, más lista que él, avanzó y ofreció como punto de apoyo su manecilla sucia y descarnada, á quien le parecía una *hada*.



Mientras el lacayo acudía para ofrecer la mano á su patroncita...

La bella niña rechazó con ademán despreciativo la inesperada cortesía, diciendo al lacayo que se hacía paso para cumplir con su deber:

“Otra vez, Tomé, cuida de que no se me acerque ninguna de esas vagabundas que me causan repugnancia é indignación”.

Rosalía lo oyó todo, y de pálida que era se volvió livida. Miró con desesperación su pobre mano y le pareció, de veras, que era indigna de tocar el guante, blanco como la nieve, que calzaba la manecilla de aquella pequeña dichosa.

Una aflicción sin igual se apoderó de su pobre ser, tan maltratado por la suerte y, figurándose abandonada y despreciada por todos para siempre, se sentó en el cordón de la vereda, cruzando los brazos y apoyando sobre ellos su cabeza, que desaparecía entre su abundante y desgredañada cabellera.

¡Parecíale estar sola en el mundo; sola con su dolor, que en su imaginación lo veía eterno! ¡Pensaba que nadie le daría un pedazo de pan con que desayunarse y alimentar á su pobre madre enferma! Los sollozos se sucedían sin interrupción. ¡Cuán grande, cuán intensa era la aflicción de aquella pequeñuela!

Recordaba tiempos mejores, cuando su padre trabajaba sin descanso y traía al hogar, íntegra, su cuota diaria de cinco pesos.

¡Entonces no era pobre! Recordaba haber visto fallecer á aquel excelente hombre en quien se basaba la dicha de la familia; recordaba haber visto desaparecer paulatinamente de las mejillas de su madre los colores de la salud, hasta caer enferma, como lo estaba ahora!

Recordaba cuando abandonaron el hermoso departamento en que habitaban, para ampararse en el pequeño altílo que por caridad les habían proporcionado; y también heríale de nuevo su corazón el recuerdo del primer

día en que se vió obligada á pedir limosna, porque sus pocos años y escasos conocimientos, no le habrían permitido ganar, trabajando, el alimento para ella y su madre!



...cruzando los brazos y apoyando sobre ellos su pobre cabeza...

¿Y por qué? decía en su inmenso dolor, ¿por qué esa niña tan bella y tan rica, á quien nada le falta, me ha maltratado? ¿No es acaso feliz, mientras yo me muero de hambre y de frío? Entonces, ¿la dicha no hace buenas á las personas?

III

La pequeña Clotilde entró en el salón y después de haber besado á sus amiguitas, les refirió, con cierta importancia, lo que acababa de sucederle al bajar del coche.

— Imaginaos, queridas, que por poco no me ha tocado esa pilluela, con peligro de mancharme guantes y vestidos. Suerte que tuve la presencia de ánimo necesaria para rechazarla y llamar á Tomé para que la alejara de mi lado.

Alejandra, que venía conmigo, os lo puede decir, y dirigió una mirada á su alrededor en busca de quien confirmase su proeza.

Mas Alejandra no estaba allí.

— ¿Adónde ha ido? preguntó la pequeña á varias amigas.

— ¿Quién?

— Mi aya.

— Salió, dijo una morochita que lucía un hermoso traje Luis XV.

El aya, después de haber acompañado al salón á su discípula, volvió á salir y se acercó á Rosalía.

— ¿Por qué lloras de esa manera? le preguntó, inclinando la cabeza para que su voz llegase inteligible al oído de la infeliz.

Esta no contestó. Soltó los brazos, levantó la vista y

á través de las lágrimas vió un rostro simpático y una boca graciosa que le hablaba con benevolencia.

Pero la pobre, en ese momento no creía en la bondad de nadie, de modo que dijo: “No, señorita, no hice nada

malo, no quise ofender á la niña que venía en el carruaje con usted; no...”

— Lo sé, contestóle Alejandra; Clotilde te ha faltado y vengo á pedirte disculpa por ella.

— ¡Disculpa!

— Sí, disculpa, ó mejor dicho, perdón. Tus lágrimas y el dolor que llevas impreso en tu fisonomía, me dicen

— ¿Por qué lloras de esa manera? le preguntó, inclinando la cabeza...

que has sufrido mucho y que mucho sufres aún. Los desdichados me causan honda pena y mi mayor satisfacción sería poder aliviar sus dolores. Ven conmigo; nadie te ofenderá.

Rosalía no sabía en qué mundo se hallaba; se enjugó los ojos y, recordando el ademán de repugnancia que había hecho Clotilde al mirar sus manos, indicó á su pro-



tectora que antes de seguirla desearía lavarse. “En mi casa, dijo ruborizándose, no hay nada: ni toallas ni lavatorio; por eso me veís desaseada. Pero antes, cuando papá vivía y mamá estaba buena, me tenía siempre limpia”. Las lágrimas asomaban de nuevo á sus ojos.

— Ya te limpiarás, dijo Alejandra, é hizo que la niña entrase.

¡Ella en ese palacio lujoso! ¿Qué diría aquella señorita si la volvía á ver?

Este pensamiento la detuvo.

Interrogó con la mirada á su protectora, que, adivinando el temor de la niña, le dijo: “no temas, nadie te faltará”.

Después de media hora, Rosalía no parecía la misma.

La madre de María Inés, conmovida ante el relato de miseria de la pequeña, accedió gustosa á los pedidos de Alejandra; y Rosalía, lavada, peinada, con un trajecito limpio y abrigado, con sus pies debidamente calzados, entró en el salón mientras las niñas bailaban una gavota.

— Esta niña, dijo la señora de Oliver, es argentina como vosotras, y deseo que también festeje el día de la patria. Clotilde, continuó, dirigiéndose á la pequeña orgullosa; vete al comedor y sirve á Rosalía todo cuanto le agrade.

Clotilde comprendió su falta y, dando la mano á la pobrecita, le dijo al oído: “No digas á nadie lo que sin pensar te dije al bajar del coche”.

Al anoecer, la madre de Rosalía fué llevada á un hospital y la niña permaneció en casa de Oliver hasta que

su madre estuvo buena, recibiendo después, de esta apreciable familia, lo suficiente para establecer una pequeña



—Esta niña, dijo la señora de Oliver, es argentina como vosotras...

mercería, con cuyo producto, madre é hija pudieron pasar una vida honesta, tranquila y sin privaciones.

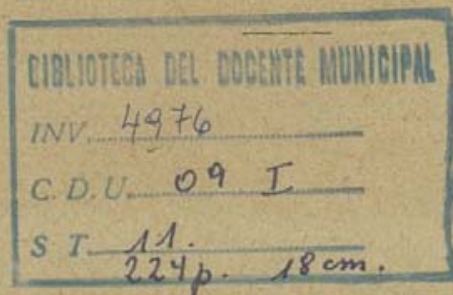
¡Qué gratos deben ser á la patria esta clase de homenajes!

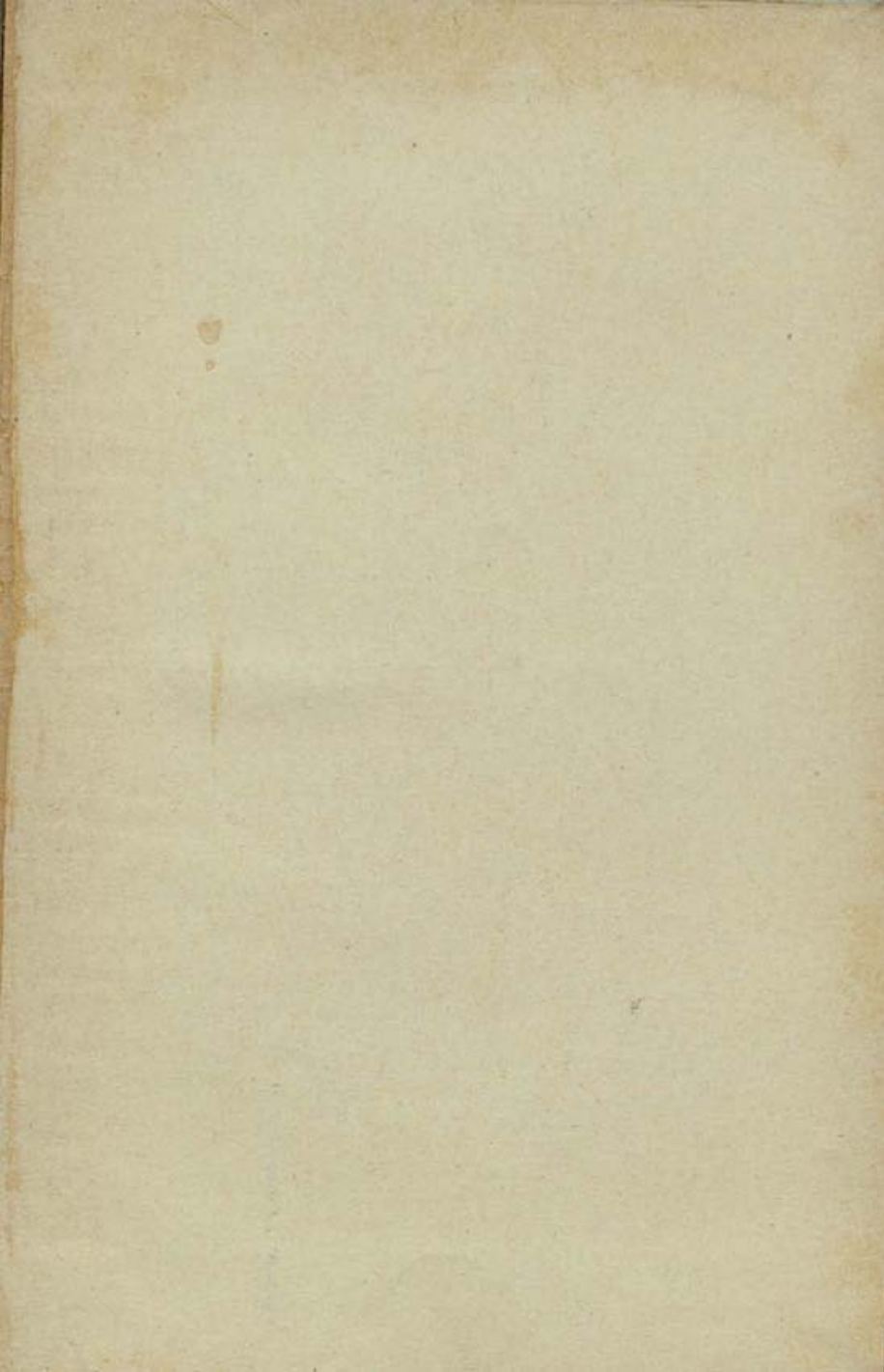


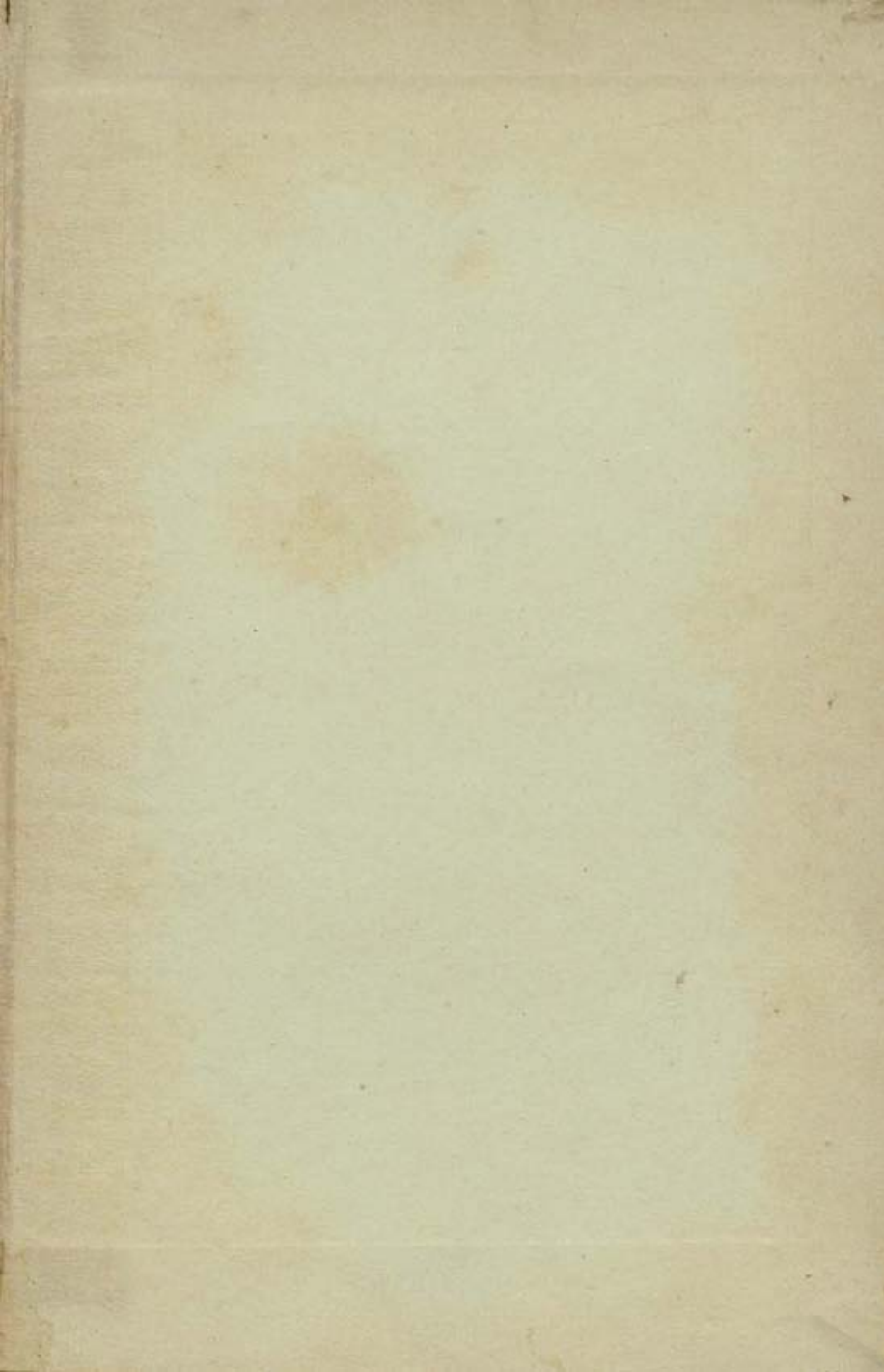
ÍNDICE

	Págs.
INTRODUCCIÓN	7
1. — Después de las vacaciones. La vuelta á la escuela.....	9
2. — El espacio y la tierra.....	11
3. — La patria.....	15
4. — De Buenos Aires á Ushuaia.....	17
5. — El asno y el cochino.....	20
6. — La primera carta de Mechita.....	24
7. — Un paseo por el jardín. La nutrición de las plantas...	27
8. — De Buenos Aires á Ushuaia.....	30
9. — Por qué nos es útil la gimnasia.....	32
10. — El fruterillo mendocino.....	37
11. — La gallina de los huevos de oro.....	42
12. — Los reptiles.....	43
13. — El amor al terruño.....	47
14. — La madre, el padre, el hogar.....	51
15. — De Buenos Aires á Ushuaia.....	55
16. — El burro flautista.....	58
17. — El deber de Luisa. Preceptos higiénicos sobre la res- piración y el aseo personal.....	59
18. — Breve historia del papel.....	62
19. — Poder del amor patrio.....	66
20. — De Buenos Aires á Ushuaia.....	72
21. — Los grandes descubrimientos. La imprenta.....	75
22. — El herrero y el perro.....	78
23. — La casa paterna.....	80
24. — Premio merecido.....	85
25. — De Buenos Aires á Ushuaia.....	91
26. — Cuán bella, cuán rica es mi patria!.....	94
27. — El corazón de Irma.....	98
28. — En la estancia.....	102

	Págs.
29. — Los dos conejos.....	107
30. — De Buenos Aires á Ushuaia.....	109
31. — ¡Perdón, mamá!.....	114
32. — Los gases que componen el aire.....	120
33. — La codorniz.....	127
34. — Los hermanos.....	128
35. — La familia del beodo.....	130
36. — La venganza de "Michin".....	134
37. — Durante las vacaciones. Cómo se forma la arena.....	138
38. — El asno y el lobo.....	143
39. — ¡María la loca! ¡María la loca!.....	145
40. — La alhaja.....	150
41. — Nuestros pilluelos.....	156
42. — El cuervo y el zorro.....	162
43. — La buena hermana.....	164
44. — Urbanidad.....	170
45. — Durante las vacaciones. Cómo se forman las rocas sedimentarias.....	174
46. — La muñeca, emblema de paz y concordia.....	178
47. — La avaricia rompe el saco.....	183
48. — En penitencia por delator.....	186
49. — El gato y las aves.....	191
50. — El caballo.....	194
51. — La niña valerosa.....	198
52. — La modestia.....	204
53. — Las sociedades de beneficencia.....	207
54. — Cómo la familia de Oliver rindió homenaje á la patria en uno de sus grandes días.....	213







PUBLICACIONES DE LA CASA

APROBADAS EN EL ÚLTIMO CONCURSO DE TEXTOS POR
EL CONSEJO GENERAL DE EDUCACIÓN DE LA PROVINCIA
DE BUENOS AIRES, PARA LOS AÑOS 1910, 1911 Y 1912

LECTURA

- 1.^o año—**EL LIBRO DEL ESCOLAR 1.^o**, por Pablo A. Pizzurno, Director de la Escuela Normal de Profesores de la Capital.
2.^o año—**EL LIBRO DEL ESCOLAR 2.^o**, por el mismo autor.
3.^o año—**EL NIÑO ARGENTINO**, por la profesora Rosa Fernández Simón.
4.^o año—**ALEGRE DESPERTAR**, por Emma C. de Bedogni.

GEOGRAFÍA

- 3.^o año—**PEQUEÑO ATLAS Y GEOGRAFÍA DE LA REPÚBLICA ARGENTINA**, compuesto de 25 mapas, trazados según los datos más recientes, por Aquilino Fernández.
Las descripciones correspondientes a cada mapa han sido escritas por el profesor normal Carlos H. Pizzurno.
Obra premiada con medalla de plata en la Exposición Universal de San Luis (E. U.) de 1904.
3.^o año—**LECCIONES DE GEOGRAFÍA**, por la profesora normal Victoria Malharro.
4.^o año—**LA ARGENTINA**, por la misma autora.

DIBUJO

EL ARGENTINO, por Aquilino Fernández. Curso metódico de dibujo compuesto de 12 cuadernos que corresponden a todos los grados de las escuelas comunes, y de los cuales los números 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8 y 12 están destinados al Dibujo a pulso y los 9, 10 y 11 al Dibujo lineal.

CALIGRAFÍA

CUADERNOS DE ESCRITURA NORMAL, por el profesor normal Lorenzo Esteva Berga.

AQUILINO FERNÁNDEZ

ESTADOS UNIDOS 1384

BUENOS AIRES